



Felix Salten

Bambi, una vida
en el Bosque

E LEJANDRIA



Felix Salten

Bambi, una vida
en el Bosque

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

BAMBI, UNA VIDA EN EL BOSQUE

FELIX SALTEN

PUBLICADO: 1923

FUENTE: [HTTPS://WWW.FADEDPAGE.COM](https://www.fadedpage.com)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: 1931

PRÓLOGO

«Bambi» es un libro delicioso. No solo encantará a los niños, sino también a quienes ya no tienen la fortuna de serlo. Conozco muy pocos relatos de animales que puedan compararse, en cuanto a observación sensible y verdad interior, con esta historia de vida de un corzo. Felix Salten es un poeta. Percibe la esencia de la naturaleza en su hondura más profunda y ama a los animales. En general no me gusta que palabras humanas salgan de la boca de criaturas sin razón; pero precisamente eso es lo grandioso de este libro: que detrás de lo que se dice se perciben los sentimientos sensibles y reales de las criaturas que hablan. Es una pequeña obra maestra, clara, vívida y en algunos pasajes conmovedora.

Lo leí en galeradas camino de París a Calais, antes de cruzar el Canal. En cuanto terminaba una galera, se la pasaba a mi esposa, que la leía y se la entregaba a la esposa de mi sobrino, que la leía para dársela a su vez a mi sobrino. Así estuvimos los cuatro sentados durante tres horas, leyendo en silencioso recogimiento. Y quien sabe lo que significa leer un libro en galeradas, y sabe también lo que supone una travesía del Canal, comprenderá que muy pocos libros superan semejante prueba. Lo recomiendo con especial calor a los cazadores.

John Galsworthy

Este prólogo fue escrito por John Galsworthy con motivo de la edición angloamericana del libro.

BAMBI, UNA VIDA EN EL BOSQUE

CAPÍTULO I

Vino al mundo en medio de la espesura, en una de aquellas pequeñas y recónditas alcobas del bosque que parecen abiertas por todos lados y que, sin embargo, están resguardadas por todos lados.

No había más que un poco de sitio, apenas suficiente para él y su madre.

Ahí estaba, tambaléandose peligrosamente sobre sus patas delgadas, mirando sin ver con sus ojos turbios, con la cabeza colgando, temblando mucho, aún completamente aturdido.

—¡Qué criatura tan hermosa! —exclamó la urraca.

Había llegado volando, atraída por los roncosp gemidos que los dolores del parto habían arrancado a la madre. Ahora estaba posada en una rama cercana.

—¡Qué criatura tan hermosa! —repitió. No obtuvo respuesta y siguió hablando con vivacidad—. ¡Qué asombroso que pueda ya ponerse en pie y andar! ¡Qué interesante! Nunca lo había visto en mi vida. Claro que yo soy todavía joven, salí del nido hace apenas un

año, como sabrá usted. Pero me parece maravilloso. Una criatura así... nace en este instante y ya puede tenerse en pie. Me parece muy distinguido. Me parece, en general, que todo en ustedes los corzos es muy distinguido. ¿Y puede ya andar...?

—Desde luego —respondió la madre en voz baja—. Pero tendrá usted que disculparme si ahora no estoy en condiciones de mantener una conversación. Tengo ahora tanto que hacer... y además me siento aún un poco débil.

—No se moleste por mí —dijo la urraca—, tampoco yo tengo mucho tiempo. Pero no todos los días se ve algo así. Le ruego que me comprenda, qué complicado y qué trabajoso resulta en nosotras todo esto. Los hijos no pueden moverse cuando salen del huevo, yacen indefensos en el nido y necesitan unos cuidados, unos cuidados, le digo yo, de los que naturalmente usted no tiene ni idea. Qué trabajo cuesta alimentarlos, qué angustia vigilarlos. Por favor, piense un momento en lo agotador que es ir a buscar comida para los hijos y al mismo tiempo estar pendiente de que no les ocurra nada. Ellos no pueden defenderse si no se está con ellos. ¿No me da la razón? ¿Y cuánto hay que esperar hasta que pueden moverse, cuánto tarda en salirles las plumas y en tener una apariencia decente?

—Disculpe —respondió la madre—, no la estaba escuchando.

La urraca se fue volando. «Estúpida criatura», pensó para sí, «distinguida, pero estúpida.»

La madre apenas lo advirtió. Siguió lavando afanosamente al recién nacido. Lo lavaba con su lengua y aquello era a la vez aseo, masaje cálido y caricia.

El pequeño se tambaleó un poco. Bajo las caricias y los empujoncitos con que era rozado suavemente por todas partes, se dobló un poco y se quedó quieto. Su pelaje rojizo, aún algo revuelto, tenía finas motas blancas, y en su carita adormilada de niño había todavía una expresión como de sueño profundo.

A su alrededor crecían avellanos, sanguinos, endrinos y saúcos jóvenes. Altos arces, hayas y robles levantaban un techo verde sobre la espesura, y del suelo firme y oscuro brotaban helechos, algarrobillas silvestres y salvia. Muy pegadas a la tierra se apretaban las hojas de las violetas que ya habían florecido y de las fresas que empezaban a florecer. A través del denso follaje, la luz del sol matinal penetraba como una red de oro. Todo el bosque resonaba con voces de toda clase, impregnado de ellas como de una alegre agitación. El oropéndola lanzaba su canto sin cesar, las palomas arrullaban sin parar, los mirlos silbaban, los pinzones trinaban, los herrerillos gorjeaban. Entre todo esto, el grito pendenciero de los arrendajos rasgaba el aire, se oía la risa crepitante de las urracas, el metálico y explosivo cacareo de los faisanes. A veces el breve y agudo alarido de un pájaro carpintero atravesaba todas aquellas voces. El grito del halcón resonaba claro y urgente sobre las copas de los árboles, y sin cesar se dejaba oír el ronco coro de los cuervos.

El pequeño no entendía ni uno solo de aquellos cantos y llamadas, ni una palabra de aquellas conversaciones. Todavía no les prestaba atención. Tampoco percibía ninguno de los olores que el bosque exhalaba. Solo oía el suave crujido que recorría su pelaje mientras era lavado, calentado y besado, y no olía más que el cuerpo cercano de su madre. Se apretó estrechamente contra aquella cercanía tibia y reconfortante, buscó hambriento en ella y encontró el manantial de la vida.

Mientras mamaba, la madre siguió acariciando al pequeño.

—Bambi —susurró.

Y cada poco levantaba la cabeza, movía las orejas y aspiraba el viento.

Luego volvía a besar a su hijo, tranquila y feliz.

—Bambi —repitió—, mi pequeño Bambi.

CAPÍTULO II

Ahora, a comienzos del verano, los árboles estaban quietos bajo el cielo azul, con los brazos extendidos, recibiendo la fuerza que el sol derramaba. En los setos y arbustos de la espesura se abrían flores, estrellas blancas, rojas o amarillas. En algunos ya empezaban a verse los brotes de los frutos, innumerables, en las finas puntas de las ramas, tiernos y firmes y decididos, con aspecto de pequeños puños apretados. Del suelo brotaban las estrellas de colores de muchas y diversas flores, de modo que la tierra, en el fondo crepuscular del bosque, resplandecía con una alegría silenciosa y ferviente de colores. Por todas partes olía a hojas frescas, a flores, a tierra húmeda y a madera verde. Cuando amanecía y cuando el sol se ponía, todo el bosque resonaba con mil voces, y desde la mañana hasta la noche cantaban las abejas, zumbaban las avispas, los abejorros cruzaban zumbando la quietud perfumada.

Esos fueron los días en que Bambi vivió su primera infancia.

Caminaba detrás de su madre por un sendero estrecho que discurría entre los arbustos. Qué agradable resultaba caminar por allí. El denso follaje le acariciaba suavemente los flancos, se apartaba con delicadeza a un lado. El camino parecía bloqueado diez veces en todas partes, y sin embargo se avanzaba con la mayor comodidad. Por todo el bosque había caminos así, que lo cruzaban en todas direcciones. La madre los conocía todos, y cuando Bambi se encontraba a veces ante un matorral como ante un muro verde impenetrable, la madre siempre encontraba sin vacilar ni buscar el lugar por donde el camino estaba abierto.

Bambi preguntaba. Le encantaba preguntar a su madre. Era lo más hermoso para él, preguntar sin parar y luego escuchar lo que la madre respondía. Bambi no se asombraba de que las preguntas se le ocurrieran sin cesar y sin esfuerzo. Lo encontraba del todo natural; simplemente le encantaba. Le encantaba también esperar curioso hasta que llegara la respuesta. Viniera como viniera, siempre estaba satisfecho con ella. A veces, cierto es, no la entendía, pero eso también estaba bien, porque podía seguir preguntando si quería. A veces no preguntaba más, y eso también estaba bien, porque entonces se ocupaba en imaginarse a su manera lo que no había entendido. A veces sentía con toda claridad que su madre no le daba una respuesta completa, que no le decía deliberadamente todo lo que sabía. Y eso era lo mejor de todo. Porque entonces le quedaba una curiosidad especial, un presentimiento que le recorría misterioso y feliz, una expectativa que le ponía a la vez angustiado y alegre, tanto, que se quedaba callado.

Ahora preguntó:

—¿De quién es este camino, madre?

La madre respondió:

—Nuestro.

Bambi siguió preguntando:

—¿Tuyo y mío?

—Sí.

—¿De los dos?

—Sí.

—¿Solo de los dos?

—No —dijo la madre—, de nosotros los corzos...

—¿Qué son los corzos? —preguntó Bambi, y se rio.

La madre se volvió a mirarlo y también se rió.

—Tú eres un corzo, y yo soy una corza. Eso son los corzos. ¿Lo entiendes?

Bambi saltó de alegría.

—¡Sí, lo entiendo! Yo soy un corzito pequeño y tú eres una corza grande. ¿Verdad?

La madre asintió con la cabeza.

—Ahí lo tienes.

Bambi volvió a ponerse serio.

—¿Hay otros corzos además de ti y de mí?

—Claro —dijo la madre—. Muchos.

—¿Dónde están? —exclamó Bambi.

—Aquí, en todas partes.

—Pero... no los veo.

—Ya los verás.

—¿Cuándo? —Bambi se detuvo de pura curiosidad.

—Pronto. —La madre siguió caminando tranquilamente.

Bambi la siguió. Se calló, porque estaba pensando en lo que podría significar «pronto». Llegó a la conclusión de que «pronto» no era desde luego «enseguida». Pero no se puso de acuerdo consigo mismo sobre en qué momento ese «pronto» dejaba de ser «pronto» y empezaba a ser «mucho tiempo». De pronto preguntó:

—¿Quién hizo este camino?

—Nosotros —respondió la madre.

Bambi se asombró:

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

La madre dijo:

—Bueno, nosotros... nosotros los corzos.

Bambi preguntó:

—¿Cuáles?

—Todos nosotros —zanjó la madre.

Siguieron caminando. Bambi estaba contento y tenía ganas de salirse del camino, pero se portó bien y se quedó junto a su madre. Delante de ellos crujió algo muy cerca del suelo. Algo vino en movimiento veloz, oculto entre los helechos y las hojas de lechuga silvestre. Una vocecita delgada como un hilo chilló lastimosamente, luego se hizo el silencio. Solo las hojas y los tallos de hierba siguieron agitándose un momento en aquel lugar. Un turón había cazado un ratón. Ahora pasó deslizándose, se agachó a un lado y se puso a devorar su presa.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bambi agitado.

—Nada —le tranquilizó la madre.

—Pero... —Bambi temblaba—, pero... si lo vi.

—Bueno —dijo la madre—, no te asustes. El turón ha matado al ratón.

Pero Bambi se había asustado terriblemente. Un terror desconocido y enorme le oprimió el corazón. Tardó mucho en poder volver a hablar. Entonces preguntó:

—¿Por qué lo mató?

—Porque... —La madre vaciló—. ...vamos más deprisa —dijo entonces, como si se le hubiera ocurrido algo y hubiera olvidado la pregunta. Empezó a trotar. Bambi saltó detrás de ella.

Transcurrió una larga pausa; volvían a caminar tranquilamente. Al fin Bambi preguntó con angustia:

—¿Nosotros también mataremos alguna vez a un ratón?

—No —respondió la madre.

—¿Nunca? —preguntó Bambi.

—Nunca —fue la respuesta.

—¿Por qué no? —preguntó Bambi aliviado.

—Porque nosotros no matamos a nadie —dijo la madre sencillamente.

Bambi volvió a animarse.

De un fresno joven que crecía cerca de su camino llegó un fuerte chillido. La madre siguió su camino sin hacer caso. Pero Bambi se detuvo curioso. Dos arrendajos se peleaban allá arriba en las ramas por un nido que habían saqueado.

—¡Lárguese de aquí, sinvergüenza! —gritó uno.

—No se excite, pedazo de necio —respondió el otro—, no le tengo miedo.

El primero bramó:

—¡Búsquese sus propios nidos, ladrón! ¡Le rompo la cabeza! — Estaba fuera de sí—. ¡Qué canallada! —vociferó—. ¡Qué canallada!

El otro había visto a Bambi, bajó revoloteando unos cuantos ramos y le increpó:

—¿Qué miras tú aquí, mocoso? ¡Fuera de aquí!

Bambi, intimidado, saltó hacia un lado, alcanzó a su madre, volvió a caminar detrás de ella, obediente y asustado, y creyó que ella no había notado su retraso.

Al cabo de un rato preguntó:

—Madre... ¿qué es una canallada?

La madre dijo:

—No lo sé.

Bambi reflexionó. Luego empezó de nuevo:

—Madre, ¿por qué se han portado tan mal el uno con el otro?

La madre respondió:

—Se peleaban por la comida.

Bambi preguntó:

—¿Nosotros también nos pelearemos alguna vez por la comida?

—No —dijo la madre.

Bambi preguntó:

—¿Por qué no?

La madre respondió:

—Hay suficiente para todos.

Bambi quería saber algo más:

—Madre...

—¿Qué?

—¿Nosotros también llegaremos a portarnos mal el uno con el otro?

—No, hijo mío —dijo la madre—, entre nosotros eso no existe.

Siguieron caminando. De pronto todo se volvió muy claro ante ellos, brillantemente claro. El enredo verde de arbustos y matas había terminado, el camino había terminado. Solo unos pasos más y saldrían a la luminosa libertad que se abría delante de ellos. Bambi quería saltar hacia adelante, pero la madre se detuvo.

—¿Qué es eso? —exclamó impaciente, ya completamente fascinado.

—El prado —respondió la madre.

—¿Qué es el prado? —insistió Bambi.

La madre le cortó la palabra.

—Ya lo verás tú mismo. —Se había puesto seria y atenta. Estaba inmóvil, con la cabeza erguida, escuchaba con tensión, olfateaba el viento con respiraciones profundas y parecía muy severa.

—Está bien —dijo al fin—, podemos salir. —Bambi se lanzó, pero ella le cerró el paso—. Espera hasta que te llame.

En ese momento Bambi se detuvo obediente.

—Así está bien —le alabó la madre—. Y ahora escucha bien lo que te voy a decir. —Bambi oyó la agitación en la voz de la madre y se llenó de gran expectación—. No es tan sencillo salir al prado —continuó la madre—, es algo difícil y peligroso. No preguntes por qué. Ya lo aprenderás más adelante. De momento cumple exactamente lo que te digo. ¿Quieres?

—Sí —prometió Bambi.

—Bien. Salgo yo primero sola. Quédate aquí parado y espera. Y no me pierdas de vista. No apartes los ojos de mí ni un instante. Si ves que vuelvo corriendo hacia aquí, hacia dentro, das media vuelta y corres tan rápido como puedas. Ya te alcanzaré.

Calló, pareció reflexionar y luego siguió con insistencia:

—En cualquier caso, corre, corre con todas tus fuerzas. Corre... aunque pase algo... aunque veas que yo... que caigo al suelo... no te preocupes por mí, ¿entiendes?... Lo que sea que veas u oigas... huye de inmediato y tan rápido como puedas...! ¿Me lo prometes?

—Sí —dijo Bambi en voz baja.

—Pero si te llamo —continuó la madre—, puedes venir. Ahí fuera, en el prado, puedes jugar. Es bonito ahí fuera y te gustará. Solo... tienes que prometerme también esto... al primer llamado mío debes estar a mi lado. Sin falta. ¿Me oyes?

—Sí —dijo Bambi aún más quedo. La madre hablaba con tanta seriedad.

Siguió hablando:

—Ahí fuera... cuando yo llame... no hay tiempo para mirar a un lado ni para hacer preguntas, sino como el viento detrás de mí. Grábate esto. Sin dudar, sin vacilar... en cuanto yo empiece a

correr, hay que salir disparado y no detenerse hasta que estemos de vuelta aquí dentro. ¿No lo olvidarás?

—No —dijo Bambi con angustia.

—Pues bien, ahora voy a salir —dijo la madre, y pareció calmarse un poco.

Salió. Bambi, que no le quitaba los ojos de encima, la vio avanzar con pasos lentos y altos. Lleno de expectación, de miedo y de curiosidad estaba allí parado. Vio cómo la madre escuchaba en todas las direcciones, la vio sobresaltarse y él mismo se sobresaltó, listo para saltar de vuelta a la espesura. Pero la madre volvió a calmarse, y cuando pasó un minuto, se puso contenta. Incluyó el cuello, lo estiró mucho hacia adelante, miró hacia acá con alegría y llamó:

—¡Ven!

Bambi saltó fuera. Una alegría enorme se apoderó de él con tal fuerza mágica que olvidó en un instante su miedo. En la espesura solo había visto las verdes copas de los árboles sobre él, y más allá solo a veces, en pequeños vislumbres, fragmentos dispersos de azul. Ahora veía todo el azul del cielo, alto y vasto, y aquello le llenó de felicidad sin que supiera por qué. Del sol solo había conocido en el bosque algunos rayos anchos o el delicado hilo de luz que jugueteaba dorado entre las ramas. Ahora se encontró de pronto en el caluroso y deslumbrante poder cuyo dominio absoluto se imponía sobre él, de pie en medio de aquella bendición ardiente que le cerraba los ojos y le abría el corazón. Bambi estaba embriagado; estaba completamente fuera de sí, sencillamente loco. Saltó torpemente hacia arriba, tres, cuatro, cinco veces en el mismo sitio donde estaba. No podía evitarlo; tenía que hacerlo. Algo le arrancaba hacia arriba. Sus jóvenes miembros se tensaban con tanta fuerza, su respiración era tan profunda y ligera, y bebía con el aliento, bebía con todo el aroma del prado tal alegría desbordante, que simplemente tenía que saltar. Bambi era un niño. Si hubiera sido un niño humano, habría gritado de júbilo. Pero era un cervatillo joven, y los corzos no pueden gritar de júbilo, al menos no como lo

hacen los niños humanos. Así que exultó a su manera. Con las patas, con todo el cuerpo lanzándose al aire. Su madre estaba a su lado y se alegraba. Veía que Bambi estaba loco. Veía que se lanzaba hacia arriba, caía torpemente en el mismo sitio, miraba perplejo y embriagado ante sí y en el momento siguiente volvía a lanzarse hacia arriba, una y otra vez. Comprendió que Bambi solo conocía los estrechos senderos del bosque, que en los cortos días de su existencia solo se había habituado a la estrechez de la espesura, y que por eso no se movía del sitio porque todavía no sabía correr libremente por el prado abierto. Se agachó sobre las patas delanteras extendidas, le dirigió a Bambi una mirada risueña durante un segundo, desapareció en un salto y salió disparada en círculos, de modo que los altos tallos de hierba no hacían más que susurrar. Bambi se asustó y se quedó inmóvil. ¿Era esa la señal de que debía volver a la espesura? *No te preocupes por mí, lo que sea que veas u oigas, huye de inmediato*, había dicho la madre. Quiso dar media vuelta y huir, como era la orden. Entonces la madre llegó galopando de pronto; llegó con un maravilloso susurro, se detuvo dos pasos ante él, se agachó como la primera vez, le dirigió una mirada risueña y gritó:

—¡A ver si me atrapas!

Y en un instante salió disparada. Bambi estaba desconcertado. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué le había pasado de pronto a la madre? Pero ya llegaba de nuevo, tan veloz como para que a uno le diera vueltas la cabeza, le dio un topetazo en el flanco con el hocico, dijo apresuradamente:

—¡A ver si me atrapas!

Y se fue como una exhalación. Bambi salió disparado detrás de ella. Unos pasos. Pero enseguida los pasos se convirtieron en saltos ligeros. Algo lo llevaba, creía volar; lo llevaba por sí solo. Había espacio bajo sus pasos, espacio bajo sus saltos, espacio, espacio. Bambi estaba fuera de sí. La hierba le susurraba gloriosamente en los oídos. Era exquisitamente suave, sedosamente delicada, al rozarle al pasar. Galopó en arco, dio media vuelta y voló en un

nuevo círculo, dio media vuelta de nuevo y siguió como una flecha. La madre llevaba ya un rato quieta, recuperando el aliento, y solo se volvía hacia el lado por donde pasaba volando Bambi. Bambi se lanzó.

De pronto ya no pudo más. Se detuvo, llegó hasta la madre levantando las patas con gracia y la miró feliz. Luego pasearon juntos de buen humor. Desde que estaba ahí fuera, Bambi había visto el cielo, el sol y la vasta extensión verde solo con el cuerpo, solo con una mirada deslumbrada y embriagada el cielo; el sol con la espalda agradablemente caldeada y con los alientos vigorizantes. Solo ahora disfrutaba con los ojos, sorprendidos a cada paso por nuevas maravillas, el esplendor del prado. Ni un pedacito de suelo se veía, como dentro del bosque. Los tallos se apiñaban uno junto al otro en torno a cada punto de espacio, se apretaban y se henchían en lujuriosa abundancia, se doblaban suavemente a cada pisada y volvían a erguirse enseguida reconciliados. La vasta llanura verde estaba constelada de margaritas blancas, de las cabezas violetas y rojizas del trébol en flor y de los espléndidos botones dorados que el diente de león levantaba en alto.

—Mira, madre —exclamó Bambi—, una flor que se va volando.

—Eso no es una flor —dijo la madre—, es una mariposa.

Bambi siguió encantado al lepidóptero, que se había desprendido con infinita delicadeza de un tallo y flotaba en vuelo vacilante. Ahora Bambi vio que muchas mariposas así volaban por el aire sobre el prado, con aparente prisa y sin embargo despacio, tambaleándose arriba y abajo, un juego que le entusiasmó. En verdad parecían flores que caminaran, flores alegres que no querían quedarse quietas en su tallo y se habían puesto en marcha para bailar un poco. O flores que habían bajado con el sol, que todavía no tenían sitio y buscaban caprichosas, que descendían, desaparecían como si ya hubieran encontrado acomodo en algún sitio, pero volvían a subir enseguida, unas veces solo un poco, otras más alto, para seguir buscando, siempre más allá, porque los mejores sitios ya estaban ocupados.

Bambi las seguía a todas con la mirada. Le habría gustado ver una de cerca, habría querido fijarse bien en una sola, pero no lo lograba. Se deslizaban sin cesar unas en otras. Se le iba la cabeza.

Le divirtió que cuando volvió a mirar el suelo ante sí, toda aquella vida innumerable y ágil saliera volando bajo sus pasos. Saltaba y chisporroteaba en todas direcciones, aparecía en un tumulto y un hormigueo y se sumergía al instante siguiente de nuevo en el verde suelo del que había surgido.

—¿Qué es eso, madre? —preguntó.

—Son los pequeños —respondió la madre.

—Mira —exclamó Bambi—, aquí salta un trocito de hierba. No... ¡cómo salta!

—Eso no es hierba —explicó la madre—, eso es un saltamontes.

—¿Por qué salta así? —preguntó Bambi.

—Porque estamos pasando —respondió la madre—, tiene miedo.

—¡Oh! —Bambi se volvió hacia el saltamontes, que estaba sentado en el centro del plato blanco de una margarita—. ¡Oh! —dijo Bambi con cortesía—, no tiene usted que tener miedo, nosotros no le haremos nada.

—No tengo miedo —respondió el saltamontes con voz chirriante—. Solo me asusté en el primer momento, porque estaba hablando precisamente con mi señora.

—Disculpe, por favor —dijo Bambi con humildad—. Le hemos interrumpido.

—No importa —chirrió el saltamontes—. Por tratarse de usted, no importa. Pero uno nunca sabe quién viene, y hay que tener cuidado.

—Verá usted, hoy es la primera vez en mi vida que salgo al prado —contó Bambi—. Mi madre me ha...

El saltamontes estaba allí con la cabeza inclinada con terquedad hacia adelante, ponía cara seria y gruñó:

—Eso no me interesa. No tengo tiempo de charlar con usted; ahora tengo que buscar a mi señora. ¡Hop! —Y desapareció.

—Hop —dijo Bambi desconcertado, asombrado ante el alto salto con que se había esfumado.

Bambi corrió hacia su madre.

—¡Oye! ¡He hablado con él!

—¿Con quién? —preguntó la madre.

—Pues, con el saltamontes —contó Bambi—, he hablado con él. Era muy amable conmigo. Y me gusta mucho. Es tan maravillosamente verde, y al final es tan transparente como ninguna hoja puede serlo, ni siquiera la más fina.

—Esas son las alas.

—¿Ah, sí? —Bambi siguió hablando—. Y tiene una cara tan seria, tan pensativa. Pero aun así ha sido amable conmigo. ¡Y cómo salta! Tiene que ser fantásticamente difícil. ¡Hop!, dice, y salta tan alto que ya no puedes verlo.

Siguieron caminando. La conversación con el saltamontes había emocionado a Bambi y le había dejado algo cansado, pues era la primera vez que hablaba con alguien desconocido. Sintió hambre y se apretó contra su madre para refrescarse.

Cuando luego volvió a estar tranquilo y soñó un momento ante sí, en la pequeña y dulce embriaguez que le envolvía siempre después de haberse saciado junto a su madre, descubrió en el entramado de los tallos una flor clara que se movía. Bambi miró con más atención. No, aquello no era una flor, era una mariposa. Bambi se acercó sigilosamente.

La mariposa colgaba perezosa de un tallo y movía despacio las alas.

—¡Por favor, quédese quieta! —le gritó Bambi.

—¿Por qué habría de quedarme quieta? Soy una mariposa —respondió el lepidóptero asombrado.

—Ay, quédese quieta solo un momentito —suplicó Bambi—, hace mucho que deseo verla de cerca. Sea tan amable.

—Por mí —dijo la mariposa blanca—, pero no mucho tiempo.

Bambi estaba ante ella.

—Qué hermosa es usted —exclamó encantado—, qué maravillosamente hermosa. ¡Como una flor!

—¿Cómo? —La mariposa agitó las alas—. ¿Como una flor? Pues bien, en mis círculos prevalece la opinión general de que nosotras somos más hermosas que las flores.

Bambi estaba confundido.

—Desde luego —balbuceó—, mucho más hermosa... disculpe... solo quería decir...

—Me es bastante indiferente lo que quería usted decir —respondió la mariposa. Dobló afectadamente su cuerpo estrecho y jugueteó con vanidad con sus delicadas antenas.

Bambi la contemplaba arrebatado.

—Qué delicada es usted —dijo—, qué fina y delicada. Y qué esplendor, esas alas blancas.

La mariposa extendió bien las alas, luego las levantó hasta que quedaron juntas y semejaban una vela empinada.

—Oh —exclamó Bambi—, ahora entiendo que usted sea más hermosa que las flores. Además puede volar, y las flores no pueden. Porque están arraigadas; por eso es.

La mariposa se alzó.

—Basta —dijo—. ¡Puedo volar! —Se elevó con tal ligereza que ni se notó ni se comprendió. Sus alas blancas se movían suavemente, llenas de gracia, y ya flotaba en el aire soleado—. Solo por complacerle me quedé quieta tanto tiempo —dijo, y fue pasando ante Bambi arriba y abajo—, pero ahora me voy volando.

Eso era el prado.

CAPÍTULO III

En lo profundo de la espesura había un pequeño rincón que pertenecía a la madre de Bambi. Estaba a solo unos pasos del estrecho sendero de los corzos que aquí cruzaba el bosque, pero era difícil de encontrar si no se conocía la pequeña entrada en el denso matorral. Era una alcoba muy estrecha, tan estrecha que apenas había sitio para la madre y para Bambi, y tan baja que la madre, cuando estaba de pie, ya tenía la cabeza entre las ramas. Avellanos, tojos y sanguinos crecían aquí entrelazados y recogían la poca luz solar que llegaba entre las copas, de modo que nunca podía alcanzar el suelo. Aquí, en esta alcoba, había venido Bambi al mundo, y aquí era su morada y la de su madre.

La madre estaba ahora tumbada en el suelo y dormía. Bambi también había dormitado un poco. Ahora se había despertado de pronto y estaba completamente despejado. Se puso en pie y miró a su alrededor.

Aquí dentro las sombras eran tan profundas que casi oscurecía. Se oía el bosque susurrar suavemente. De vez en cuando piaban los herrerillos, aquí y allá resonaba la clara carcajada de un pájaro carpintero o el fúnebre llamado de un cuervo. Por lo demás todo estaba quieto, a gran distancia. Solo el aire se cocía en el calor del mediodía, y eso podía oírse si se escuchaba con atención. Aquí dentro hacía un calor bochornoso.

Bambi miró a su madre:

—¿Duermes?

No, la madre no dormía. Se había despertado en el momento en que Bambi se había levantado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Bambi.

—Nada —respondió la madre—, nos quedamos donde estamos. Túmbate bien y duerme.

Pero Bambi no tenía ganas de dormir.

—Vamos —pidió—, vamos al prado.

La madre levantó la cabeza.

—¿Al prado? ¿Ahora... al prado...?

Hablaba con tal asombro y tal espanto, que Bambi se puso completamente angustiado.

—¿No se puede ir ahora al prado? —preguntó tímidamente.

—No —respondió la madre, y sonó muy rotundo—. Ahora no es posible.

—¿Por qué? —Bambi notó que aquí había algo siniestro de por medio. Se angustió aún más, pero al mismo tiempo le tentaba saberlo todo—. ¿Por qué no se puede ir ahora al prado?

—Ya aprenderás todo eso más adelante, cuando seas más mayor... —le tranquilizó la madre.

Bambi insistió:

—Mejor dímelo ahora.

—Más adelante —repitió la madre—. Ahora eres todavía un niño pequeño —continuó con ternura—, y a los niños no se les habla de esas cosas. —Se había puesto muy seria—. Ahora... al prado... no quiero ni pensarlo. ¡En pleno día...!

—Pero —objetó Bambi—, cuando fuimos al prado también era pleno día.

—Eso es otra cosa —explicó la madre—, era por la mañana temprano.

—¿Solo se puede ir por la mañana temprano? —Bambi era demasiado curioso.

La madre tuvo paciencia.

—Solo por la mañana temprano o por la tarde tardía... o de noche...

—¿Y nunca de día? ¿Nunca...?

La madre vaciló.

—Sí —dijo al fin—, a veces... algunos de los nuestros salen a veces también de día. Pero son circunstancias especiales... no te lo puedo explicar así... eres aún demasiado pequeño... algunos salen... pero están en el mayor peligro...

—¿Por qué están en peligro? —Bambi estaba lleno de expectación. Pero la madre no quería hablar con claridad.

—Están en peligro, ya ves... oye, hijo mío, ya ves que no puedes entender estas cosas todavía...

Bambi pensó que podía entenderlo todo, solo que no entendía por qué la madre no quería darle una explicación precisa. Pero calló.

—Tenemos que vivir así —siguió hablando la madre—, todos nosotros. Aunque amemos el día... y amamos el día, especialmente en nuestra infancia... tenemos que vivir de modo que de día permanezcamos quietos. Solo desde la tarde hasta la mañana podemos andar. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Bien, hijo mío, por eso tenemos que quedarnos aquí ahora donde estamos. Aquí estamos seguros. ¡Ya está! Ahora tumbate de nuevo y duerme.

Pero Bambi no quería tumbarse ahora.

—¿Por qué estamos aquí seguros? —preguntó.

—Porque todos los arbustos nos vigilan, porque las ramas de los matorrales crujen, porque las ramitas secas del suelo chascan y nos advierten, porque las hojas marchitas del año pasado están en el suelo y susurran para darnos una señal... porque está el arrendajo y la urraca también, que hacen guardia, y gracias a ellos ya sabemos desde lejos cuando alguien se acerca...

—¿Qué son —quiso saber Bambi— las hojas del año pasado?

—Ven, siéntate conmigo —dijo la madre—, te lo voy a contar.

Bambi se sentó de buena gana, se arrimó estrechamente a su madre, y ella le contó que los árboles no permanecen siempre verdes, que el sol y el hermoso calor desaparecen. Entonces hace frío, las hojas se vuelven amarillas de helada, pardas y rojas, y caen lentamente, de modo que los árboles y los arbustos quedan con las ramas desnudas alzadas al cielo y parecen completamente empobrecidos. Pero las hojas marchitas yacen en el suelo, y cuando un pie las toca, susurran: ¡alguien viene! Ah, son buenas, esas hojas secas del año pasado. Prestan servicios excelentes, tan diligentes y tan vigilantes como son. Incluso ahora, en pleno verano, muchas de ellas están escondidas bajo los nuevos brotes del suelo y advierten desde lejos de cualquier peligro.

Bambi se apretó estrechamente contra su madre. Se le había olvidado el prado. Era tan acogedor estar aquí sentado y escuchar cuando la madre contaba.

Cuando la madre calló, se puso a reflexionar. Le pareció muy tierno de parte de las buenas hojas viejas que estuvieran tan atentas, aunque estuvieran marchitas y heladas y hubieran pasado ya por tanto. Se preguntó qué podría ser en realidad ese peligro del que la madre siempre hablaba. Pero tanto pensar le fatigaba; el silencio era completo a su alrededor, solo se oía cómo el aire se cocía de calor. Y se durmió.

CAPÍTULO IV

Una tarde que salía con su madre al prado, creyó que ya lo conocía todo lo que había allí que ver y oír. Sin embargo, pronto se vio que en la vida no sabía tan bien las cosas como había creído.

Para empezar, fue como la primera vez. Bambi pudo jugar al pillarse con la madre. Salió disparado en círculos y el gran árbol, el alto cielo, el aire libre le llenaron de nuevo de una embriaguez tal que se volvió completamente loco. Al cabo de un rato notó que la madre estaba quieta. Se detuvo en medio de un arco, tan bruscamente que sus cuatro patas quedaron muy separadas. Para adoptar una postura más digna, dio un alto salto y ahora sí se puso bien. La madre al otro lado parecía hablar con alguien, pero en la hierba alta no se podía distinguir con quién. Bambi trotó hacia allá curioso. Ahí se movían en el entramado de los tallos, justo delante de la madre, dos orejas largas. Eran pardo-grisáceas y estaban bellamente marcadas con franjas negras. Bambi vaciló, pero la madre dijo:

—Acércate, es nuestro amigo la liebre... acércate tranquilamente a que te vea.

Bambi se acercó del todo. Allí estaba la liebre y era muy honrada de ver. Sus largas orejas en cucurucho se elevaban majestuosamente y luego caían de nuevo del todo lánguidas, como si las hubiera invadido un súbito desmayo. Bambi se puso algo aprensivo al ver el bigote, que se le plantaba a la liebre alrededor de la boca tan tieso y tan recto en todas direcciones. Pero notó que la

liebre tenía una cara muy dulce, rasgos de lo más bondadosos, y que miraba al mundo con sus grandes ojos redondos con miradas discretas. En verdad parecía un amigo, la liebre. Los fugaces reparos de Bambi desaparecieron enseguida. Curiosamente, hasta el respeto que al principio había sentido se disipó pronto del todo.

—Buenas tardes, joven señor —saludó la liebre con exquisita cortesía.

Bambi solo asintió con la cabeza. —Buenas tardes.— No sabía por qué, pero solo asintió. Muy amistoso, muy educado, pero con un leve aire de condescendencia. No podía evitarlo. Quizá lo llevaba en la sangre.

—Qué hermoso príncipe tan joven —dijo la liebre a la madre. Observó a Bambi con atención, levantando ya una oreja, ya la otra, ya las dos a la vez, y a veces las dejaba caer rápidamente y lánguidas, lo que a Bambi no le gustó. Aquel gesto parecía decir: no vale la pena.

Entretanto la liebre siguió mirando a Bambi con suaves ojos grandes y redondos. Su nariz y su boca con el espléndido bigote se movían sin cesar, como alguien que mueve nariz y labios cuando lucha por no estornudar. Bambi tuvo que reírse.

La liebre también se rió enseguida con buena voluntad, solo que sus ojos se volvieron más pensativos.

—Le felicito —le dijo a la madre—, le felicito sinceramente por este hijo. Sí, sí, sí... esto será un príncipe espléndido... sí, sí, sí, esas cosas se ven enseguida.

Se irguió y quedó erguida sobre sus patas traseras, lo que asombró a Bambi en grado sumo. Después de haber espiado en todas las direcciones con las orejas tías y la nariz moviéndose magníficamente, volvió a sentarse con buenos modales en sus cuatro patas.

—Pues bien, me despido de las distinguidas señoras —dijo—, aún tengo varias cosas que hacer esta tarde... me despido

rendidamente.

Dio media vuelta y se alejó a saltitos, con las orejas pegadas al cuerpo, que le llegaban hasta los hombros.

—Buenas tardes —le gritó Bambi a modo de despedida.

La madre sonrió.

—La buena liebre... tan sencilla y tan modesta. Tampoco a ella le resulta fácil la vida. —Había simpatía en sus palabras.

Bambi paseó un poco y dejó a su madre con su comida. Esperaba volver a encontrarse con sus conocidos de la primera vez y estaba dispuesto también a hacer nuevas amistades. Pues sin que le quedara del todo claro lo que le faltaba, había en él una expectación constante. De pronto oyó a lo lejos un suave susurro en el prado, sintió un ligero y rápido golpeteo que rozaba el suelo. Levantó los ojos. Allá, al otro borde del bosque, algo se deslizaba entre la hierba. Una criatura... no... ¡idos! Bambi echó una rápida mirada a su madre, pero esta no se preocupaba de nada y tenía la cabeza hundida en la hierba. Allá, sin embargo, todo iba en círculos veloces de caza, exactamente como él mismo había correteado antes en círculos. Bambi estaba tan desconcertado que dio un salto hacia atrás, como si quisiera huir. Aquello llamó la atención de su madre y levantó la cabeza.

—¿Qué te pasa? —exclamó.

Pero Bambi estaba sin habla, no encontraba palabras y solo balbuceó:

—Allá... allá...

La madre miró hacia allá.

—Ah, ya —dijo—, es mi prima, y en efecto, también tiene ahora un cerdito... no, tiene dos. —La madre había hablado con alegría, luego se puso seria—. No... que Ena tiene dos crías... de verdad dos...

Bambi se quedó mirando. Ahora veía allá una figura que era exactamente igual a su madre. Antes no la había notado en absoluto. Vio cómo allá todo iba en dobles círculos por la hierba, pero solo se veían los lomos rojos, delgadas franjas rojas.

—Vamos —dijo la madre—, vamos hacia allá, así tendrás compañía.

Bambi quería correr, pero como la madre caminaba muy despacio y miraba en todas las direcciones a cada paso, él también se contuvo. Pero estaba en la más grande agitación y muy impaciente.

La madre seguía hablando:

—Ya pensaba yo que teníamos que encontrarnos con Ena en algún momento. ¿Dónde se estará metiendo?, me había preguntado. Y sabía que ella también tiene una cría. Pues bien, eso era fácil de adivinar. Pero que tenga dos crías...

Les habían visto ya desde hacía rato y los demás venían hacia ellos. Bambi tuvo que saludar a la tía, pero solo tenía ojos para sus hijos.

La tía era muy amable.

—Sí —le dijo—, este es Gobo y esta es Faline. Podéis jugar juntos siempre que queráis.

Las crías estaban rígidas y quietas, mirándose fijamente. Gobo junto a Faline, Bambi frente a ellos. Ninguno se movía. Estaban quietos y miraban.

—Déjales —dijo la madre—, ya se harán amigos.

—Qué criatura tan hermosa —respondió la tía Ena—, de verdad, especialmente hermosa. Tan fuerte y con tan buena planta...

—Bueno, regular —dijo la madre con modestia—. Hay que estar satisfecha. Pero que tú tengas dos crías, Ena...

—Sí, unas veces es así y otras de otra manera —explicó Ena—. Ya sabes, querida, yo he tenido crías más de una vez...

La madre dijo:

—Bambi es el primero...

—Ya verás —consoló Ena—, quizá la próxima vez te pase a ti también de otra manera...

Las crías seguían allí de pie mirándose. Ninguno decía una palabra. De pronto Faline dio un salto y salió disparada. El asunto se le había hecho demasiado aburrido.

Bambi al instante se lanzó detrás de ella. Gobo le siguió enseguida. Volaron en medios círculos, dieron media vuelta como un rayo, se enredaron unos con otros, galoparon en todas las direcciones. Iba de maravilla. Cuando de pronto e imprevistamente se detuvieron, algo sin aliento, ya eran buenos amigos. Comenzaron a charlar.

Bambi contó que había hablado con el buen saltamontes y con la mariposa blanca.

—¿Has hablado también con el escarabajo dorado? —preguntó Faline.

No, con el escarabajo dorado no había hablado Bambi. No le conocía, no sabía quién era.

—Yo hablo con él a menudo —explicó Faline con un poco de petulancia.

—A mí el arrendajo me riñó —dijo Bambi.

—¿De verdad? —se asombró Gobo—. ¿El arrendajo se portó así contigo?

Gobo se asombraba muy fácilmente y era extraordinariamente modesto.

—Pues —observó—, el erizo me pinchó en la nariz. —Pero lo mencionó casi de pasada.

—¿Quién es el erizo? —preguntó Bambi feliz. Le parecía maravilloso estar ahí, tener amigos y oír tantas cosas emocionantes.

—¡El erizo es una criatura horrorosa! —exclamó Faline—. ¡Lleno de púas por todo el cuerpo... y muy malo!

—No, ¿crees que es malo? —preguntó Gobo—. No le hace nada a nadie.

—¿Ah, sí? —respondió Faline rápidamente—, ¿quizá no te pinchó?

—Ah, solo fue porque yo quería hablar con él —objetó Gobo—, y solo un poquito. No dolió mucho.

Bambi se volvió a Gobo:

—¿Y por qué no quería que le hablaras?

—No quiere hablar con nadie —se entrometió Faline—. En cuanto uno se le acerca, se hace una bola y entonces solo tienes sus púas por todos lados. Nuestra madre dice que es de esos que no quieren saber nada del mundo.

Gobo opinó:

—Quizás solo tiene miedo.

Pero Faline entendía mejor aquello:

—La madre dice que con uno así no hay que meterse.

Bambi empezó en voz baja a decirle a Gobo:

—¿Sabes lo que es... el peligro?

Ahora los otros dos también se pusieron serios y los tres juntaron las cabezas.

Gobo reflexionó. Se esforzó honradamente por saberlo, porque veía con qué curiosidad esperaba Bambi la respuesta.

—El peligro... —susurró—, el peligro... es algo muy malo...

—Sí —apremió Bambi emocionado—, algo muy malo... ¿pero qué?

Los tres temblaban de terror.

De pronto Faline gritó alta y alegremente:

—El peligro es... ¡cuando hay que salir corriendo...!

Saltó; no quería quedarse allí con miedo. Bambi y Gobo saltaron enseguida tras ella. Volvieron a jugar, se revolcaron en la verde y susurrante seda del prado y olvidaron en un instante la seria pregunta. Al cabo de un rato se detuvieron y estuvieron juntos como antes para charlar. Miraron hacia sus madres. Estas estaban igualmente a gusto juntas, comían un poco y se entretenían con una tranquila conversación.

La tía Ena levantó la cabeza y llamó a sus hijos:

—¡Gobo! ¡Faline! Pronto tendremos que irnos...

La madre también amonestó a Bambi:

—Ven ahora... es la hora.

—Un poco más —pidió Faline impetuosa—, un poco más.

Bambi suplicó:

—¡Quedémonos! ¡Por favor! ¡Es tan bonito!

Y Gobo repitió con modestia:

—Es tan bonito... un poco más.

Hablaban los tres a la vez.

Ena miró a la madre:

—Bueno, ¿no lo decía yo? Ahora no quieren separarse.

Entonces ocurrió algo más, y fue mucho más grande que todo lo mucho que Bambi había vivido ese día.

Del bosque llegó un golpeteo resonante a lo largo del suelo. Las ramas crujieron, las ramas susurraron, y antes de que se pudiera aguzar el oído, irrumpió de la espesura. El uno entre el crujido y el chasquido, el otro en su estela con el ímpetu del viento. Como la tormenta salieron disparados, trazaron un amplio arco en el prado, se hundieron de nuevo en el bosque donde se les oyó galopar, volvieron a irrumpir de la espesura y de pronto se quedaron quietos, a unos veinte pasos el uno del otro.

Bambi los miró sin moverse. Se parecían a la madre y a la tía Ena. Pero en sus cabezas brillaba la corona de la cornamenta, en castañas perlas y claras cimas blancas. Bambi estaba completamente aturdido; miraba de uno al otro. El uno era más pequeño y también su corona era más modesta. Pero el otro era majestuosamente hermoso. Llevaba la cabeza alta, y alta se erguía sobre ella la corona. Aquella brillaba de lo oscuro a lo claro, adornada con el esplendor de muchas perlas negras y castañas y con extremos largos y extendidos de blanco reluciente.

—¡Oh! —exclamó Faline de admiración. Gobo repitió en voz baja:

—¡Oh!

Bambi, en cambio, no dijo nada. Estaba arrebatado y mudo.

Ahora los dos se movieron, se volvieron el uno del otro, cada uno en una dirección distinta, y se adentraron lentamente en el bosque. El majestuoso pasó muy cerca de los niños, de la madre y de la tía Ena. Pasó en silencioso esplendor, llevando la cabeza ennoblecida erguida con regia seriedad, sin dignarse dirigir una mirada a nadie.

Los niños no se atrevían ni a respirar hasta que desapareció en la espesura. Miraron hacia el otro, pero justo en ese momento las verdes puertas del bosque se cerraron tras él.

Faline fue la primera en romper el silencio.

—¿Quiénes eran esos? —exclamó. Pero su voccecita atrevida temblaba.

Gobo repitió casi sin voz:

—¿Quiénes eran?

Bambi calló.

La tía Ena dijo solemnemente:

—Esos eran los padres.

Ya no se dijo nada más y se separaron. La tía Ena se fue con sus hijos directamente hacia el matorral más próximo. Era su camino.

Bambi tuvo que cruzar todo el prado con la madre hasta el roble para coger el camino habitual. Estuvo callado mucho tiempo. Al fin preguntó:

—¿No nos han visto?

La madre entendió lo que quería decir y respondió:

—Claro. Lo ven todo.

Bambi se sintió angustiado; le daba reparo hacer preguntas, pero el impulso era demasiado fuerte. Empezó:

—¿Por qué...?

Y calló.

La madre le ayudó:

—¿Qué quieres decir, hijo mío?

—¿Por qué no se han quedado con nosotros?

—Ellos no se quedan con nosotros —respondió la madre—, solo a veces...

Bambi continuó:

—¿Por qué no nos han hablado?

La madre dijo:

—Ahora no nos hablan... solo a veces... Hay que esperar a que vengan, y hay que esperar a que nos hablen... cuando les plazca.

Con el ánimo agitado preguntó Bambi:

—¿Mi padre me hablará a mí?

—Claro, hijo mío —le prometió la madre—, cuando seas mayor te hablará y a veces podrás estar con él.

Bambi caminaba en silencio junto a la madre, todo su pensamiento ocupado por la aparición del padre.

—¡Qué hermoso es! —pensaba, y una y otra vez: —¡Qué hermoso es!

Como si la madre pudiera oír sus pensamientos, dijo:

—Si sigues vivo, hijo mío, si eres prudente y evitas el peligro, también tú llegarás a ser tan fuerte y tan hermoso como el padre, y llevarás también una corona como la suya.

Bambi respiró hondo. El corazón se le ensanchó de felicidad y de presentimiento.

CAPÍTULO V

El tiempo pasa y Bambi acumula muchas experiencias, vive cientos de aventuras. Cada día hay algo nuevo. A veces le da vueltas la cabeza porque tiene que aprender una cantidad increíble de cosas.

Ya sabe escuchar. No solo oír lo que ocurre tan cerca que le entra por sí solo en los oídos. No, eso no tiene ningún mérito. Sino que sabe escuchar de verdad, con inteligencia, todo lo que se mueve por suave que sea, cualquier crujido finísimo que el viento trae. Sabe, por ejemplo, que allí pasa un faisán por la espesura; conoce perfectamente ese delicado paso sigiloso que se detiene a cada momento. También reconoce a los ratones del campo por el oído, cuando corren de un lado a otro, por los cortos caminos que hacen. Luego los topos, cuando están de buen humor y se persiguen en círculos bajo un arbusto de saúco, de modo que no hacen más que crujir. Conoce el audaz y claro llamado de los halcones y por el cambio iracundo de su tono sabe cuando llega un gavilán o un águila, que están enfadados porque temen que les quiten su territorio. Conoce el aleteo de las palomas del bosque, el hermoso y lejano susurro de alas de los patos y muchas cosas más.

También empieza a entender poco a poco el olfato. Pronto lo dominará tan bien como su madre. Puede aspirar el aire y como analizarlo con la inteligencia. *Ah, esto es trébol y hierba de las praderas*, piensa cuando el viento llega del prado, *sí, y allí está también el amigo liebre afuera; bien lo noto*. Otras veces reconoce, en medio de los olores de hojas, tierra, ajo de oso y asperilla, que en algún sitio pasa el turón, reconoce, cuando baja el hocico al suelo

y olfatea a fondo, que por aquí ha pasado el zorro, o nota: aquí cerca hay parientes, la tía Ena con las crías.

Ahora está completamente familiarizado con la noche, y ya no tiene ese gran deseo de correr por ahí en pleno día. Le gusta bastante tumbarse ahora durante el día en la pequeña y crepuscular alcoba de follaje junto a su madre. Oye cómo el aire se cuece de calor y duerme. De vez en cuando se despierta, escucha y olfatea, como es debido. Todo está en orden. Solo los pequeños herrerillos charlan un poco entre sí, las currucas, que casi nunca pueden callarse, se entretienen, y las palomas torcaces no cesan de declamar sus entusiastas ternuras. ¿Qué le importa eso? Vuelve a dormirse.

La noche le gusta ahora mucho. Todo está despierto, todo está en movimiento. Claro que también de noche hay que estar alerta, pero uno va más tranquilo y va adonde quiere. Y por todas partes se encuentran conocidos, que también están todos más despreocupados que de costumbre. De noche el bosque es solemne y silencioso. Solo hay unas pocas voces que se alzan en ese silencio, pero suenan diferentes que las voces del día e impresionan más. A Bambi le gusta el autillo. Tiene un vuelo tan señorial, completamente silencioso, completamente ligero. Una mariposa hace tan poco ruido como él, y sin embargo es tan grande. Tiene también una cara tan significativa, tan firme, tan excepcionalmente reflexiva, y tiene unos ojos maravillosos. Bambi admira su mirada firme, serena y valiente. Le gusta escuchar cuando habla a veces con la madre o con alguien más. Se queda un poco apartado, tiene un poco de miedo de la mirada autoritaria que tanto admira, tampoco entiende mucho de las cosas inteligentes que dice, pero sabe que son cosas inteligentes, y eso le encanta, le llena de veneración por el autillo. Luego el autillo comienza su canto. *Haa-ah — hahaha — haa-ah*, canta. Suena diferente que el canto del tordo o del oropéndola, diferente que el amable lema del cuco, pero Bambi ama el canto del autillo, porque siente en él una gravedad misteriosa, una sabiduría inefable y una melancólica enigmática. Luego está el mochuelo, un muchacho encantador. Listo, alegre y sobremanera curioso. Está

obsesionado con llamar la atención. *iUj-iik! iUj-iik!*, grita con una voz completamente asfiriada, espantosamente chillona. Parece como si estuviera en el trance de la muerte. Pero está de un humor espléndido y se alegra enormemente cuando alguien se asusta. *iUj-iik!*, grita tan espantosamente fuerte que se le oye en el bosque a media hora de distancia. Después, sin embargo, ríe con un suave arrullo para sí, que solo se oye cuando uno está muy cerca de él. Bambi ha descubierto que el mochuelo se alegra cuando alguien se asusta o cuando cree que le ha pasado algo malo. Desde entonces Bambi nunca deja de acudir corriendo cuando está cerca y preguntar: *¿Le ha ocurrido algo?*, o dice con un suspiro: *iAy, qué susto me he llevado!* Entonces el mochuelo se pone contento.

—Sí, sí —dice riéndose—, suena de maravilla a lamento.

Esponja las plumas, parece una pelota gris y suave y está encantadoramente hermoso.

También ha habido unas cuantas tormentas. De día y de noche. La primera vez fue de día, y Bambi sintió angustia cuando en su alcoba de follaje fue oscureciendo más y más. Le pareció como si la noche hubiera caído del cielo en mitad del día. Cuando la tormenta bramó y revolvió el bosque de modo que los árboles silenciosos empezaron a gemir en voz alta, Bambi tembló de miedo. Y cuando brillaron los relámpagos, cuando tronó el trueno, Bambi perdió el sentido del terror y creyó que el mundo iba a hacerse pedazos. Corrió detrás de su madre, que se había levantado algo confundida y andaba de un lado a otro en la espesura. No podía pensar, no podía dominarse. Luego la lluvia cayó en aguaceros furiosos. Todo se había acurrucado, el bosque parecía vacío y no había escapatoria. Incluso en el matorral más espeso uno era azotado por el agua que caía impetuosa. Pero los relámpagos cesaron, su rayo de fuego ya no llameo entre las copas; el trueno se alejó, solo se le oía murmurar a lo lejos y pronto calló del todo. La lluvia se hizo más suave. Su amplio susurro sonó uniforme y poderoso durante una hora más, el bosque estaba respirando hondo en la calma del viento y se dejaba

inundar, y nadie tenía ya miedo que pasar. Ese sentimiento se había ido, la lluvia se lo había llevado.

Nunca antes la madre había ido con Bambi al prado tan temprano como ese atardecer. En realidad ni siquiera era atardecer todavía. El sol estaba aún alto en el cielo, el aire era vigorosamente fresco, olía con más fuerza que de costumbre, y el bosque cantaba con mil voces, pues todos habían salido de sus escondrijos y andaban a prisa y se afanaban en contarse unos a otros lo que acababan de vivir.

Antes de salir al prado pasaron junto al gran roble que crecía justo al borde del bosque, muy cerca de su camino. Siempre tenían que pasar junto a este hermoso y gran árbol cuando iban al prado. Ahora la ardilla estaba en una rama y les saludó. Bambi vivía con la ardilla en alegre amistad. Por su pelaje rojizo la había tomado en el primer encuentro por un corzito muy pequeño y la había mirado desconcertado. Pero Bambi era entonces de verdad todavía demasiado niño y simplemente no entendía nada de nada. Desde el principio le había gustado mucho la ardilla. Era tan sumamente modosa, tan agradablemente habladora, y Bambi se deleitaba en la maravilla con que sabía hacer acrobacias, trepar, saltar y equilibrarse. Ahí bajaba corriendo el liso tronco del árbol en medio de la conversación, como si no fuera nada. Ahí estaba sentada erguida en una rama oscilante, apoyada cómodamente en su tupida cola, que se alzaba grácilmente detrás de ella, mostrando su pecho blanco, meneando con gracia sus pequeñas patas delanteras, inclinando la cabecita de un lado a otro, riendo con sus ojos alegres y decía en un instante cantidad de cosas chispeantes o interesantes. Ahora bajaba de nuevo, tan veloz y a saltos que parecía que fuera a caer encima de uno. Agitando con fuerza su larga cola roja, ya saludaba desde arriba:

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Qué bien que pasen por aquí!

La madre y Bambi se detuvieron.

La ardilla bajó por el liso tronco.

—Pues bien —charlaba—, ¿han superado bien el asunto? Claro, ya veo que todo está en el mejor orden. Eso es al fin y al cabo lo principal.

Corrió de nuevo por el tronco hacia arriba y dijo al hacerlo:

—No, aquí abajo está muy mojado para mí. Esperen, me busco un sitio mejor. Eso no les molestará, espero. ¡Muchas gracias! Pensé que no les molestaría. Y se puede hablar perfectamente desde aquí.

Corría por una rama recta de un lado a otro.

—Una que si te he visto no me acuerdo —continuó—, ¡qué jaleo y qué escándalo ha habido! Pues, pueden imaginarse el susto que me he llevado. Una se acurruca bien quieta en un rincón y apenas se atreve a moverse. Eso es lo peor de todo, estar quieta y no moverse. Claro que una espera que no pasará nada, y, bueno, mi árbol es para esos casos magnífico, no, no hay nada que decir, mi árbol es magnífico... eso hay que decirlo. Estoy satisfecha. Por mucho que viaje, no deseo ningún otro. Pero cuando empiezan a las que le decía, una siempre se altera terriblemente.

La ardilla estaba sentada, apoyada en su hermosa cola erguida, mostrando el pecho blanco y estrechaba las dos patitas delanteras contra el corazón con gran sentimiento. Sin más uno le creía que se había alterado.

—Ahora queremos ir al prado —dijo la madre—, a secarnos al sol.

—¡Oh, qué buena idea! —exclamó la ardilla—. Son ustedes tan sensatas, de verdad, siempre digo que son tan sensatas. —De un salto estaba en una rama más alta—. No pueden hacer nada mejor que ir ahora al prado —gritó desde allí abajo. Luego se balanceó en ligeros saltos por las ramas de la copa de arriba abajo.

—Yo también quiero subir adonde hay sol —charlaba contenta—, ¡estamos completamente empapados! Quiero subir del todo. —Ya no le importaba si la escuchaban.

El prado estaba ya bastante animado. El amigo liebre estaba allí y tenía consigo a su familia. La tía Ena estaba allá con sus hijos y con

algunos otros conocidos. Hoy Bambi vio también de nuevo a los padres. Salieron lentamente del bosque, uno de allá, otro de aquí, incluso apareció un tercero. Andaban despacio cerca del borde del bosque en el prado, cada uno en su sitio. No prestaban atención a nadie, no hablaban siquiera entre sí. Bambi miraba a menudo hacia ellos, con reverencia y lleno de curiosidad.

Luego se entretuvo con Faline, con Gobo y con unas pocas crías más. Le pareció que podían jugar un poco. Todos estuvieron de acuerdo y empezaron los círculos. Faline resultó ser la más alegre de todos. Estaba tan fresca y ágil y rebosaba de ideas repentinas. Pero Gobo se cansó pronto. Se había asustado terriblemente con la tormenta, le había dado palpitaciones y ahora le seguían. Gobo era en todo caso algo débil, pero Bambi le quería porque era tan bueno y tan solícito y siempre un poco triste sin que se le notara.

El tiempo pasa y Bambi aprende lo finas que saben las espigas de hierba, lo tiernos que son los brotes de las hojas y lo dulce que es el trébol. Cuando se aprieta contra su madre para refrescarse, a veces ella le rechaza.

—Ya no eres tan niño —dice. A veces dice incluso con toda claridad: —Vete, déjame en paz.

Puede ocurrir que la madre en la pequeña alcoba del bosque se levante, se levante en mitad del día, se vaya sin prestar atención a si Bambi la sigue o no. A veces también pasa, cuando recorren los caminos habituales, como si la madre no se diera cuenta de que Bambi está detrás de ella y la sigue obedientemente. Un día la madre se ha ido. Bambi no sabe cómo ha sido posible, no se lo puede explicar de ninguna manera. Pero la madre se ha ido y Bambi por primera vez está solo.

Se asombra, se inquieta, le entra angustia y miedo y empieza a sentir un anhelo lamentable. Allí está, muy triste, y llama. Nadie responde, nadie viene.

Escucha, olfatea. Nada.

Llama de nuevo. Muy suave, tierno, suplicante:

—Madre... madre...

En vano.

Entonces la desesperación le alcanza, no lo aguanta y empieza a caminar.

Vaga por el camino que conoce, se para y llama, vuelve a vagar con pasos vacilantes, temeroso y desorientado. Está muy triste.

Sigue y sigue caminando y llega a caminos por los que no ha pasado nunca, llega a lugares que le son desconocidos. Ya no sabe dónde está.

Entonces oye dos voces de niños que llaman como él:

—¡Madre... madre...!

Se detiene y escucha.

En verdad, esos son Gobo y Faline. Tienen que ser ellos.

Corre rápidamente hacia las voces y pronto ve los pelajes rojos brillar entre las hojas. Gobo y Faline. Allí están bajo un sanguino, abatidos el uno junto al otro, llamando:

—¡Madre... madre...!

Se alegran cuando oyen crujir en el matorral. Pero cuando reconocen a Bambi, están decepcionados. Sin embargo, también se alegran un poco con él. Y Bambi está contento de no estar ya tan completamente solo.

—Mi madre se ha ido —dijo Bambi.

—La nuestra también se ha ido —respondió Gobo lastimosamente.

Se miran y están completamente consternados.

—¿Dónde pueden estar? —pregunta Bambi. Casi solloza.

—No lo sé —suspira Gobo. Tiene palpitaciones y se siente mal.

De pronto Faline dice:

—Creo... que están con los padres...

Gobo y Bambi la miran desconcertados. Se llenan de inmediato de reverencia.

—¿Crees... con los padres? —pregunta Bambi temblando.

Faline también tiembla, pero pone cara de entendida. Se comporta como alguien que sabe más de lo que quiere revelar. Claro que no sabe nada; ni siquiera sabe de dónde le ha venido la ocurrencia. Pero cuando Gobo repite: —¿Lo dices en serio?— pone cara de inteligente y repite misteriosamente: —Sí, lo creo.

Eso es al menos una suposición sobre la que se puede pensar. Aun así Bambi no se tranquiliza. No puede pensar ahora, está demasiado agitado y demasiado triste.

Se va. No quiere quedarse en un solo sitio. Faline y Gobo le acompañan un trecho; los tres llaman: —¡Madre... madre...!— Pero ahora Gobo y Faline se detienen; no se atreven a ir más lejos. Faline dice: —¿Para qué? La madre sabe dónde estamos. Quedémonos aquí entonces, para que nos encuentre cuando vuelva.

Bambi va solo. Vaga por una espesura y en ella hay un pequeño claro. En mitad del claro Bambi se detiene. Está de pronto como clavado en el suelo y no puede moverse.

Allá, al borde del claro, en un alto avellano, hay una figura. Bambi nunca ha visto una figura así. Al mismo tiempo el aire le trae una fero que nunca antes había sentido. Es un olor extraño, pesado y acre y estimulante, que enloquece.

Bambi miraba fijamente la figura. Está extrañamente erguida, es curiosamente estrecha y tiene una cara pálida, completamente desnuda en la nariz y alrededor de los ojos. Espantosamente desnuda. Un terror horroroso emana de esa cara. Un frío espanto. Esa cara tiene un poder enorme del que uno queda paralizado. Es insoportablemente angustioso mirar esa cara, y sin embargo Bambi está allí y la mira sin apartar los ojos.

La figura permanece mucho tiempo sin moverse. Luego extiende una pata, una, que está colocada muy arriba, cerca de la cara.

Bambi no había notado en absoluto que existiera. Pero ahora que esa horrible pata se extiende recta hacia el aire, Bambi es barrido por el mero gesto, como una pluma por el viento. En un instante está de vuelta en la espesura, de donde venía. Y corre.

De pronto está también la madre. Salta a su lado entre arbustos y matas. Corren los dos con todas sus fuerzas. La madre va delante, conoce el camino, y Bambi la sigue. Así corren hasta que los dos están ante su alcoba.

—¿Lo viste...? —preguntó la madre en voz baja.

Bambi no puede responder, no tiene aliento. Solo asiente con la cabeza.

—Ese... era... Él —dice la madre.

Y los dos se estremecen.

CAPÍTULO VI

Bambi se quedó solo todavía a menudo. Pero ya no se angustia tanto como las primeras veces. La madre desaparecía, y por mucho que llamara, no venía. Pero de improvisto aparecía de nuevo y estaba con él como siempre.

Una noche andaba de nuevo completamente abandonado. Ni siquiera encontró a Gobo y a Faline. El cielo se estaba volviendo ya gris pálido y comenzaba a amanecer, de modo que sobre el matorral se iban haciendo visibles los arcos de las copas de los árboles. Entonces crujió en el matorral, una larga franja de susurro recorrió las hojas y la madre pasó a toda velocidad. Muy pegado a ella alguien más salió disparado. Bambi no supo quién era, si la tía Ena o el padre o alguien más. Pero a la madre la reconoció enseguida, por muy deprisa que hubiera pasado ante él. Oyó su voz. Gritaba, y a Bambi le pareció que era en broma, pero le pareció también que había resonado en ello un poco de miedo.

Otra vez fue de día. Bambi recorría las espesuras, durante horas. Al final empezó a llamar. No porque le entrara miedo. Solo que ya no quería quedarse tan completamente solo y sentía que pronto se pondría bastante lamentable. Así que empezó a llamar a la madre.

De pronto uno de los padres estaba ante él y le miraba con severidad. Bambi no le había oído venir y se asustó. El Viejo era imponente de ver, más alto y más orgulloso que los demás. Su pelaje ardía en un rojo profundo y oscuro, pero su cara ya brillaba

gris plateada; y una corona alta, de cuentas negras, se levantaba majestuosa sobre sus orejas inquietas.

—¿Por qué gritas? —preguntó el Viejo con severidad.

Bambi tembló de reverencia y no se atrevió a responder.

—¡Tu madre no tiene tiempo ahora para ti! —continuó el Viejo.

Bambi estaba completamente aniquilado por aquella voz autoritaria, pero al mismo tiempo la admiraba.

—¿No puedes estar solo? ¡Que te dé vergüenza!

Bambi quiso decir que podía estar solo perfectamente, que ya había estado solo muchas veces, pero no pudo decir nada. Era obediente y se avergonzaba terriblemente. El Viejo se dio la vuelta y se fue. Bambi no sabía cómo, ni adónde, no sabía si el Viejo había ido despacio o de prisa. Simplemente se había ido, tan de repente como había venido. Bambi escuchó con atención, pero no oyó ningún paso que se alejara, no oyó ninguna hoja que se moviera. Pensó que el Viejo debía de seguir muy cerca, y exploró el aire en todas las direcciones. No le llegaba ninguna fero. Bambi exhaló un suspiro de alivio al verse de nuevo solo, pero al mismo tiempo sintió un vivo deseo de ver de nuevo al Viejo y de ganarse su aprobación.

Cuando llegó la madre, no le contó nada del encuentro. Y ya no llamó más a la madre cuando desaparecía de nuevo. Pensaba en el Viejo mientras vagaba solo; deseaba ardientemente encontrárselo. Entonces le querría decir: *Mire, no llamo*. Y el Viejo le aprobaría.

Pero a Gobo y a Faline se lo contó cuando volvieron a estar juntos en el prado. Escucharon con atención y no podían contarle ninguna aventura comparable.

—¿No tuviste miedo? —preguntó Gobo emocionado.

Sí. Bambi confesó que había tenido miedo. Solo un poco.

—Yo me habría asustado terriblemente —declaró Gobo.

Bambi respondió que no, que no había tenido un miedo muy grande, porque el Viejo había sido espléndido. Gobo opinó:

—A mí eso me habría ayudado poco. Del miedo no habría sido capaz de mirarle. Cuando tengo miedo, todo se me pone borroso y ya no veo nada, y el corazón me late tan fuerte que no puedo respirar.

Faline se había puesto muy pensativa al escuchar el relato de Bambi y no decía nada.

Pero la próxima vez que se encontraron, Gobo y Faline llegaron corriendo a toda prisa. También estaban solos, como Bambi. —Llevamos un buen rato buscándote —gritó Gobo—. Sí —dijo Faline con importancia—, porque ahora sabemos exactamente quién era el que viste.

Bambi dio un salto de curiosidad.

—¿Quién...?

Faline dijo solemnemente:

—Era el viejo príncipe.

—¿Cómo lo sabéis? —apremió Bambi.

—¡De nuestra madre! —respondió Faline.

Bambi se mostró asombrado.

—¿Le habéis contado la historia?

Los dos asintieron.

—¡Si era un secreto! —exclamó Bambi indignado.

Gobo se disculpó al instante:

—Yo no fui. Fue Faline.

Pero Faline exclamó alegremente:

—¡Vaya, un secreto! Yo quería saber quién es. Ahora lo sabemos y eso es mucho más interesante.

Bambi ardía por saberlo todo y se tranquilizó. Faline se lo contó todo.

—Es el más señorial de todo el bosque. Es el gran príncipe. No hay ningún otro que pueda comparársele. Nadie sabe qué edad tiene. Nadie puede decir dónde vive. Nadie puede nombrar sus parientes. Solo unos pocos le han visto alguna vez. A veces se decía ya que estaba muerto, pues había estado tanto tiempo sin dejarse ver que se lo creían. Luego le divisaban de nuevo, por un momento, y así se sabía que seguía vivo. Nadie se ha atrevido nunca a preguntarle dónde había estado. No habla con nadie y nadie se atreve a dirigirle la palabra. Va por caminos por los que no va nadie más; conoce el bosque hasta sus confines más lejanos. Y para él no existe el peligro. Los otros príncipes se combaten a veces entre sí, a veces solo como prueba y en broma, a veces en serio. Con él no ha combatido nadie desde hace muchos años. Y de los que combatieron con él en otros tiempos, hace mucho tiempo, sí, de esos no queda ya ninguno con vida. Es el gran príncipe.

Bambi perdonó a Gobo y a Faline que hubieran contado su secreto a su madre. Hasta estaba satisfecho, pues así se había enterado de todas aquellas cosas importantes. Pero se alegró de que Gobo y Faline no supieran todo con tanta exactitud. Que el gran príncipe había dicho: *¿No puedes estar solo?*, que había dicho: *¡Que te dé vergüenza!*, eso no lo sabían. Bambi se alegró ahora de haber callado aquella reprimenda. Gobo y Faline lo habrían contado igual que lo demás, y entonces todo el bosque lo habría sabido.

Esa noche, cuando salió la luna, la madre de Bambi regresó una vez más. Estaba de pronto bajo el gran roble al borde del prado y buscaba a Bambi con la mirada. Él la vio enseguida y corrió hacia ella. Esa noche Bambi vivió algo nuevo de nuevo. La madre estaba cansada y hambrienta. No anduvieron tan lejos como de costumbre. La madre se sacó en el prado, donde Bambi ya hacía la mayoría de sus comidas. Juntos picotearon luego en los arbustos y así se fueron adentrando de este modo contemplativo y gozoso más y más en el bosque. Entonces llegó un gran susurro por la espesura. Antes de que Bambi pudiera adivinar lo que ocurría, su madre empezó a gritar en voz alta, como a veces cuando se asustaba mucho o le acometía una confusión.

—¡A-oh! —gritó, dio un salto, se quedó quieta y gritó: —¡A-oh!
¡Ba-oh!

Entonces Bambi vio poderosas apariciones que pasaban en aquel gran susurro. Pasaban muy cerca. Se parecían a Bambi y a la madre de Bambi, se parecían a la tía Ena y a todos los de su especie, pero eran gigantescas, tan enormes de talla que había que mirarlas hacia arriba abrumado. Bambi también se puso a vocear.

—¡A-oh... ba-oh... ba-oh!

Apenas sabía que gritaba, no podía evitarlo. La procesión pasó lentamente. Tres, cuatro enormes apariciones en fila. Al final venía uno que era aún más grande que los demás, tenía una melena salvaje en el cuello y llevaba todo un árbol como corona. Era tan impresionante verlo que a uno se le cortaba el aliento. Bambi estaba allí y vociferaba a pleno pulmón, porque se sentía inquieto como nunca. Tenía miedo, pero de un tipo especial. Se sentía a sí mismo pequeñísimo y hasta la madre le parecía lamentablemente empequeñecida. Se avergonzó sin saber por qué, pero al mismo tiempo el espanto le sacudía y vociferaba sin parar.

—¡Ba-oh... ba-a-oh!

Le aliviaba gritar así.

La procesión había pasado. Ya no se veía nada y no se oía nada de ella. La madre también calló. Solo Bambi lanzó un breve grito de vez en cuando. Aún le sacudía.

—Ya cállate —dijo la madre—, ya se han ido.

—Ay, madre —susurró Bambi—, ¿quiénes eran?

—Ah, en el fondo no son tan peligrosos —dijo la madre—, esos eran nuestros grandes parientes... sí... son grandes y son distinguidos... más distinguidos que nosotros...

—¿Y no son peligrosos? —preguntó Bambi.

—Por lo general no —explicó la madre—. Se cuentan cosas, claro está. Se habla esto y aquello, pero no sé si hay algo de cierto en

esas historias. A mí nunca me han hecho nada, ni a ninguno de mis conocidos.

—¿Por qué habrían de hacernos algo —dijo Bambi—, si son nuestros parientes?

Quería tranquilizarse, pero seguía temblando.

—No, no nos harán nada —respondió la madre—, pero no sé, me asusto cada vez que los veo. No puedo dominarme. Así me pasa cada vez.

Bambi se fue tranquilizando poco a poco con esta conversación, pero siguió pensativo. Justo encima de él, en las ramas de un aliso, el mochuelo lanzó su grito para llamar la atención. Pero Bambi estaba distraído y olvidó hoy hacer como si se hubiera asustado. Sin embargo el mochuelo se acercó enseguida y preguntó:

—¿Le he asustado quizás?

—Claro —respondió Bambi—, usted siempre me asusta.

El mochuelo rió suavemente; estaba satisfecho.

—Espero que no me lo tome a mal —dijo—, es mi naturaleza.

Esponjó las plumas, parecía una pelota, inclinó el pico en el plumón suave del pecho y puso una cara tremendamente simpática y seria. Estaba contento.

Bambi le abrió su corazón.

—Verá usted —empezó con algo de presunción—, hace un momento me asusté mucho más que ahora.

—¿De verdad? —preguntó el mochuelo descontento.

Bambi le contó el encuentro con los enormes parientes.

—¡No me hable de parientes! —exclamó el mochuelo—. Yo también tengo parientes. Pero en cuanto me dejo ver de día en algún sitio, todos se lanzan sobre mí. No, los parientes no sirven de mucho. Si son más grandes que nosotros, no valen nada, y si son más pequeños, valen todavía menos. Si son más grandes que

nosotros, no los podemos aguantar porque son orgullosos, y si son más pequeños, no nos pueden aguantar a nosotros porque entonces los orgullosos somos nosotros. No, no quiero saber nada de toda esa compañía.

—Pero... yo no conozco a mis parientes en absoluto... —dijo Bambi tímidamente y con añoranza—. Nunca había oído hablar de ellos y los he visto hoy por primera vez.

—No se ocupe de esa gente —le aconsejó el mochuelo—. Créame —torció los ojos con significado—, créame, es lo mejor. Los parientes nunca son tan buenos como los amigos. Mire, usted y yo no somos parientes en absoluto, pero buenos amigos somos, y eso es muy agradable.

Bambi quiso decir algo más, pero el mochuelo continuó:

—En estas cosas tengo mi experiencia. Usted es todavía tan joven. Créame, yo sé mejor. Por lo demás no tengo ninguna intención de meterme en sus asuntos de familia.

Torció los ojos con tanto pensamiento y tenía con su cara seria una apariencia tan significativa que Bambi se calló con modestia.

CAPÍTULO VII

Pasó otra noche, y la mañana trajo un acontecimiento.

Era una mañana bajo un cielo sin nubes, llena de rocío y frescura. Todas las hojas en los árboles comenzaron de pronto a despedir más fragancia, todas las hojas en los arbustos. El prado exhalaba fragancia en amplias olas hasta las copas de los árboles.

Piu, dijeron los herrerillos al despertar. Lo dijeron muy quedamente. Pero como todavía era gris y crepuscular, de momento no dijeron nada más. Estuvo un rato completamente silencioso. Luego sonó un ronco y agrietado graznido de cuervo por el aire, desde muy arriba. Los cuervos habían despertado y se visitaban en las copas. Enseguida respondió la urraca: *Schakerakschak...¿cree usted que todavía estoy durmiendo?* Ahora empezó en pequeños y centenarios llamados, aquí y allá, lejos y cerca, muy quedamente: *iPiu! iPiu! iTiu!* En esos sonidos había todavía sueño y crepúsculo. Y eran todavía en rigor aislados.

De pronto un mirlo voló hasta la copa de una haya. Voló hasta la rama más extrema, que se alzaba delgada en el aire, se sentó en lo más alto y miró a lo lejos por encima de todos los árboles, hacia donde el cielo gris pálido, cansado de noche, se enrojecía a lo lejos al oriente y cobraba vida. Entonces empezó a cantar. Era solo una manchita oscura minúscula si se la veía desde abajo. Su pequeño cuerpo negro se parecía desde lejos a una hoja marchita. Pero su canto se extendió como un gran júbilo por el bosque. Y ahora todo se animó. Los pinzones trinaron, los petirrojos y el jilguero se

dejaron oír. Con amplio aleteo y chasquido de alas cruzaron las palomas de un sitio a otro. Los faisanes gritaron, y sonó como si les reventara la garganta. Suave y poderoso fue el ruido de sus plumas al descender de los árboles en que dormían a tierra. Muchas más veces lanzaron en el suelo su grito metálico y explosivo y arrullaron suavemente después. En lo alto del aire llamaban los halcones aguda y alegremente: *ija, ja, ja!*

El sol había salido.

iDiu-dijú!, cantó jubiloso el oropéndola. Volaba de rama en rama y su cuerpo redondo y amarillo brillaba a los rayos del sol como una pelota de oro con alas.

Bambi salió bajo el gran roble al prado. Relucía en el rocío, olía a hierba, a flores y a tierra húmeda, y susurraba de vida innumerable. Allí estaba el amigo liebre y parecía reflexionar sobre algo importante. Allá un orgulloso faisán paseaba despacio, picoteaba las espigas de hierba y miraba con cuidado en todas las direcciones. Las joyas azul oscuro de su cuello brillaban al sol. Pero muy cerca de Bambi, aquí mismo, estaba uno de los príncipes, muy próximo. Bambi nunca le había visto así, nunca había visto ninguno de los padres tan cerca. Estaba junto al avellano ante él, todavía un poco velado por las ramas. Bambi no se movió. Esperaba que el príncipe saliera del todo, y Bambi reflexionó si se atrevería a dirigirle la palabra. Quería preguntarle a la madre y la buscó con la mirada. Pero la madre ya se había ido más lejos y estaba bastante alejada al otro lado junto a la tía Ena. Justo entonces llegaron también Gobo y Faline corriendo de la espesura al prado. Bambi no se movió y reflexionó. Si ahora quería pasar hacia la madre y los demás, tenía que pasar por delante del príncipe. Aquello le parecía indecoroso. *Bah, pensó, no necesito preguntar a la madre. El viejo príncipe ya habló conmigo y no le conté nada a la madre. Hablaré con el príncipe, lo intentaré. Que los demás al otro lado vean cómo hablo con él. Diré: ¡buenos días, príncipe mío! Con eso no puede ofenderse. Pero si se ofende, salgo corriendo rápidamente.* Bambi luchaba con su decisión, que volvía a tambalearse.

Ahora el príncipe salió del avellano al prado.

Ahora..., pensó Bambi.

Entonces retumbó un trueno.

Bambi se estremeció y no supo qué había ocurrido.

Vio al príncipe ante él saltar hacia arriba con un gran salto, y le vio pasar rozándole a toda velocidad hacia el bosque.

Bambi miró en torno confundido, el trueno aún resonaba en él. Vio cómo al otro lado la madre, la tía Ena, Gobo y Faline huían hacia el bosque, vio al amigo liebre salir disparado sin sentido, vio al faisán correr con el cuello estirado hacia adelante, notó que todo el bosque se había callado de pronto, se sobrepuso y saltó de regreso a la espesura.

Solo había dado unos pocos saltos cuando el príncipe estaba ante él en el suelo. Inmóvil. Aterrado Bambi se detuvo y no entendió qué podía ser aquello. El príncipe estaba allí, con la espalda abierta en ancha herida, ensangrentado y muerto.

—¡No te quedes quieto! —llamó urgentemente a su lado. Era la madre, que pasaba a todo galope—. ¡Corre! —gritó—. ¡Corre con todas tus fuerzas!

No se detuvo, siguió galopando, y su orden arrastró a Bambi consigo. Corrió con todas sus fuerzas.

—¿Qué es eso, madre? —preguntó—. ¿Qué fue eso, madre?

La madre respondió jadeando:

—Eso... era... Él.

Bambi se estremeció y corrieron.

Sin aliento se detuvieron al fin.

—¿Qué dice usted? ¡Le ruego, qué dice usted! —gritó una voz fina por encima de ellos. Bambi levantó los ojos: la ardilla bajaba disparada entre las ramas.

—He saltado con ustedes toda la distancia hasta aquí —gritó—. ¡No, esto es espantoso!

—¿Estaba usted allí también? —preguntó la madre.

—Pero claro que estaba allí —respondió la ardilla—. Todavía me tiemblan todos los miembros.

Se sentó erguida, apoyada en su espléndida cola, mostrando el estrecho pecho blanco y apretaba las dos patitas delanteras con vehemencia sobre el cuerpo.

—Estoy completamente fuera de mí de la agitación.

—Yo también estoy completamente agotada del susto —dijo la madre—. Es incomprendible. Ninguno de nosotros vio nada.

—¿Ah, sí? —La ardilla se animó—. En eso se equivoca usted. ¡Yo Le vi hace rato!

—¡Yo también! —gritó una voz más. Era la urraca; vino volando y se posó en una rama.

—¡Yo también! —chirrió desde más arriba. Allí estaba en un fresno el arrendajo.

Y desde las copas de los árboles gritaron unos cuervos malhumoradamente:

—¡Nosotros también Le vimos!

Estaban todos sentados a su alrededor y hablaban con importancia. Estaban curiosamente excitados y, al parecer, llenos de ira y angustia.

¿A quién?, pensó Bambi. ¿A quién vieron?

—Me esforcé muchísimo —contaba la ardilla y apretaba con vehemencia las dos patitas delanteras contra el corazón—. Me esforcé muchísimo para llamar la atención del pobre príncipe.

—Y yo —chirrió el arrendajo—, ¡cuántas veces grité! Pero no me quiso oír.

—A mí tampoco me oyó —chasqueó la urraca—. Le llamé diez veces. Justo iba a volar muy cerca de él, porque pensé, si hasta ahora no me oye, volaré hasta el avellano ante el que está. Allí tiene que oírme. Pero en ese momento ocurrió.

—Mi voz es desde luego más fuerte que la de ustedes, y avisé como pude —dijo el cuervo en tono exasperado—. Pero los señores hacen muy poco caso de nosotros.

—En verdad, muy poco —confirmó la ardilla.

—Uno hace lo que puede —dijo la urraca—, ciertamente nosotros no tenemos la culpa cuando luego ocurre una desgracia.

—Qué hermoso príncipe —lamentó la ardilla—, y en la flor de la vida.

—¡Hach! —chirrió el arrendajo—. ¡Si no hubiera sido tan orgulloso y nos hubiera hecho caso!

—¡Ciertamente no era orgulloso! —le contradijo la ardilla.

La urraca añadió:

—No más orgulloso que los otros príncipes de su especie.

—¡Entonces estúpido! —rio el arrendajo.

—¡Usted mismo es estúpido! —gritó el cuervo desde arriba—. ¡No hable de estupidez! Todo el bosque sabe lo estúpido que es usted.

—¿Yo? —respondió el arrendajo rígido de asombro—. Nadie puede decir de mí que sea estúpido. Solo olvidadizo soy, pero estúpido desde luego no.

—Como quiera usted —dijo el cuervo seriamente—. Olvide lo que he dicho, pero piense que el príncipe no tuvo que morir porque fuera orgulloso o estúpido, sino porque a Él no se le puede escapar nadie.

—¡Hach! —chirrió el arrendajo—. No me gustan esas conversaciones.

Se fue volando.

El cuervo siguió hablando.

—Incluso de los de mi estirpe ha cazado ya a muchos. Mata a quien quiere. Nada puede ayudarnos.

—Aun así hay que estar en guardia —interpuso la urraca.

—Ciertamente —dijo el cuervo tristemente—. Hasta la vista.

Se fue volando y sus parientes le acompañaron enseguida.

Bambi miró a su alrededor. La madre ya no estaba.

¿De qué están hablando?, pensó Bambi. No entiendo todo lo que dicen. ¿Quién es ese Él del que hablan...? Eso también era Él, a quien vi en aquel entonces en el matorral... pero Él no me mató...

Bambi pensó en el príncipe, al que había visto yacer ante él con la espalda desgarrada y ensangrentada. Ese estaba ahora muerto. Bambi siguió caminando. El bosque cantaba de nuevo con mil voces, el sol penetraba con amplios rayos entre las copas, por todas partes había claridad, el follaje empezaba a humear; en lo alto del aire llamaban los halcones, y aquí, muy cerca, reía un pájaro carpintero en voz alta, como si no hubiera pasado nada. Bambi no se puso contento. Sentía algo oscuro que le amenazaba, no entendía cómo los demás podían estar tan alegres y despreocupados cuando la vida era tan dura y tan peligrosa. En esa hora le tomó el deseo de irse muy lejos, cada vez más adentro del bosque. Le atraía ahora dirigirse hacia donde era más espeso, buscar un escondrijo donde, rodeado a lo lejos por setos impenetrables, uno no pudiera ser visto. A ese prado no quería volver más.

A su lado se movió algo muy suavemente en el matorral. Bambi se sobresaltó violentamente. El Viejo estaba ante él.

Un impulso le cruzó; quiso salir corriendo, pero se dominó y se quedó. El Viejo le miró con sus grandes y profundos ojos.

—¿Estabas allí antes?

—Sí —dijo Bambi en voz baja. El corazón le latía hasta la lengua.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó el Viejo.

Bambi respondió, todavía en voz baja:

—No lo sé.

El Viejo le siguió mirando fijamente:

—¿Y no la llamas?

Bambi miró al venerable rostro ya gris plateado, miró a la espléndida corona del Viejo y de pronto se llenó de valor.

—También puedo estar solo —dijo.

El Viejo le contempló un momento, luego dijo con suavidad:

—¿No eres el pequeño que lloraba por su madre hace poco?

Bambi se avergonzó un poco, pero permaneció valiente.

—Sí, soy yo —confesó.

El Viejo le miró en silencio y a Bambi le pareció que aquellos ojos profundos miraban ahora con más suavidad.

—Entonces me reprendiste, viejo príncipe —exclamó arrebatado—, porque no podía estar solo. Desde entonces puedo.

El Viejo miró a Bambi con atención y sonrió, muy ligeramente, apenas perceptible, pero Bambi lo notó de todos modos.

—Viejo príncipe —suplicó confiado—, ¿qué ha ocurrido? No lo entiendo... ¿quién es Él del que todos hablan...?

Se interrumpió, asustado por la oscura mirada que le mandaba callar.

Pasó otro momento. El Viejo miró más allá de Bambi a lo lejos, luego dijo despacio:

—Ver, oler y escuchar por uno mismo. Aprender por uno mismo.

Levantó la cabeza coronada aún más alto.

—Adiós —dijo. Nada más. Luego había desaparecido.

Bambi se quedó consternado y quiso desanimarse. Pero el adiós resonaba en él y le consolaba. El Viejo había dicho adiós. Así que no

estaba enojado.

Bambi se sintió invadido de orgullo, sentía que le levantaba una gravedad solemne. Sí, la vida era dura y estaba llena de peligros. Viniera lo que viniera, aprendería a soportarlo todo.

Fue caminando despacio más adentro del bosque.

CAPÍTULO VIII

Del gran roble al borde del prado caían las hojas. Caían de todos los árboles.

Una rama del roble se alzaba alta sobre las demás ramas y se extendía lejos hacia el prado. En su extremo más remoto estaban sentadas dos hojas juntas.

—Ya no es como antes —dijo una hoja a la otra.

—No —respondió la otra—. Esta noche cayeron de nuevo tantas de las nuestras... ya somos casi las únicas aquí en nuestra rama.

—Nadie sabe a quién le toca —dijo la primera—. Cuando todavía hacía calor y el sol ardía con fuerza, a veces venía una tormenta o un aguacero y muchas de las nuestras eran arrancadas ya entonces, aunque fueran aún jóvenes. Nadie sabe a quién le toca.

—Ahora el sol brilla solo de vez en cuando —suspiró la segunda—, y cuando brilla, ya no da fuerza. Necesitaría una nuevas fuerzas.

—Si es verdad —dijo la primera—, si será verdad que cuando nos hayamos ido vendrán otros en nuestro lugar, y luego otros de nuevo, y siempre de nuevo...

—Es cierto con toda seguridad —susurró la segunda—, es imposible imaginarlo del todo... se nos escapa a nuestra comprensión...

—Y uno se pone también muy triste con ello —añadió la primera.

Callaron un rato. Luego la primera dijo para sí en voz baja:

—¿Por qué tenemos que irnos...?

La segunda preguntó:

—¿Qué nos pasará cuando caigamos...?

—Nos hundiremos hacia abajo...

—¿Qué hay allá abajo?

La primera respondió:

—No lo sé. Unos dicen esto, otros aquello... pero nadie lo sabe.

La segunda preguntó:

—¿Si uno aún siente algo, si uno aún sabe de sí mismo, cuando está ahí abajo?

La primera respondió:

—¿Quién puede decirlo? Ninguna de las que han bajado ha regresado nunca para contarlo.

Callaron de nuevo. Luego la primera le habló a la segunda con ternura:

—No te entristezcas tanto, estás temblando.

—No importa —respondió la segunda—, ahora tiemblo tan fácilmente. Ya no me siento tan segura en mi sitio.

—No hablemos más de estas cosas —dijo la primera hoja.

La otra respondió:

—No... dejémoslo... Pero... ¿de qué vamos a hablar entonces...?

Calló y luego de un breve momento continuó:

—¿Cuál de las dos tendrá que bajar primero...?

—Todavía falta para eso —tranquilizó la primera—. Recordemos mejor ahora lo hermoso que fue, lo maravillosamente hermoso. Cuando el sol venía y nos calentaba tan ardientemente que parecía que uno iba a henchirse de salud. ¿Recuerdas? Y luego el rocío en las mañanas... y las noches templadas y magníficas...

—Ahora las noches son terribles —se lamentó la segunda—, e interminables.

—No debemos quejarnos —dijo la primera con suavidad—. Hemos vivido más que muchas, muchas otras.

—¿Me he cambiado mucho? —preguntó la segunda hoja tímidamente, pero con urgencia.

—Nada en absoluto —aseguró la primera—. Crees que sí porque yo me he vuelto tan amarilla y tan fea. No, en mí eso es otra cosa...

—Anda ya —rechazó la segunda.

—No, de verdad —repitió la primera con ardor—, ¡créeme! Eres tan hermosa como el primer día. Aquí y allá quizás una pequeña raya amarilla, apenas perceptible, y te hace solo más hermosa todavía. ¡Créeme!

—Gracias —susurró la segunda hoja emocionada—. No te creo... no del todo... pero te doy las gracias, porque eres tan buena... has sido siempre tan buena conmigo... solo ahora lo comprendo del todo, lo buena que fuiste.

—Calla —dijo la primera y se calló ella misma, porque no podía seguir hablando de pena.

Ahora las dos callaron. Pasaron las horas.

Un viento húmedo soplaba frío y hostil entre las copas de los árboles.

—Ay... ahora... —dijo la segunda hoja—... yo...

Entonces la voz se le quebró. Fue desprendida suavemente de su lugar y flotó hacia abajo.

Ahora era invierno.

CAPÍTULO IX

Bambi notó que el mundo había cambiado. Le costaba adaptarse a ese mundo transformado. Todos habían vivido como gente rica, y ahora empezaban a caer en la pobreza. Pero Bambi solo conocía la riqueza. Daba por supuesto estar rodeado por todas partes de la mayor abundancia y el lujo más fino, no tener preocupaciones por la comida, dormir en la hermosa alcoba de follaje verde en la que nadie podía asomarse, y lucir un pelaje espléndidamente liso y brillantemente rojo.

Ahora todo había cambiado, sin que él lo hubiera notado en realidad. El cambio que se había producido había sido para él solo una serie de nuevas y entretenidas apariciones. Le divertía cuando velos de niebla blancos como la leche se evaporaban del prado por la mañana o descendían de improviso desde el temprano cielo crepuscular. Se disolvían luego tan bellamente al sol. También le gustaba la escarcha, que cubría de blanco tan sorpresivo el suelo y el prado. Durante algún tiempo le deleitó oír bramar a sus grandes parientes los ciervos. Todo el bosque retumbaba con las voces de los reyes. Bambi escuchaba y le daba mucho miedo, pero su corazón latía de admiración cuando oía aquellos gritos de trueno. Pensaba que los reyes llevaban coronas tan grandes y tan ramificadas como fuertes ramas de árbol, y pensaba que su voz era tan poderosa como su corona. Cuando oía el poderoso estallido de aquella voz, se quedaba quieto y no se movía. Deseo imperioso tronaba, en profundos sonidos, inmenso gemido de una sangre noble, enloquecientemente transformada, que borboteaba de fuerza

primordial en añoranza, ira y orgullo. Bambi luchaba en vano contra su miedo. Le abrumaba cuando oía esas voces, pero estaba orgulloso de tener parientes tan señoriales. Al mismo tiempo sentía un peculiar impulso de irritación porque eran tan inaccesibles. Aquello le hería, le humillaba, sin que supiera bien por qué ni cómo, sin que llegara ni siquiera a darse cuenta de ello más claramente.

Solo cuando pasó la época de celo de los reyes y enmudeció el trueno de sus grandes gritos, Bambi volvió a prestar atención a otras cosas. Cuando por la noche recorría el bosque o de día yacía en su alcoba, oía la caída de las hojas susurrar entre los árboles. Sin cesar goteaba y crujía en el aire, en todas las copas, en todas las ramas. Un delicado tono plateado fluía constantemente hacia la tierra. Era maravilloso despertar con él, y era delicioso dormirse con aquel susurro misteriosamente melancólico. Luego el follaje yacía alto y suelto en el suelo, y cuando uno caminaba, crujía en voz alta y susurraba suavemente. Era divertido como había que apartarlo a un lado con cada paso, tan alto apilado estaba. Aquello hacía *shsh-shsh*, muy fino, muy claro y plateado. Además era muy útil, pues en esos días no hacía falta esforzarse mucho en escuchar y olfatear. Todo se oía ya de lejos. El follaje crujía ante el menor movimiento; gritaba *shsh*. ¿Quién podía acercarse a escondidas? Nadie.

Pero luego llegó la lluvia. Desde la primera mañana hasta la última tarde caía a raudales, golpeaba y salpicaba desde la última tarde toda la noche hasta otra mañana, paraba un momento y volvía a empezar con nueva fuerza. El aire parecía lleno de agua fría, el mundo entero parecía lleno de ella. A uno le llenaba la boca de agua si solo quería juntar unas cuantas briznas de hierba, y si uno tiraba un poco de un arbusto, le caían chorros enteros en los ojos y en la nariz. Pero el follaje ya no crujía. Yacía suave y pesado en el suelo, aplastado por la lluvia, y no emitía ningún sonido. Bambi experimentó por primera vez lo malo que era ser azotado por el agua que caía días y noches enteras y lavado hasta los huesos. Todavía no tenía frío, pero anhelaba calor y le parecía una cosa lamentable tener que andar tan empapado.

Cuando llegó el viento del norte, Bambi aprendió lo que era tener frío. No ayudaba mucho apretarse estrechamente contra la madre. Sí, al principio le encontraba estupendo estar así tumbado y tener al menos un lado agradablemente caliente. Pero el viento de tormenta rugió noches y días enteros en el bosque. Parecía impulsado por una ira incomprensible y glacial, hasta la locura, y como si quisiera arrancar el bosque de todas sus raíces y llevárselo o destruirlo de cualquier otra manera. Los árboles bramaban con una poderosa resistencia, luchaban poderosamente contra el poderoso ataque. Se oía su prolongado gemido, se oía su crujido suspirante, se oía el fuerte estallido con el que las fuertes ramas se astillaban, el furioso crujido con el que aquí y allá el tronco de un árbol se quebraba y el vencido gritaba desde todas las heridas de su tronco partido y agonizante. Pero luego ya no se oía nada, porque la tormenta se lanzó aún más furiosa sobre el bosque y su bramido se tragó todas las demás voces.

Ahora Bambi comprendió que había llegado la necesidad y la pobreza. Vio cuánto habían cambiado la lluvia y la tormenta el mundo. No quedaba ninguna hoja en árboles ni arbustos. Estaban todos allí como saqueados, desnudos del todo, y el cuerpo ahora visible tendía al cielo sus brazos desnudos y pardos lastimosamente. La hierba del prado estaba marchita y de un pardo negruzco y tan corta que parecía quemada a ras del suelo. También en la alcoba el aspecto era ahora lamentable y pelado. Desde que habían desaparecido las paredes verdes, ya no podía uno estar tan completamente a solas como antes, y además ahora corría el viento de todos los lados.

Un día una urraca joven sobrevolaba el prado. Algo blanco y frío llamó su atención, una vez más, otra vez más, le puso un pequeño velo ante la vista, y pequeños y suaves copos brillantemente blancos danzaban a su alrededor. La urraca frenó su vuelo aleteando, se irguió empinada y subió más alto en el aire. En vano. Los suaves y fríos copos volvieron y le cayeron de nuevo en los ojos. Una vez más se irguió derecha y subió otra vez más alto.

—No se esfuerce, querida —le gritó desde arriba un cuervo que pasaba en la misma dirección—, no se esfuerce. No puede volar tan alto como para salir de estos copos. Eso es la nieve.

—¿La nieve? —se asombró la urraca y luchó contra la ventisca.

—Pues sí —dijo el cuervo—, tenemos el invierno. Y eso es la nieve.

—Disculpe —respondió la urraca—, salí del nido en mayo. No conozco el invierno.

—Le pasa a mucha gente —observó el cuervo—, ya lo conocerá.

—Bueno, si eso es la nieve —dijo la urraca—, quiero sentarme un momento.

Se posó en una rama de aliso y se sacudió.

El cuervo siguió volando pesadamente.

Al principio Bambi se alegró con la nieve. El aire estaba quieto y suave mientras los blancos copos descendían flotando, y luego el mundo parecía completamente nuevo. Había amanecido más claro, incluso más alegre, según le parecía a Bambi, y cuando el sol salía por un corto rato, entonces todo brillaba, entonces la blanca cubierta resplandecía y refulgía con tanta fuerza que a uno le deslumbraba.

Pero pronto Bambi dejó de alegrarse con la nieve. Porque se hacía cada vez más difícil encontrar alimento. Había que rascar la nieve y aquello costaba mucho esfuerzo hasta dejar al descubierto un trocito de hierba marchita. La nieve también le cortaba las patas y había que temer ponerse las pezuñas en carne viva. Gobo ya las tenía así. Por cierto, con Gobo las cosas estaban de modo que en general no aguantaba mucho y daba preocupaciones a su madre.

Estaban ahora casi siempre juntos y tenían también más trato que antes. La señora Ena venía constantemente con sus hijos. Ultimamente frecuentaba también su círculo Marena, una jovencita casi ya adulta. Pero quien más contribuía a la conversación era la

vieja señora Nettla. Era una persona completamente sola y tenía sus propias ideas sobre todo.

—No —decía—, con crías ya no me meto. De esa broma tengo de momento suficiente.

Entonces Faline solía preguntar:

—¿Por qué? ¿Si es una broma?

Y la señora Nettla hacía como si estuviera enojada y decía:

—Es una broma mala y ya tengo suficiente.

Todos se entretenían de maravilla. Se sentaban juntos y charlaban. Nunca habían tenido los niños tanto que escuchar.

Incluso de los príncipes se acercó alguno ahora a ellos. Al principio hubo un poco de tirantez, sobre todo porque los niños eran aún algo tímidos. Pero aquello pasó pronto y la cosa se fue haciendo acogedora. Bambi admiraba al príncipe Ronno, que era un señor apuesto, y al joven y hermoso Karus le quería apasionadamente. Habían abandonado sus cornamentas y Bambi contemplaba a menudo las dos placas redondas de color pizarra que se dibujaban en las cabezas de los príncipes, lisas, brillantes, con muchos delicados puntos. Tenía un aspecto muy distinguido.

Era enormemente emocionante cuando uno de los príncipes contaba historias de Él. Ronno tenía en la pata delantera izquierda un nudoso bulto cubierto de pelo. Cojeaba también de esa pata, y solía decir a veces:

—¿Se nota mucho que cojeo?

Todos se apresuraban a asegurar que de eso no se notaba absolutamente nada. Era eso lo que Ronno quería oír. Por lo demás se notaba también realmente muy poco.

—Sí —continuaba entonces—, de esa fue una mala situación de la que me escapé.

Y entonces Ronno contaba cómo Él le había sorprendido y le había arrojado el fuego. Pero solo le dio en la pata de aquí. Dolió una

barbaridad. No era de extrañar. El hueso destrozado. Pero Ronno no perdió la cabeza. Adelante y afuera, con tres patas. Cada vez más lejos, a pesar del agotamiento, porque notó bien que le estaban persiguiendo. Corrió, no se detuvo, hasta que llegó la noche. Entonces se permitió descansar. Pero a la mañana siguiente siguió moviéndose muy lejos, hasta que se sintió a salvo. Entonces se cuidó, se quedó solo y escondido y esperó que la herida se cerrara. Al fin salió de nuevo y fue un héroe. Cojeaba, pero eso no se notaba, según creía.

Ahora que todos estaban tan seguidos y tan largo tiempo juntos y se contaban muchas historias, Bambi oyó hablar de Él más que antes. Hablaban de lo terrible que era Él de ver. Nadie podía aguantar mirarle esa cara pálida. Bambi lo sabía ya por experiencia propia. También hablaban de la fera que Él difundía, y aquí también habría podido intervenir Bambi, si no hubiera sido demasiado bien educado para mezclarse en la conversación de los mayores. Decían que esa fera cambiaba de un modo misterioso en mil formas y sin embargo era reconocible al instante, pues era siempre extrañamente estimulante, insondable, misteriosa y en sí misma ya un terror. Hablaban de que Él solo necesitaba dos patas para andar, y de la maravillosa fuerza de sus dos manos. Algunos no sabían exactamente lo que era eso: manos. Pero cuando se explicó, la señora Nettla dijo:

—No encuentro nada que admirar ahí. La ardilla hace todo lo que ustedes describen exactamente igual, y cualquier ratoncillo puede hacer la misma gracia.

Volvió la cabeza con desdén.

—¡Oh, vaya! —exclamaron los demás, dándole a entender que eso no era ni mucho menos lo mismo. Pero la señora Nettla no se dejaba intimidar.

—¿Y el halcón? —gritó—, ¿y el busardo? ¿Y el autillo? ¡Esos no tienen más que dos patas, y cuando quieren agarrar algo, como

ustedes lo llaman, se quedan solo en una sola pata y agarran con la otra! ¡Eso es mucho más difícil y Él seguramente no puede hacerlo!

La señora Nettla no estaba nada dispuesta a admirar nada de Él. Le odiaba de todo corazón.

—Es repugnante —decía, y en eso se quedaba.

Tampoco nadie la contradecía, pues nadie encontraba que Él fuera amable. Sin embargo el asunto se complicó cuando se habló de que Él tenía una tercera mano, no solo dos manos, sino una tercera.

—Eso es un viejo cuento —decidió la señora Nettla sin más—, no me lo creo.

—¿Ah, sí? —se entrometió aquí Ronno—, ¿y con qué me destrozó entonces la pata a mí? ¿No quiere decirme eso?

La señora Nettla respondió despreocupada:

—Eso es asunto suyo, querido, a mí no me ha destrozado nada.

La tía Ena dijo:

—He visto mucho en mi vida y creo que hay algo de cierto cuando se afirma que Él tiene una tercera mano.

El joven Karus observó cortésmente:

—En eso solo puedo darle la razón. Yo soy amigo de una cuerva...

Se detuvo un momento avergonzado y miró a todos uno por uno, como si temiera que se burlaran de él. Pero cuando vio que le escuchaban con atención, continuó:

—La cuerva es extraordinariamente culta. Hay que decirlo. Asombrosamente culta...

Y contó que la cuerva sabía que Él tenía realmente tres manos, pero no siempre.

—La tercera mano, dice la cuerva, es la mala. No está adherida como las otras dos, sino que la lleva colgada sobre el hombro. La cuerva dice que sabe perfectamente si Él o alguno de los Suyos es

peligroso o no. Cuando viene sin la tercera mano, entonces no es peligroso.

La señora Nettla rió.

—Tu cuerva es tonta, querido Karus, díselo de mi parte. Si fuera tan lista como cree, sabría que Él es siempre peligroso, siempre.

Pero los demás pusieron reparos. La madre de Bambi dijo:

—Sin embargo hay algunos entre ellos que no son nada peligrosos. Eso se nota enseguida.

—¿Ah, sí? —preguntó la señora Nettla—, ¿te quedas quieta hasta que se acercan y les dices quizás buenos días?

La madre de Bambi respondió suavemente:

—Claro que no me quedo quieta, salgo corriendo.

Y Faline soltó:

—¡Hay que salir siempre corriendo!

Todos se rieron. Pero cuando siguieron hablando de la tercera mano, se pusieron serios y poco a poco el horror se instaló entre ellos. Pues fuera lo que fuera, una tercera mano u otra cosa, era terrible y no lo entendían. Solo lo sabían por los relatos de otros, algunos de ellos lo habían visto ellos mismos: Él estaba allí, lejos, sin moverse; no se podía explicar lo que hacía ni cómo ocurría, de pronto había un trueno, brotó fuego y lejos de Él uno se derrumbaba con el pecho destrozado para morir. Todos se agacharon mientras hablaban de ello, como si sintieran el oscuro poder que reinaba insondable sobre ellos. Escuchaban ávidamente todos los relatos, que siempre estaban llenos de horrores, llenos de sangre y de dolor. Asimilaban incansablemente todo lo que se hablaba de ello. Historias que con toda seguridad estaban inventadas, todos los cuentos y leyendas que venían de los abuelos y bisabuelos, y en todo buscaban, inconscientemente, con angustia, cómo propiciar ese oscuro poder o cómo escapar de él.

—Cómo es posible —dijo el joven Karus completamente absorto—, que esté tan lejos y sin embargo derrumbe a uno.

—¿No te lo explicó tu cuerva tan culta? —se burló la señora Nettla.

—No —sonrió Karus—, dice que lo ha visto muchas veces, pero que nadie puede explicarlo.

—Bueno, Él arroja también a la cuerva del árbol cuando quiere —observó Ronno.

—Y saca al faisán del aire —añadió la tía Ena.

La madre de Bambi dijo:

—Lanza Su mano. Mi abuela me lo contó.

—¿Ah, sí? —preguntó la señora Nettla—, ¿y qué es entonces eso que retumba tan espantosamente?

—Cuando desgaja Su mano de Sí —explicó la madre de Bambi—, brota el fuego y retumba como un trueno. Él está hecho de fuego por dentro.

—Disculpe —dijo ahora Ronno—, que Él está hecho de fuego por dentro puede que sea cierto. Pero lo de la mano es un error. Una mano no podría hacer heridas así. Ustedes mismos lo comprenderán. Es más bien un diente el que nos arroja. Miren, un diente, eso explica mucho. Y uno muere pues de Su mordedura.

El joven Karus suspiró hondo.

—¿Dejará alguna vez de perseguirnos?

Entonces habló Marena, la jovencita que era casi ya adulta:

—Dicen que un día bajará entre nosotros y será manso como nosotros. Jugará con nosotros, todo el bosque será feliz y nos reconciliaremos.

La señora Nettla gritó riéndose:

—¡Que se quede donde está y nos deje en paz!

La tía Ena dijo con reproche:

—Pero... no se deben decir esas cosas.

—¿Por qué no? —respondió la señora Nettla acaloradamente—. De veras que no lo entiendo. ¡Reconciliarnos! Desde que tenemos memoria nos asesina a nosotros, a todos nosotros, a nuestras hermanas, a nuestras madres, a nuestros hermanos. Desde que estamos en el mundo, no nos da paz, nos mata donde nos muestra... ¿y encima debemos reconciliarnos con Él? ¡Qué estupidez!

Marena miró a todos con grandes ojos que brillaban tranquilos.

—La reconciliación no es estupidez —dijo—. La reconciliación tiene que llegar.

La señora Nettla se volvió de lado.

—Voy a buscarme algo de comer —dijo, y salió corriendo.

CAPÍTULO X

El invierno continuó. A veces se templaba, pero entonces volvía a caer nieve enseguida y se acumulaba cada vez más alta, de modo que era imposible rascarla. Era malo cuando llegaba a veces el deshielo y la nieve derretida en agua volvía a helarse de noche. Eso daba una delgada capa de hielo sobre la que uno resbalaba fácilmente. Y muchas veces se rompía y sus afilados fragmentos cortaban hasta sangrar los delicados menudillos de los corzos.

Pero ahora había caído una helada dura, desde hacía días. El aire era puro y fino como nunca y lleno de fuerza. Empezó a sonar en un tono muy fino y alto. Cantaba de frío.

En el bosque estaba quieto, pero cada día ocurría algo espantoso. Una vez los cuervos atacaron al hijo joven del amigo liebre, que estaba de todos modos enfermo en cama, y le mataron de manera cruel. Se le oyó lamentarse largo y lastimosamente. El amigo liebre estaba justo de camino y cuando recibió la triste noticia no podía dominarse. Otra vez andaba la ardilla por ahí con una gran herida en la garganta que le había mordido la marta. La ardilla se había escapado como por arte de magia. No podía hablar de dolor, pero corría por todas las ramas. Todo el mundo podía verla. Corría como loca. De vez en cuando se detenía, se sentaba, levantaba las patitas delanteras desesperada, se agarraba la cabeza en su espanto y su pena, y mientras tanto la sangre roja le caía por el pecho blanco. Una hora estuvo así corriendo, luego de pronto se desplomó, golpeó torpemente contra las ramas y cayó muerta en la nieve. Enseguida vinieron un par de urracas a empezar su festín. Otra vez el zorro

desgarró al hermoso y fuerte faisán, que gozaba de respeto y popularidad generales. Su muerte causó mucha conmiseración en un amplio círculo y se compadecía a la inconsolable viuda. El zorro había sacado al faisán de la nieve donde se había enterrado y creía estar bien escondido. Nadie se sentía ya seguro, pues todo aquello ocurría en pleno día. La gran necesidad que no quería tener fin extendía el encono y la brutalidad. Echaba por tierra toda experiencia, minaba la conciencia, aniquilaba toda buena costumbre y toda buena norma y destruía la confianza. Ya no había misericordia, ni descanso, ni moderación.

—No se puede imaginar uno que alguna vez vaya a ser mejor —suspiró la madre de Bambi.

La tía Ena también suspiró:

—Y no se puede imaginar uno que alguna vez haya sido mejor.

—Oh, sí —dijo Marena mirando ante sí—, ¡pienso constantemente en lo hermoso que fue antes!

—Oiga —dijo la señora Nettla a la tía Ena—, el pequeño suyo está temblando. —Señaló a Gobo—. ¿Tiembla siempre así?

—Por desgracia —respondió la tía Ena preocupada—, desde hace varios días.

—Bueno —dijo la señora Nettla con su franqueza habitual—, yo me alegro solo de no tener más crías. Si ese pequeño de ahí fuera mío, me daría miedo si sobreviviría el invierno.

El aspecto de Gobo era en verdad malo. Era débil, había sido siempre mucho más delicado que Bambi o Faline y tampoco había crecido tanto como los dos. Pero ahora empeoraba de día en día. No podía tolerar el alimento que había ahora. Le producía dolores de barriga. Así que estaba completamente debilitado por el frío y las náuseas. Temblaba sin cesar y apenas se tenía en pie. Todos le miraban con simpatía.

La señora Nettla se acercó a él y le empujó amistosamente en el costado.

—No te pongas triste —le dijo con severidad—, eso no le sienta bien a un príncipito y no es sano.

Se volvió para que nadie notara lo conmovida que estaba.

Ronno, que había estado sentado un poco apartado en la nieve, se puso en pie.

—No sé qué es esto... —murmuró y escrutó a su alrededor.

Se prestó atención.

—¿Qué pasa...? —preguntaron.

—Eso es precisamente, que no lo sé —repitió Ronno—, pero estoy intranquilo... de pronto estoy intranquilo... como si algo estuviera pasando...

Karus había olfateado el aire.

—Yo no noto nada especial —declaró.

Estaban todos allí, escuchaban y olfateaban el aire.

—¡Nada! ¡No se nota nada!

—decía uno tras otro.

—¡De todas formas! —insistió Ronno—, digan lo que digan... algo pasa...

Marena dijo:

—Los cuervos han llamado...

—¡Están llamando de nuevo! —añadió Faline rápidamente, pero ya los habían oído también los demás.

—¡Ahí vuelan! —llamó la atención Karus.

Todos miraron hacia arriba. Por encima de las copas de los árboles cruzaban cuervos en bandadas. Venían del último borde del bosque, de por allá, de donde siempre se acercaba el peligro, y hablaban allá arriba unos con otros con fastidio. Evidentemente había habido una perturbación especial.

—Bueno, ¿no tenía yo razón? —preguntó Ronno—. ¡Ya se ve que algo está pasando!

—¡Qué hay que hacer! —susurró angustiada la madre de Bambi.

—¡Marcharse enseguida! —instó la tía Ena agitada.

—¡Esperar! —mandó Ronno.

—¿Con los niños? —La tía Ena protestó—. ¿Con los niños, si Gobo no puede correr?

—Bien —cedió Ronno—, aléjese con sus hijos. Lo considero desde luego inútil, pero no quiero tener luego reproches.

Estaba serio y sereno.

—¡Ven, Gobo! ¡Faline, ven! Pero en silencio. Despacio. Y siempre detrás de mí —apremió la tía Ena.

Se escabulló con los niños.

Transcurrió un tiempo. Estaban quietos, escuchaban y olfateaban.

—Esto nos faltaba —empezó la señora Nettla—, esto era lo que nos hacía falta todavía encima de todo lo que estamos aguantando ya.

Estaba muy enojada. Bambi la miró y sintió que estaba pensando en algo terrible.

Entonces ya chasqueaban también las urracas por el mismo lado de la espesura de donde habían volado los cuervos, tres, cuatro a la vez.

—¡Cuidado, cuidado, dado, dado! —gritaban.

Aún no se les veía, pero se les oía llamar y avisar unas a otras, *cuidadocuidado*, se acercaban más, revoloteaban asustadas de árbol en árbol, miraban hacia atrás, revoloteaban más, incansables y asustadas.

—¡Hach! —gritaron los arrendajos. Daban alarma con fuertes chillidos.

De pronto todos los corzos se sobresaltaron al mismo tiempo. Algo les había cruzado como un golpe. Ahora estaban quietos e inspiraban el aire.

Era Él.

Una oleada de fera venía fluyendo, colmada como nunca. Aquí ya no había nada que explorar. El olor les llenaba las narices, les entorpecía los sentidos y les helaba el corazón.

Aún chasqueaban las urracas, chillaban los arrendajos sobre ellos, pero ahora todo se había animado en todas partes. Los herrerillos revoloteaban por las ramas, centenares de pequeñas bolas con plumas, y gorjeaban: *¡Fuera! ¡Fuera!* El vuelo de los mirlos cruzaba negro y veloz sobre ellos con largo canto trinado. A través de la oscura reja de los arbustos desnudos veían en el blanco suelo nevado un ajetreado ir y venir de estrechas y pequeñas figuras en sombra. Eran los faisanes. Allá brilló algo rojo. De verdad, era el zorro. Pero ahora nadie tenía miedo de él. Porque sin cesar venían en amplias olas aquella terrible fera que soplaba el espanto en sus almas y les unía a todos en un único y loco miedo y en un único y febril deseo de huir, de ponerse a salvo.

Aquella fera misteriosa y abrumadora impregnaba el bosque con tal fuerza, que comprendieron que Él no había venido esta vez solo, sino probablemente con todos los Suyos, y que se trataba de lo extremo.

No se movían, veían a los herrerillos que desaparecían en un revoloteo precipitado, a los mirlos, a las ardillas que volaban en saltos enloquecidos de copa en copa; pensaban que todos esos pequeños en el fondo no tenían nada que temer. Comprendían sin embargo su huida, cuando Él se dejaba notar, pues ninguna criatura del bosque aguantaba Su cercanía.

Entonces llegó saltando el amigo liebre vacilante, se sentó quieto, siguió saltando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Karus con impaciencia.

Pero el amigo liebre solo miró a su alrededor con ojos extraviados y no pudo hablar enseguida. Estaba completamente trastornado.

—Para qué seguir preguntando... —dijo Ronno sombrío.

El amigo liebre jadeó.

—Estamos rodeados —dijo sin entonación—. No hay salida por ningún lado. ¡Está Él por todas partes!

En ese momento oyeron Su voz. Veinte veces, treinta veces gritó. *iHoho! iHaha!* Retumbó más estremecedor que la tormenta y el trueno. Golpeó los troncos de los árboles de modo que tronaban. Era aterrador y aplastante. Un lejano susurro y crujido de matorrales que se abrían llegaba hasta ellos. Chirridos y crujidos de ramas rotas.

¡Venía!

¡Venía aquí adentro a la espesura!

Allá atrás sonó ahora un silbido breve, un amplio chasquido de alas que se abrían. Allá ya levantaba el vuelo un faisán bajo Sus pisadas. Oyeron el susurro de las alas del faisán apagarse en lo alto del aire. Un seco trueno. Silencio. Luego un sordo golpe en el suelo.

—Ha caído —dijo la madre de Bambi temblando.

—El primero... —añadió Ronno.

Marena, la jovencita, dijo:

—En esta hora muchos de nosotros van a morir. Quizás yo esté entre ellos.

Nadie la escuchó. Ahora estaba ahí el gran terror.

Bambi intentó pensar. Pero el bramido rugiente que Él hacía subir cada vez más alto desgarraba todo pensamiento. Bambi no oía nada más que aquel estrépito que le aturdía, y en medio de todo aquel aullido, gruñido y crujido oía latir su propio corazón. Solo sentía curiosidad y no sabía que temblaba de todos los miembros. De vez en cuando le decía su madre al oído: *Quédate a mi lado*. Gritaba,

pero en aquel estrépito a Bambi le parecía como si susurrara. Aquel *quédate a mi lado* le ofrecía un sostén. Le sujetaba como con una cadena, de no ser por él habría salido disparado sin sentido, y lo oía siempre justo en el momento en que iba a perder la cabeza y quería echar a correr. Miró a su alrededor. Hormigueaba de toda clase de criaturas que erraban a ciegas unas entre otras. Un par de comadreja pasaron, delgadas franjas serpenteantes a las que apenas podía seguir la vista. Un turón escuchaba como hipnotizado cada información que el desesperado amigo liebre daba entre jadeos. Allá estaba el zorro en medio de un tumulto de faisanes que pisoteaban. Estos no le prestaban atención, le pasaban por las narices mismo y él no les prestaba atención a ellos. Sin moverse, con el cuello estirado hacia adelante, las orejas tiesas y la nariz trabajando, escuchaba hacia el estrépito que se acercaba. Solo su rabo se movía, golpeando suavemente. Era como un reflexionar intenso. Un faisán llegó precipitado. Venía de por allá atrás, de lo peor del peligro, y estaba fuera de sí.

—¡No hay que alzar el vuelo! —les gritó a los suyos—. ¡No hay que alzar el vuelo... solo correr! ¡No hay que dejarse llevar! ¡Nadie debe alzar el vuelo! ¡Solo correr, correr, correr!

Repetía siempre lo mismo, como si quisiera recordárselo a sí mismo. Pero ya no sabía lo que decía.

¡Hoho! ¡Haha!, retumbó aparentemente muy cerca.

—¡No hay que dejarse llevar! —gritó el faisán.

Al mismo tiempo la voz se le quebró en un silbante sollozo, con fuerte chasquido extendió las alas y levantó el vuelo. Bambi le siguió con la mirada, cómo volaba recto y empinado entre los árboles, batiendo las alas, espléndidamente brillante con el metálico azul oscuro, el brillo dorado castaño de su cuerpo, hermoso como una joya. El arranque de sus largas plumas timóneras barrió orgulloso detrás de él. Un seco trueno resonó agudo. El faisán allá arriba se contrajo, giró sobre sí mismo como si quisiera alcanzarse los pies

con el pico, y se desplomó pesadamente. Cayó en medio de los demás y no se movió más.

Ahora nadie mantuvo la calma. Todo salió disparado en todas direcciones. Cinco, seis faisanes levantaron el vuelo al mismo tiempo con fuerte chasquido.

—¡No hay que alzar el vuelo! —gritaban los demás y corrían.

El trueno retumbó cinco, seis veces, y de los que habían alzado el vuelo algunos volvieron al suelo en caída inerte.

—¡Vamos ya! —dijo la madre.

Bambi levantó los ojos. Ronno y Karus ya no estaban. Allá desaparecía la señora Nettla. Solo Marena seguía con ellos.

Bambi fue con su madre; Marena les siguió con discreción. El estrépito bramaba, crujía, rugía y tronaba a su alrededor. La madre estaba serena. Solo temblaba ligeramente, pero conservaba el pensamiento.

—Bambi, hijo mío —dijo—, quédate siempre detrás de mí. Tenemos que salir de aquí, y cruzar el claro. Pero aquí dentro vamos despacio.

El bramido se transformó en un frenesí. Diez, doce veces retumbó el trueno que Él arrojaba con Sus manos.

—Tranquilo —dijo la madre—. ¡No corras! Solo cuando tengamos que cruzar el claro, entonces corre con todas tus fuerzas. Y no olvides, Bambi, hijo mío, ya no te preocupes por mí cuando estemos fuera. Aunque yo caiga, no hagas caso... solo adelante, adelante. ¿Entiendes, Bambi?

La madre avanzaba paso a paso con plan en medio del estrépito ensordecedor. Los faisanes corrían de un lado a otro, se aplastaban en la nieve, volvían a levantarse, empezaban a correr de nuevo. Toda la familia de la liebre saltaba de aquí para allá, se sentaba, volvía a saltar. Nadie decía una palabra. Todos estaban agotados de miedo, paralizados por el bramido y los truenos.

Ante Bambi y su madre se hizo más claro. A través de la reja de los arbustos brilló el claro. Detrás de ellos, más cerca y más cerca, el tamborileo que espantaba tronaba contra los troncos de los árboles, chillaban las ramas al romperse, bramaba el *haha* y el *hoho*.

Muy cerca de ellos salió disparado ahora el amigo liebre con dos primos al claro.

iBum! iPam, bam! retumbó el trueno.

Bambi vio al amigo liebre dar una voltereta suave en mitad de la carrera, voltearse mostrando su vientre claro hacia arriba y quedar tendido. Agitó un poco las patas, luego se quedó quieto.

Bambi se quedó petrificado.

Pero por detrás les llamó:

—¡Están ahí! ¡Todo el mundo afuera!

Amplio susurro de alas que se abren apresuradamente, silbidos, sollozos, zumbido de plumas, revoloteo. Los faisanes alzaron el vuelo, se elevaron casi al mismo tiempo en gavillas enteras. El aire estalló en múltiples truenos y se oyó el sordo plumizo golpear de los caídos, se oyó el fino zumbido silbante de los que escaparon.

Bambi oyó pasos y miró atrás. Allí estaba Él. Entre el matorral irrumpía, aquí y allá y allá de nuevo. En todas partes aparecía Él, golpeaba a su alrededor, talaba los matorrales, tamborileaba en los troncos y gritaba con voz terrible.

—¡Ahora! —dijo la madre—. ¡Recto hacia adelante! ¡Y no demasiado cerca detrás de mí!

Con un salto estaba fuera, de modo que la nieve solo levantó polvo. Bambi salió disparado detrás de ella. El trueno se descargó de todos los lados sobre ellos. Era como si la tierra se hubiera partido por la mitad. Bambi no veía nada. Corría. El deseo acumulado de alejarse del estrépito, de alejarse del ámbito de aquella feroz estimulante, el impulso acumulado a la huida, el anhelo de ponerse a salvo, fueron al fin desencadenados en él. Corría. Le pareció haber

visto caer a la madre, pero no sabía si en verdad había caído. Sentía un velo ante los ojos. Se lo había puesto el miedo al trueno que le atronaba, miedo que al fin estallaba. No podía reflexionar, no podía atender a nada, corría.

El claro estaba cruzado. Una nueva espesura le acogió. Detrás de él resonó una vez más el griterío, retumbó una vez más el seco trueno y en las ramas sobre él crepitó brevemente como el primer chispear del granizo. Luego se fue calmando. Bambi corría. Un faisán moribundo yacía con el cuello retorcido en la nieve y solo agitaba todavía débilmente las alas. Cuando oyó llegar a Bambi, detuvo sus convulsiones y susurró:

—Se acabó...

Bambi no le prestó atención y siguió corriendo. Un enredo de matorral en el que se había extraviado le obligó a moderar su carrera y buscar un camino. Con impaciencia golpeó a su alrededor con las patas.

—Por aquí —llamó alguien con voz quebrada.

Bambi siguió instintivamente y enseguida llegó a un lugar transitable. Pero ante él alguien se incorporaba penosamente. Era la señora del amigo liebre. Había llamado. —¿No podría usted ayudarme un poco? —dijo. Bambi la miró y se estremeció. Sus patas traseras arrastraban inertes en la nieve, que se derretía teñida de rojo por la sangre que caía caliente. Volvió a decir: —¿No podría usted ayudarme un poco? Hablaba como si estuviera sana, tranquila y casi alegre. —No sé qué me habrá pasado —continuó—, seguramente no será nada grave... solo ahora mismo... no puedo andar...

Pero en mitad de hablar se desplomó de lado y estaba muerta. Bambi fue acometido de nuevo por el espanto y corrió.

—¡Bambi!

Con un tirón se quedó quieto. Era alguien de los suyos.

Volvió a sonar:

—¡Bambi...! ¿Eres tú?

Allá estaba Gobo indefenso en la nieve. Estaba completamente sin fuerzas, no podía ni siquiera tenerse en pie, yacía como enterrado y solo levantó débilmente la cabeza. Bambi llegó acalorado hasta él.

—¿Dónde está tu madre, Gobo —preguntó jadeante—, y dónde está Faline?

Bambi hablaba rápido, agitado e impaciente. El miedo seguía latiendo en su corazón sin disminuir.

—La madre y Faline tuvieron que irse —respondió Gobo resignado. Hablaba en voz baja, pero tan serio y sensato como un adulto.

—Tuvieron que dejarme aquí tirado. Me caí. Pero tú también debes irte, Bambi.

—¡Levanta! —gritó Bambi—. ¡Levanta, Gobo! Te has descansado suficiente. ¡Ya no hay tiempo! ¡Levanta! ¡Ven conmigo!

—No, déjalo —respondió Gobo tranquilamente—. No puedo levantarme. Es imposible. Me gustaría, Bambi, puedes imaginártelo, pero soy demasiado débil.

—¿Qué va a ser de ti? —apremió Bambi.

—No lo sé. Probablemente voy a morir —dijo Gobo sencillamente.

El griterío se alzó de nuevo y llegó de allá. Entre medias nuevos truenos. Bambi se sobresaltó. En las ramas crujió rápidamente, repiqueteó aprisa por la nieve y en una ráfaga llegó galopando el joven Karus.

—¡Corre! —gritó al ver a Bambi—. ¡No te quedes quieto, quien pueda correr!

En un instante pasó a su lado y su huida impetuosa arrastró a Bambi consigo. Bambi no supo bien que había vuelto a empezar a correr, y solo pasado un rato dijo:

—Adiós, Gobo.

Pero ya estaba demasiado lejos. Gobo ya no podía oírle.

Corrió por el bosque revuelto por el estrépito y el trueno hasta el atardecer. Cuando descendió la oscuridad, todo se calmó. Un ligero viento sopló pronto también la repugnante fera que estaba extendida por todas partes. Pero la agitación siguió. El primer conocido que Bambi vio de nuevo fue Ronno.

Cojeaba más que nunca.

—Allá, en la arboleda de robles —contó Ronno—, está el zorro con fiebre de herida. Acabo de pasar por su lado. Es terrible lo que sufre. Muerde la nieve y la tierra.

—¿No ha visto usted a mi madre? —preguntó Bambi.

—No —respondió Ronno esquivo y se fue rápidamente.

Más tarde, de noche, Bambi encontró a la señora Nettla con Faline. Se alegraron mucho, los tres.

—¿No has visto a mi madre? —preguntó Bambi.

—No —respondió Faline—, yo tampoco sé todavía dónde está mi madre.

—Bueno —dijo la señora Nettla alegremente—, esto sí que es una bonita situación. Estaba tan contenta de no tener que seguir ocupándome de crías, y ahora de pronto tengo dos a la vez de las que tengo que cuidar. ¡Muchas gracias!

Bambi y Faline se rieron.

Hablaron de Gobo. Bambi contó cómo le había encontrado, y se pusieron tan tristes que empezaron a llorar. Pero la señora Nettla no permitió que lloraran.

—Ante todo tenéis que ver de encontrar algo que comer. ¡Es inconcebible! En todo el día no hemos comido un bocado.

Los llevó a sitios donde todavía había alguna hoja colgada baja que no estaba del todo seca. La señora Nettla sabía perfectamente

dónde. Ella misma no tocó nada, sino que animó a Bambi y a Faline a comer bien. Les apartó la nieve en los sitios con hierba y mandó:

—Aquí... esto está bien.

O decía:

—No, esperad... enseguida encontramos algo mejor.

Entretanto regañaba:

—¡Qué tontos! ¡Qué quebraderos de cabeza dan las crías!

De pronto vieron venir a la tía Ena y se lanzaron hacia ella.

—¡Tía Ena! —llamó Bambi. Él la había visto primero. Faline estaba fuera de sí de alegría y se alzó hacia ella.

—¡Madre!

Pero Ena lloraba y estaba agotada hasta la muerte.

—Gobo se ha ido —se lamentó—. Le busqué... estuve en su cama, allá en la nieve donde se derrumbó... estaba vacía... se ha ido... mi pobre Gobillo...

La señora Nettla murmuró:

—Hubiera hecho mejor en seguir su rastro, eso es más sensato que llorar.

—No hay rastro de él —dijo la tía Ena—. Pero... ¡Él! Él ha dejado muchos rastros allí... Él estuvo en la cama de Gobo...

Callaron. Entonces Bambi preguntó sin esperanza:

—Tía Ena... ¿no has visto a mi madre?

—No —respondió la tía Ena quedamente.

Bambi nunca más volvió a ver a su madre.

CAPÍTULO XI

Los sauces hacía tiempo que habían perdido sus amentos. Todo empezaba a verdear, pero las hojas jóvenes de arbustos y árboles eran todavía pequeñas. Bañadas por la tenue luz de aquella temprana hora matinal, parecían en su risueña frescura como niños que acaban de despertarse del sueño.

Ante un avellano estaba Bambi golpeando su nueva corona contra la madera. Aquello era muy agradable. Y además era completamente necesario, pues todavía envolvían el adorno de su cabeza la vena y el pelillo. Tenían que quitarse, naturalmente; y quien era ordenado no esperaba a que cayeran solos. Bambi limaba su corona de modo que la cubierta de vena se hacía jirones y tiras enteras de ella le colgaban alrededor de las orejas. Mientras golpeaba contra el avellano, arriba y abajo, sentía que su corona era más dura que la vara del avellano. Esta sensación le recorría con una embriaguez de fuerza y orgullo. Más impetuoso se lanzó sobre el avellano y le desgarró la corteza en largos trozos. Su cuerpo blanco quedó desnudo a la vista y se fue poniendo pronto de color herrumbre al contacto del aire libre al que no estaba acostumbrado. Bambi no podía tener eso en cuenta. Veía la carne clara de la madera centellear bajo sus golpes y eso le entusiasmaba. Aquí a la redonda muchos otros avellanos y sanguinos llevaban ya las marcas de su trabajo.

—Ya va siendo hora de que termine usted... —dijo una alegre voz cerca de él.

Bambi levantó la cabeza y miró a su alrededor.

Allí estaba la ardilla y le miraba amistosamente.

Sobre ellos alguien rió estridente y breve:

—¡Tja-ja!

Bambi y la ardilla casi se sobresaltaron. Pero el pájaro carpintero, que estaba acurrucado junto al tronco del roble, llamó desde arriba:

—Disculpe... cada vez que le veo tengo que reírme.

—¿Qué hay que reírse? —preguntó Bambi cortésmente.

—Bueno —dijo el pájaro carpintero—, empieza usted el asunto completamente al revés. Primero debería ocuparse de árboles fuertes, pues con ese fino palito de avellano no se saca nada.

—¿Qué se supone que va a salir? —quiso saber Bambi.

—Escarabajos... —rió el pájaro carpintero—. Escarabajos y larvas... ¡Mire, así se hace!

Tamborileó en el tronco del roble. *Tok, tok, tok, tok.*

La ardilla se deslizó hacia él y le regañó.

—¿Pero qué dice usted? El príncipe no busca escarabajos y larvas...

—¿Por qué no? —dijo el pájaro carpintero contento—, están riquísimos...

Partió un escarabajo, se lo tragó y volvió a tamborilear.

—Eso usted no lo entiende —le siguió regañando la ardilla—, un señor tan distinguido persigue fines muy diferentes y mucho más elevados... usted no hace más que ponerse en ridículo...

—Eso me importa muy poco —respondió el pájaro carpintero—. ¡Me da igual los fines elevados!

Gritó alegremente y se fue volando.

La ardilla se deslizó de nuevo hacia abajo.

—¿No me conoce usted? —preguntó haciendo una cara alegre.

—Creo que sí —respondió Bambi amablemente—, usted vive allá arriba...

Señaló al roble.

La ardilla le miró con vivacidad.

—Me confunde usted con mi abuela —dijo—, sabía que me confundiría con mi abuela. Mi abuela vivía allá arriba cuando usted era niño, príncipe Bambi. Me habló muchas veces de usted. Sí... pero entonces la mató la marta... hace mucho tiempo, en invierno... ¿no se acuerda usted?

—Sí.

Bambi asintió.

—Lo oí decir.

—Pues bien... y después de ella se instaló aquí mi padre —contó la ardilla. Se irguió, puso cara asombrada y colocó las dos patitas cortésmente sobre su pecho blanco—. Pero... quizás confunde usted también a mi padre... ¿Conoció usted a mi padre?

—Lo lamento —respondió Bambi—, nunca tuve ese placer.

—¡Me lo figuraba! —exclamó la ardilla satisfecha—. Mi padre era tan hosco y tan huraño. No trataba con nadie.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Bambi.

—Ah —dijo la ardilla—, hace un mes le cogió el autillo. Sí. Y ahora vivo yo allá arriba. Estoy muy satisfecha, pues ha de saber usted que nací aquí arriba.

Bambi se volvió para irse.

—Espere —llamó la ardilla rápidamente—, de todo eso no quería hablar en absoluto. Quería decir una cosa completamente distinta.

Bambi se detuvo.

—¿Y qué era?

—Sí... ¿qué era? —La ardilla reflexionó, luego dio de nuevo un salto brusco, se sentó erguida, apoyada en su espléndida cola, y miró a Bambi—. ¡Ya lo sé! —siguió charlando—. Quería decir que ya va terminando con su corona y que va a quedar maravillosamente hermosa.

—¿Le parece? —Bambi se alegró.

—¡Maravillosamente hermosa! —exclamó la ardilla y apretó las dos patitas delanteras entusiastas contra su pecho blanco—. ¡Tan alta! ¡Tan airosa! ¡Y unos dientes tan largos y claros! ¡Eso se ve pocas veces!

—¿De verdad? —preguntó Bambi. Se puso tan alegre que enseguida volvió a golpear contra el avellano. La corteza saltó en largas fibras alrededor.

Entretanto la ardilla seguía hablando.

—He de decir de verdad que otros de su edad no tienen una corona tan espléndida. No se lo creería uno. Si se conoció a usted el verano pasado... le vi algunas veces, de lejos, de verdad que no creería uno que es usted el mismo... unos palillos tan delgados como los que tenía usted entonces...

Bambi se detuvo de pronto.

—Adiós —dijo precipitado—, ¡tengo que seguir!

Y salió corriendo.

No le gustaba que le recordaran el verano pasado. Había sido un tiempo difícil para él. Primero, después de la desaparición de la madre, se había sentido completamente abandonado. Aquel invierno duró mucho tiempo, la primavera tardó en llegar y solo muy tarde empezó a verdear. Sin la señora Nettla Bambi no habría encontrado su camino en absoluto, pero ella se ocupó de él y le ayudó donde podía. Aun así había estado mucho solo. Gobo le faltaba en todas partes, el pobre Gobo, que ahora probablemente también estaba muerto, como los demás. Bambi tuvo que pensar mucho en él en aquel tiempo y comprendió solo en retrospectiva lo bueno y tierno

que había sido Gobo. A Faline la veía pocas veces. Se quedaba constantemente muy pegada a su madre y mostraba una timidez extraña. Más tarde, cuando al fin se hizo calor, Bambi había empezado a recuperarse. Limpió su primera corona hasta dejarla reluciente y estaba muy orgulloso de ella. Pero la amarga decepción llegó pronto. Los demás con corona le perseguían dondequiera que le veían. Le ahuyentaban airados, no toleraban que se acercara a nadie, le maltrataban, y al final había tenido miedo a cada paso de que le cayeran encima, tenía miedo de mostrarse en cualquier parte, y merodeaba por caminos escondidos, con el ánimo abatido. Mientras tanto, cuanto más calurosos y soleados se hacían los días, le había acometido una extraña inquietud. Su corazón se sentía cada vez más oprimido por una añoranza que era dolorosa y placentera a un tiempo. Cuando de vez en cuando veía a Faline o a alguna de sus amigas aunque fuera de lejos, le abrumaba una tormenta de una agitación incomprensible. Muchas veces ocurría también que solo reconocía su huella, o que el aliento que exploraba le traía el soplo de su cercanía. Siempre se sentía entonces irresistiblemente atraído hacia ellas. Pero si cedía al deseo que le llevaba hacia allá, era siempre para su mal. Pues o bien no encontraba a nadie y al fin tenía que reconocer, agotado tras largo error, que le evitaban, o bien se tropezaba con uno de los de corona, que al instante se lanzaban sobre él, le golpeaban y empujaban y le ahuyentaban vergonzosamente. Los peores habían sido Ronno y Karus. No, no había sido un buen tiempo.

La ardilla le había recordado aquello tontamente ahora. Se puso completamente furioso y empezó a correr. Los herrerillos y los trogloditas salieron asustados de los arbustos por los que pasaba, y se preguntaban unos a otros rápidamente: *¿Quién es ese?... ¿Quién fue ese?* Bambi no lo oía. Unas urracas chasquearon nerviosamente: *¿Ha pasado algo?* El arrendajo gritó maliciosamente: *¿Qué pasa?* Bambi no le prestó atención. Sobre él cantaba el oropéndola de árbol en árbol: *Buenos días... estoy... con-ten-to*. Bambi no respondió. La espesura a su alrededor estaba ya clara y finamente entretejida de rayos de sol. Bambi no se preocupaba por ello. De

pronto crepitó fuerte, casi bajo sus pies, un arco iris de hermosos colores brilló y relució muy cerca ante sus ojos, de modo que cegado se detuvo. Era Janello, el faisán, que se había asustado al alzar el vuelo porque Bambi casi había pisado sobre él. Regañando se alejó.

—¡Inadmisible! —gritó con su voz cascada y graznante.

Bambi se quedó desconcertado y le siguió con la mirada.

—Ha pasado de milagro, pero es también de verdad una falta de consideración... —dijo una voz suave y trinada junto a él desde el suelo. Era Janelline, la señora del faisán. Estaba sentada en el suelo empollando—. Mi señor se ha asustado terriblemente —continuó descontenta—, y yo igualmente. Pero yo no me puedo mover del sitio... yo no me muevo del sitio, pase lo que pase... me podría haber pisado tranquilamente...

Bambi se avergonzó un poco.

—Disculpe —balbuceó—, no quería hacerlo.

La señora respondió:

—¡Oh, por favor! Quizás tampoco fue tan grave. Pero mi señor y yo estamos ahora tan nerviosos. Usted comprenderá...

Bambi no comprendía nada y siguió su camino. El bosque cantaba a su alrededor. La luz se volvía más dorada y más caliente, las hojas de los arbustos, la hierba del suelo y la tierra que humeaba húmeda empezaban a exhalar olores intensos. En Bambi se infló la joven fuerza y se extendió por todos sus miembros, de modo que iba completamente tieso con movimientos contenidos y vacilantes, como si fuera artificial.

Se acercó a un bajo arbusto de saúco y golpeó el suelo con las rodillas levantadas en potentes golpes, de modo que los terrones saltaban. Sus delgadas y afiladas pezuñas cortaron las hierbas que crecían aquí, algarrobillas silvestres y ajo, violetas y campanillas de nieve, las apartó hasta que la tierra quedó al descubierto y estriada ante él. Retumbaba sordo bajo cada golpe.

Dos topos que se habían revolcado en el entramado de raíces de un viejo aligustre prestaron atención, asomaron la cabeza y observaron a Bambi.

—Pero... eso es ridículo lo que hace —susurró el uno—. No se puede cavar así...

El otro torció con desdén las finas comisuras de los labios:

—No tiene ni idea... se ve enseguida... Pero así pasa cuando la gente se mete en cosas que no entiende.

De pronto Bambi se detuvo, levantó la cabeza, escuchó y atisbó entre el follaje. Allí brillaba un punto rojo entre las ramas, allí destellaban las cimas de una corona. Bambi resopló. Fuera quien fuera el que andaba acechando por allá, Ronno o Karus o cualquier otro, ¡a por él! Bambi salió disparado hacia allá. *¡Demostrar que ya no tengo miedo!*, pensó como en un súbito aturdimiento. *¡Demostrar que soy yo ante quien hay que tener miedo!*

Los arbustos susurraron con el ímpetu de su embestida, las ramas crujieron y se rompieron. Bambi ya veía al otro muy cerca. No podía reconocerle, pues todo se le iba ante los ojos. No pensaba nada más que: *¡a por él!* La corona profundamente inclinada, se lanzó hacia adelante, toda la fuerza reunida en la nuca, listo para el golpe. Ya sentía el olor del pelo del contrario, ya no veía ante sí nada más que la roja pared de su flanco. Entonces el otro hizo un movimiento muy suave y Bambi, privado de la resistencia esperada y que le sostendría, se precipitó a su lado al vacío. Casi se habría volteado. Tambaleó, se recobró, dio media vuelta para un nuevo ataque.

Entonces reconoció al Viejo.

Bambi estaba tan sorprendido que perdió por completo la compostura. Se avergonzó de salir huyendo, que era lo que en ese momento más habría querido. Y se avergonzó de quedarse allí. No se movió.

—¿Y bien...? —preguntó el Viejo tranquilamente, en voz baja. Su voz profunda, tan serena y sin embargo tan autoritaria, penetró a

Bambi como siempre hasta el corazón. Se calló.

El Viejo repitió:

—...¿Y bien...?

—Creí... —balbuceó Bambi—, ...creí... Ronno... o...

Se calló y se atrevió a mirar al Viejo tímidamente, y quedó aún más confundido al verle.

El Viejo estaba allí inmóvil y poderoso. Su cabeza se había vuelto completamente blanca y sus oscuros y orgullosos ojos brillaban hondos.

—¿Por qué no contra mí...? —preguntó el Viejo.

Bambi le miró, lleno de una extraña entusiasmo y recorrido por un escalofrío misterioso. Habría querido exclamar: *¡Porque le quiero!* Pero respondió:

—No lo sé...

El Viejo le contempló.

—Hace tiempo que no te veía. Has crecido y te has hecho fuerte.

Bambi no respondió nada. Temblaba de alegría.

El Viejo siguió mirándole con atención. Luego se acercó sorprendentemente hasta Bambi, que se asustó terriblemente por ello.

—Compórtate bien... —dijo el Viejo.

Se volvió y en el instante siguiente había desaparecido. Bambi se quedó todavía largo tiempo en el mismo sitio.

CAPÍTULO XII

Era verano y hacía un calor ardiente. En Bambi volvió a agitarse la añoranza que ya una vez había sentido, pero era ahora mucho más fuerte que antes, hervía en su sangre y le hacía inquieto. Rondaba lejos.

Un día se encontró con Faline. Se encontró con ella completamente por sorpresa, pues sus pensamientos estaban muy confusos en ese momento, sus sentidos tan embotados por el deseo inquieto del que estaba sacudido que no había notado a Faline en absoluto. Ahora estaba ante él. Bambi la contempló un rato en silencio, luego dijo conmovido:

—Faline... qué hermosa te has puesto...

Faline respondió:

—¿Me reconoces todavía?

—¡Cómo no iba a reconocerte! —exclamó Bambi—, ¿no nos criamos juntos?

Faline suspiró:

—Hace tanto tiempo que no nos veíamos...

Luego añadió:

—...uno se va haciendo completamente extraño el uno al otro. Pero aquello ya era de nuevo su tono ligero y pícaro de antaño. Ahora se quedaron juntos.

—Este camino de aquí —dijo Bambi pasado un rato—, este camino lo anduve de niño con mi madre...

—Lleva al prado —dijo Faline.

—En el prado te vi por primera vez —dijo Bambi con algo de solemnidad—, ¿lo recuerdas?

—Sí —respondió Faline—, a mí y a Gobo.

Suspiró ligeramente:

—El pobre Gobo.

Bambi repitió:

—El pobre Gobo.

Ahora hablaron de entonces y se preguntaban a cada momento: *¿Recuerdas?* Resultó que lo recordaban todo. Los dos estaban encantados con ello.

—Ahí fuera, en el prado —recordó Bambi—, jugamos al pillarse... ¿recuerdas?

—Creo que sí —dijo Faline y salió disparada como un rayo.

Bambi se quedó primero completamente desconcertado, luego salió zumbando detrás de ella.

—¡Espera! ¡Espérate! —llamó feliz.

—No espero —le provocó Faline—, ¡tengo mucha prisa!

Y en ligeros saltos trazó un arco, muy lejos entre arbustos y hierba. Al fin Bambi la alcanzó, le cortó el camino y ahora estaban quietos juntos. Se rieron y estuvieron contentos. De pronto Faline saltó hacia arriba como si la hubieran picado y volvió a salir disparada. Bambi se lanzó tras ella. Faline trazaba arco sobre arco, se volvía y escapaba siempre de nuevo.

—¡Quédate quieta! —jadeó Bambi—, quédate quieta... tengo que preguntarte algo.

Faline se quedó quieta.

—¿Qué tienes que preguntarme? —se interesó curiosa.

Bambi guardó silencio.

—Ah, si solo has engañado... —dijo Faline y quiso volverse.

—¡No! —Bambi habló rápido—: Quédate quieta... quiero... quiero preguntarte... ¿me quieres, Faline?

Ella le miró, aún más curiosa que antes y algo al acecho:

—No lo sé.

—Vamos —insistió Bambi—, tienes que saberlo. Yo también lo sé, lo siento con toda claridad, que te quiero. Te quiero locamente, Faline. Así que dime ahora si me quieres...

—Puede que te quiera —respondió ella con indiferencia.

—¿Y te quedarás conmigo? —indagó Bambi emocionado.

—Si me lo pides amablemente... —dijo Faline alegre.

—¡Te lo pido, Faline! ¡Adorada, hermosa, querida Faline! —gritó Bambi fuera de sí—. ¿Me oyes? ¡Te lo pido de todo corazón!

—Entonces me quedo seguro contigo —dijo Faline con suavidad.

Y desapareció.

Arrebatado, Bambi salió de nuevo flecha tras ella. Faline cruzó el prado como una exhalación, hizo un quiebro y desapareció en la espesura. Pero cuando Bambi también hizo el quiebro para seguirla, el matorral susurró tumultuosamente y Karus saltó fuera.

—¡Alto! —gritó.

Bambi no comprendió. Estaba demasiado ocupado con Faline.

—Déjame pasar —dijo precipitado—, ¡no tengo tiempo para ti!

—¡Fuera de aquí! —le increpó Karus furioso—. ¡Fuera inmediatamente! Si no, te perseguiré hasta que no puedas respirar. ¡Te prohíbo correr detrás de Faline!

En Bambi despertó el recuerdo del verano anterior, en el que tantas veces y tan miserablemente había huido. Al instante le entró la rabia. No dijo una palabra, sino que se lanzó sin más con la corona inclinada sobre Karus.

El choque fue irresistible y Karus estaba en el suelo antes de que supiera bien lo que le había pasado.

Con la velocidad del rayo se recuperó, pero apenas se había puesto de nuevo en pie cuando un nuevo golpe le hizo tambalear.

—¡Bambi! —llamó y quiso llamar otra vez—. ¡Bam...!

Pero un tercer golpe, que resbaló de su omóplato, le ahogó casi de dolor.

Karus saltó a un lado para escapar a Bambi que arremetía de nuevo. Se sintió de pronto extrañamente débil. Al mismo tiempo reconoció con espanto que ahora se trataba de vida o muerte. Un frío miedo le atrapó. Se volvió para huir y en el silencio de Bambi, que le zumbaba muy cerca detrás, reconoció Karus que Bambi estaba fuera de sí, rabioso e inflexiblemente decidido a matarle. Aquello le quitó del todo la compostura. Se desvió del camino, irrumpió con las últimas fuerzas en medio de los arbustos, ya no quería nada, ya no pensaba en nada, sino que solo anhelaba misericordia o salvación.

Entonces Bambi le dejó de pronto en paz y se detuvo. Karus no lo notó en su miedo y siguió corriendo por los arbustos con todas sus fuerzas.

Pero Bambi se había detenido porque había oído el fino llamado de Faline. Escuchó, volvió a llamar ella, asustada, apremiada. Al instante dio media vuelta y se lanzó de vuelta.

Cuando llegó al prado, vio justo cómo Faline, perseguida por Ronno, huía hacia la espesura.

—¡Ronno! —llamó Bambi. No sabía que había llamado.

Ronno, que no podía correr tan rápido por su cojera, se detuvo.

—Vaya —dijo con distinción—, imi pequeño Bambi! ¿Deseas algo de mí?

—Deseo —dijo Bambi tranquilamente, pero con una voz completamente transformada por la fuerza contenida y la ira dominada—, deseo que dejes a Faline en paz y te vayas de aquí inmediatamente.

—¿Nada más? —se burló Ronno—. Qué desvergonzado te has vuelto... eso nunca lo habría esperado...

—Ronno —dijo Bambi todavía más quedo—, te lo pido por ti. Pues si no te vas ahora inmediatamente, luego querrás correr sobre tus patas, pero ya no podrás...

—¡Oh! —exclamó Ronno enojado—. ¿Así me hablas? ¿Por la cojera? Por cierto que no se nota. ¿O crees quizás que yo también te tengo miedo porque Karus fue tan miserablemente cobarde? Te aconsejo en bien...

—No, Ronno —le interrumpió Bambi—, soy yo quien te da un consejo. ¡Vete!

Su voz tembló.

—Siempre te he querido, Ronno. Te he considerado muy inteligente y te tuve respeto porque eres mucho más viejo que yo. Te digo ahora por última vez, vete... ya no tengo más paciencia...!

—Qué mal —dijo Ronno con desprecio—, que tengas tan poca paciencia. Muy mal para ti, amiguito. Pero tranquilízate, contigo acabaré rápido. No tendrás que esperar mucho. ¿O has olvidado quizás cuántas veces te perseguí a tu delante?

Después de este recuerdo ya no hubo palabras ni freno para Bambi. Como un loco se lanzó sobre Ronno, que le recibió con la cabeza inclinada hacia adelante. Chocaron con estrépito. Ronno se mantuvo firme y se asombró de que Bambi no cediera. También le había desconcertado el repentino ataque, pues nunca había esperado que Bambi le atacara primero. Con malestar sentía la enorme fuerza de Bambi y comprendió que tenía que concentrarse.

Quiso aplicar una maniobra mientras estaban presionados frente con frente. De pronto cedió, para que Bambi perdiera el equilibrio y se tambaleara hacia adelante.

Pero Bambi se levantó sobre las patas traseras y se lanzó de nuevo con el doble de ímpetu sobre Ronno, antes de que este tuviera tiempo de recuperar una posición firme. Se oyó un claro chasquido seco, pues una punta de la corona de Ronno se había astillado. Ronno creyó tener la frente destrozada. Chispas le saltaron de los ojos y le zumbaron los oídos. En el momento siguiente un poderoso golpe le desgarró el hombro. El aliento le abandonó, cayó al suelo y Bambi estaba furioso sobre él.

—Suéltame —gimió Ronno.

Bambi golpeó ciegamente sobre él. Sus ojos echaban chispas. No parecía pensar en ejercer clemencia.

—Te lo pido... para ya —suplicó Ronno lastimosamente—, sabes que cojeo... solo hacía una broma... ten piedad... ¿es que no entiendes una broma...?

Bambi le soltó sin decir una palabra. Ronno se levantó penosamente. Sangraba y se tambaleaba sobre sus patas. Sin decir una palabra se escabulló.

Bambi quiso entrar en la espesura para buscar a Faline. Entonces ella salió. Había estado de pie muy cerca del borde del bosque y lo había visto todo.

—Ha sido magnífico —dijo riendo.

Pero sería y en voz baja añadió:

—Te quiero.

Se fueron juntos y fueron muy felices.

CAPÍTULO XIII

Un día iban camino de buscar el pequeño claro, en lo más profundo del bosque, en el que Bambi había tenido su último encuentro con el Viejo. Bambi le contó a Faline cosas del Viejo y se entusiasmó.

—Quizás le volvamos a encontrar, tengo añoranza de él.

—Eso estaría bien —dijo Faline con descaro—, me gustaría realmente charlar alguna vez con él.

Pero no decía la verdad. Pues aunque era curiosa, en el fondo tenía miedo del Viejo.

Ya amanecía gris claro, el amanecer estaba próximo.

Caminaban en silencio el uno junto al otro, aquí, donde los matorrales y arbustos estaban escasos y había vistas en todas las direcciones. No lejos de ellos susurró algo. Se detuvieron al instante y miraron. Allá caminaba lento y poderoso el ciervo entre los arbustos hacia el claro. En el crepúsculo, que todavía no pintaba colores, semejaba una enorme sombra gris.

Faline lanzó sin control un grito. Bambi se dominó. También se había sobresaltado él, igual que ella, y el grito estaba ya en su garganta. Pero la voz de Faline sonó tan desvalida que sintió lástima y se contuvo para consolarla.

—¿Qué te pasa? —susurró muy preocupado, pero su voz tembló—. ¿Qué te pasa? ¡Ese no nos hace nada!

Faline simplemente siguió gritando.

—No te alteres tan terriblemente, querida —rogó Bambi—. Es demasiado ridículo, asustarse siempre así ante esos señores. Al fin y al cabo son nuestros parientes.

Pero Faline no quería saber nada de tal parentesco. Estaba rígida como un palo, miraba hacia el ciervo, que seguía caminando despreocupado, y gritaba y gritaba.

—Domínate —suplicó Bambi—, ¿qué va a pensar de nosotros?

Faline no se tranquilizaba.

—Que piense lo que quiera —gritó—, ¡es exagerado ser tan grande!

Siguió vociferando:

—¡Ba-oh!

Y continuó:

—Déjame... ¡no puedo evitarlo! ¡Tengo que hacerlo! ¡Ba-oh! ¡Ba-oh! ¡Ba-oh!

El ciervo estaba ahora en el pequeño claro y buscaba con calma exquisiteces en la hierba.

En Bambi, que miraba alternativamente a la enloquecida Faline y al ciervo tranquilo, se alzó algo. Con el consejo que le daba a Faline había superado su propio espanto. Ahora se reprochaba el lamentable estado en que se encontraba cada vez que veía al ciervo, ese estado que era una mezcla torturante de horror, agitación, admiración y sumisión.

—Todo esto es una tontería —dijo con laborioso arrojo—, ahora voy directamente hacia él y me presento.

—¡No lo hagas! —gritó Faline—, ¡no lo hagas! ¡Ba-oh! ¡Va a ocurrir una desgracia! ¡Ba-oh!

—Lo hago sin falta —respondió Bambi.

El ciervo, que allá comía tan tranquilo sin preocuparse lo más mínimo de la lamentante Faline, le pareció demasiado altivo. Se

sintió herido y humillado.

—Me voy —dijo—. ¡Cállate de una vez! Ya verás que no pasa nada. Espera aquí.

Se fue de verdad. Pero Faline no esperó. No tenía ganas de hacerlo, en absoluto, ni ganas ni valor. Dio media vuelta, salió corriendo y gritó, pues consideró que era lo mejor que podía hacer. Se le oía cada vez más y más lejos:

—¡Ba-oh! ¡Ba-oh!

De buena gana habría seguido Bambi a Faline ahora. Pero ya no era posible del todo. Se sobrepuso y avanzó.

A través del follaje vio al ciervo en el claro, con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Bambi sintió cómo le latía el corazón cuando salió.

El ciervo levantó enseguida la cabeza muy erguida y miró hacia acá. Luego miró como distraído justo ante sí.

A Bambi le pareció extraordinariamente altivo tanto lo uno como lo otro, la manera en que el ciervo le había mirado y la manera en que ahora miraba ante sí, como si no hubiera nadie más presente.

Bambi no sabía qué hacer. Había salido con la firme intención de dirigir la palabra al ciervo. *Buenos días*, había querido decir, *me llamo Bambi... ¿puedo preguntarle su nombre?*

¡Sí! Lo había imaginado muy sencillo, y ahora resultaba que el asunto no era tan sencillo. ¿De qué servía la mejor intención? Bambi no quería ser descortés, y lo era si salía aquí sin decir una palabra. Tampoco quería ser importuno, y lo era si empezaba a hablar.

El ciervo estaba allí indignamente majestuoso. Bambi estaba arrebatado y se sentía humillado. En vano trataba de zarandearse y solo repetía el mismo pensamiento: *¿por qué me intimido?... Yo soy exactamente igual que él... exactamente igual que él!*

No servía de nada. Bambi seguía intimidado y sentía en lo más hondo de su ser que no era exactamente igual. Ni mucho menos.

Estaba de ánimo lamentable y necesitaba toda su fuerza para conservar algo de compostura.

El ciervo le miró y pensó: *es encantador... es de verdad encantador... tan hermoso... tan delicado... tan fino en todo su comportamiento...* Pero no debo mirarle así fijamente. Eso realmente no es correcto. Además podría también molestarle.

Y volvió a mirar por encima de Bambi a lo lejos.

¡Esa mirada altiva!, constató Bambi. *¡Es insoportable lo que se figuran estos señores!*

El ciervo pensaba: *Me gustaría hablar con él... es tan simpático... qué tonto que nunca se hable con nadie. Y miró pensativo ante sí.*

Soy aire, dijo Bambi para sí, *esta clase siempre hace como si estuviera completamente sola en el mundo.*

¿Pero qué le voy a decir...?, reflexionó el ciervo. *...no tengo práctica... voy a decir una tontería y voy a ponerme en ridículo... pues seguramente es muy inteligente.*

Bambi se armó de valor y miró al ciervo fijamente.

¡Qué espléndido es!, pensó desesperado.

Bueno... quizás otro día..., decidió el ciervo y se fue descontento, pero magnífico.

Bambi se quedó amargado.

CAPÍTULO XIV

El bosque humeaba bajo el sol ardiente. Desde que había salido, había bebido todas las nubes hasta el último copo del cielo, y ahora reinaba completamente solo en el vasto azul, que se ponía pálido de calor. Sobre los prados y sobre las copas de los árboles temblaba el aire en oleadas de cristalina transparencia, como suele temblar sobre una llama. Ni una hoja se movía, ni una brizna de hierba. Los pájaros permanecían mudos, sentados escondidos en la sombra del follaje y sin moverse del sitio. Todos los caminos y senderos de la espesura estaban vacíos, pues ningún animal andaba en ese momento. El bosque yacía inmóvil en la luz deslumbrante, como paralizado. La tierra respiraba, los árboles, los arbustos y los animales respiraban en la pesada dicha de aquella brasa.

Bambi dormía.

Toda la noche había sido feliz con Faline, había retozado con ella hasta el amanecer y en su felicidad había olvidado incluso el alimento. Pero luego se había puesto tan cansado que ya no sentía ni el hambre. Los ojos se le cerraban. Donde andaba parado, en medio del matorral, se había tumbado y se había dormido enseguida. El aroma amargo y acre que el enebro, encendido por el sol, exhalaba, el delicado perfume del joven laureola sobre su cabeza le embriagaban mientras dormía y le daban nuevas fuerzas.

Se despertó de pronto y estaba confundido.

¿No llamaba Faline?

Bambi miró a su alrededor. En su recuerdo veía todavía cómo Faline estaba aquí mismo junto al majuelo y arrancaba hojas mientras él se tumbaba. Había pensado que ella se quedaría con él. Pero ya no estaba, probablemente ya harta de estar sola, le llamaba y quería ser buscada.

Mientras Bambi escuchaba, reflexionó sobre cuánto tiempo habría dormido, cuántas veces habría llamado Faline. No podía saberlo. La cabeza le estaba todavía completamente embotada con los velos del sueño.

Volvió a llamar. Bambi se volvió de golpe hacia el lado de donde venía el sonido. ¡Otra vez! Y de pronto Bambi estaba completamente despierto. Se sentía maravillosamente fresco, sentía que había descansado y que estaba con fuerzas, y notaba un hambre estupenda.

Sonó de nuevo, claro como el suave trino de un pájaro, añorante y tierno:

—Ven... ven...

¡Sí, esa era su voz! ¡Esa era Faline! Bambi salió disparado con tal ímpetu que las secas ramas de los arbustos por los que irrumpió no hacían más que chasquear y las calientes y verdes hojas no hacían más que susurrar.

Pero en mitad de un salto tuvo que detenerse y echarse a un lado. Pues el Viejo estaba allí y le cerraba el paso.

Pero en Bambi hervía el amor. El Viejo le era indiferente en ese momento. Ya se lo volvería a encontrar, en algún momento. Ahora no tenía tiempo para señores viejos, por muy venerables que fueran. Ahora solo pensaba en Faline.

Saludó de pasada y quiso pasar rápidamente.

—¿Adónde? —El Viejo preguntó seriamente.

Bambi se avergonzó un poco, buscó una excusa, pero se lo pensó mejor y respondió honradamente:

—A ella.

—No vayas —dijo el Viejo.

Por un segundo brotó en Bambi una chispa de cólera, una sola. ¿No ir a Faline? Cómo podía exigirlo el mal Viejo. Bambi pensó: *salgo corriendo sin más*. Y miró al Viejo rápidamente. Pero la mirada profunda que le lanzó de sus oscuros ojos le clavó en el sitio. Tembló de impaciencia, pero no salió corriendo.

—Me llama... —dijo como explicación. Lo dijo en un tono del que se oía claramente el ruego: *¡no me retengas!*

—No —dijo el Viejo—, ella no llama.

Sonó de nuevo suave como el trino de un pájaro:

—Ven...

—¡Ahora otra vez! —exclamó Bambi emocionado—. ¡Escúchelo usted!

—Lo oigo —asintió el Viejo.

—Pues, hasta la vista... —lanzó Bambi precipitado.

Pero el Viejo le increpó:

—¡Quédate!

—¿Qué quiere usted? —gritó Bambi fuera de sí—. ¡Suélteme! ¡No tengo tiempo! Se lo ruego... si Faline me llama... eso tiene que entenderlo usted...

—Te digo —habló el Viejo—, que no es ella.

Bambi estaba desesperado:

—Pero... reconozco su voz...

—Escúchame —continuó el Viejo.

Volvió a llamar.

El suelo ardía bajo los pies de Bambi.

—¡Luego! ¡Enseguida vuelvo! —suplicó.

—No —dijo el Viejo tristemente—, no vuelves. Nunca más.

Volvió a llamar.

—¡Tengo que ir! ¡Tengo que ir...!

Bambi estaba a punto de perder la compostura.

—Pues bien —declaró el Viejo autoritariamente—, entonces vamos juntos.

—¡Pero rápido! —gritó Bambi y saltó hacia adelante.

—No... despacio —mandó ahora el Viejo con una voz que obligó a Bambi a obedecer—. Tú te quedas detrás de mí... paso a paso...

El Viejo empezó a moverse. Bambi le siguió impaciente y suspirando.

—Escucha —dijo el Viejo sin detenerse—, por muchas veces que llame, no te apartes de mi lado. Si es Faline, llegaremos a ella a tiempo de todas formas. Pero no es Faline. No te dejes llevar. Todo depende de si ahora confías en mí o no.

Bambi no osó contradecir y se resignó en silencio.

El Viejo avanzó despacio y Bambi le siguió. ¡Oh, cómo sabía caminar el Viejo! Ningún sonido se movía bajo los cascos de sus pies. Ninguna hoja se agitó. Ninguna rama crujió. Y aun así el Viejo se deslizaba por el denso matorral, se escurría por la reja de antiquísimos arbustos. Bambi tenía que asombrarse, tenía que admirar a pesar de su febril impaciencia. Nunca habría creído que se pudiera caminar así.

Volvió a llamar y llamar.

El Viejo se detuvo, escuchó y asintió con la cabeza.

Bambi estaba ahí, sacudido por la añoranza, atormentado por la obligación, y no entendía nada.

Algunas veces el Viejo se detuvo sin que hubiera llamado nadie, levantó la cabeza, escuchó y asintió. Bambi no oía nada. El Viejo se

desvió de la dirección de la que llegaba la llamada, trazó un rodeo. Bambi estaba furioso por ello.

Llamó y llamó.

Al fin se fueron acercando, más y más, muy cerca.

El Viejo susurró:

—Lo que sea que veas ahora... no te muevas... ¿me oyes? Fíjate en todo lo que yo haga y compórtate exactamente igual que yo... ¡Cuidado! Y no pierdas la compostura...

Unos pasos más... entonces de pronto aquella fera acre y estimulante que Bambi conocía tan bien barrió su nariz de lleno. Le llegó tanta que casi había gritado. Se quedó clavado en el sitio. El corazón le latió al instante hasta la garganta.

El Viejo estaba tranquilo a su lado. Sus ojos le indicaban la dirección: *¡allí!*

Pero allí estaba Él.

Allí estaba Él muy cerca, pegado al tronco de un roble, cubierto por avellanos, y mientras tanto seguía llamando suavemente:

—Ven... ven...

Solo se Le veía la espalda, se Le veía la cara solo indistintamente cuando volvía la cabeza un poco hacia un lado.

Bambi estaba tan completamente confundido, tan sacudido, que solo después de un rato comprendió: Él estaba allí y era Él quien imitaba la voz de Faline. Era Él quien silbaba:

—Ven... ven...

Un blanquecino horror recorrió a Bambi por todos los miembros. El pensamiento de la huida brotó de su corazón y tiraba de él.

—¡Quieto! —susurró el Viejo rápida y autoritariamente, como si quisiera prevenir un estallido de terror. Y Bambi se contuvo con esfuerzo.

El Viejo le miró; primero algo con ironía, según le pareció a Bambi a pesar de su estado. Pero enseguida de nuevo lleno de seriedad y bondad.

Bambi atisbó con los ojos entrecerrados hacia allá, hacia donde Él estaba, y sintió que no podía aguantar más aquella cercanía espantosa.

Como si el Viejo hubiera adivinado ese pensamiento, le susurró:

—Vámonos...

Y se apartó.

Con cautela se escabulleron. El Viejo por extraños zigzags cuyo propósito Bambi no entendía. Siguió esos pasos lentos ahora también solo con impaciencia laboriosamente dominada. Si en el camino hacia aquí le había impulsado la añoranza de Faline, ahora el impulso de la huida le corría por las venas.

Pero el Viejo siguió caminando despacio, se detuvo, escuchó, emprendió nuevos zigzags, volvió a detenerse, siguió caminando, despacio, muy despacio.

Ahora tenían que estar lejos del lugar del horror.

Cuando se detenga así, se puede hablar de nuevo, y entonces quiero darle las gracias. Vio al Viejo desaparecer justo ante él en un enredo de altos arbustos de sanguino. Ninguna hoja se agitó, ninguna ramita crujió al deslizarse el Viejo dentro.

Bambi le siguió y se esforzó en abrirse camino igual de silenciosamente, en evitar con igual maestría cualquier ruido. Pero no lo consiguió. Las hojas susurraron suavemente, las ramas se doblaron hacia sus flancos, volvieron al lugar con fuerte crujido, ramas secas se rompieron con un breve y chillón crujido contra su pecho.

Me ha salvado la vida, seguía pensando Bambi. ¿Qué le voy a decir?

Pero el Viejo ya no se veía. Bambi salió del arbusto, tenía ante sí una maraña de vara de oro con flores amarillas, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Ni un tallo se movía hasta donde alcanzaba la vista. Estaba solo.

Libre de toda coacción, el impulso de la huida le arrastró ahora al instante.

Bajo sus altos saltos las varas de oro se abrieron con un amplio silbido como bajo el corte de la guadaña.

Tras largo errar encontró a Faline. Iba sin aliento, estaba cansado, estaba feliz y profundamente conmovido.

—Te lo pido, querida —dijo—, te lo pido... no me llames cuando estemos separados... no me llames nunca más... Busquémonos el uno al otro hasta que nos encontremos... pero te pido que no me llames... pues no puedo resistir tu voz.

CAPÍTULO XV

Unos días después paseaban juntos descuidados por la espesura de robles que estaba al otro lado del prado. Querían cruzar el prado y buscar su viejo camino donde estaba el alto roble.

Cuando el matorral ante ellos se aclaró, se detuvieron y miraron hacia afuera. Pero allá, junto al roble, se movía algo rojo. Los dos lo vieron a la vez.

—¿Quién podrá ser...? —susurró Bambi.

—Probablemente Ronno o Karus —dijo Faline.

Bambi dudó:

—Esos ya no se atreven a acercarse ahora a mí.

Bambi miró más atentamente.

—No —decidió—, eso no es ni Karus ni Ronno... es un extraño...

Faline coincidió, asombrada y muy curiosa:

—Tienes razón... un extraño, ahora lo veo también... ¡qué raro!

Observaron.

—¡Qué desenvuelta es su conducta! —exclamó Faline.

—Tonto —dijo Bambi—, ¡de verdad tonto! Se comporta como un niño pequeño... como si no hubiera ningún peligro.

—Vamos —propuso Faline. Estaba demasiado curiosa.

—Bueno —respondió Bambi—, vamos... tengo que ver más de cerca a ese fulano...

Dieron unos pasos, pero Faline vaciló:

—Pero... si empieza a pelearse contigo... es fuerte...

—¡Bah! —Bambi ladeó la cabeza y puso una mueca desdeñosa—. Mira esa coronita... ¿voy a tenerle miedo a eso...? Gordo y rollizo está el tipo... ¿pero fuerte? No me lo creo. Ven...

Fueron.

El otro estaba allá ocupado en picar las espigas de hierba y no les notó hasta que ya estaban bastante afuera en el prado. Al instante salió hacia ellos corriendo. Daba saltos alegres y juguetones y producía de nuevo una impresión curiosamente infantil. Bambi y Faline se detuvieron desconcertados y le esperaron. Ahora ya estaba cerca, a unos pasos. También él se quedó quieto.

Tras un momento preguntó:

—¿No me conocéis?

Bambi había inclinado la cabeza listo para el combate.

—¿Nos conoces... tú? —respondió.

El otro le interrumpió.

—¡Pero Bambi! —gritó con reproche y confianza.

Bambi se detuvo al oírse llamar por su nombre. Un recuerdo le cruzó el corazón desde el timbre de esa voz, pero ya Faline saltaba hacia el extraño.

—¡Gobo! —llamó y enmudció. Estaba allí sin moverse. Se le había cortado el aliento.

—Faline... —dijo Gobo suavemente—, Faline... hermana... así que me reconociste...

Fue hacia ella y la besó en la boca. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Faline también lloraba y no podía hablar.

—Sí... Gobo... —empezó Bambi. Su voz tembló y estaba muy emocionado, profundamente conmovido y asombrado en grado sumo—. Sí... Gobo... ¿no estás muerto...?

Gobo soltó una carcajada.

—Ya ves... creo que bien se me nota que no estoy muerto.

—Pero... entonces... en la nieve...? —insistió Bambi.

—¿Entonces? —Gobo se irguió un poco—. Entonces Él me salvó...

—¿Y dónde estuviste todo este largo tiempo...? —preguntó Faline desconcertada.

Gobo respondió:

—Con Él... todo el tiempo con Él...

Calló, miró a Faline y a Bambi y se deleitó en su perplejo asombro. Luego añadió:

—Sí, queridos... he vivido mucho... más que todos vosotros juntos aquí en vuestro bosque...

Sonó un poco fanfarrón, pero todavía no lo notaban, estaban demasiado aturridos por la gran sorpresa.

—¡Cuenta! —exclamó Faline fuera de sí.

—Oh —dijo Gobo satisfecho—, podría contar días enteros y no acabaría con todo.

Bambi apremió:

—¡Pues cuenta!

Gobo se volvió a Faline y se puso serio.

—¿Sigue viviendo la madre? —preguntó con timidez y en voz baja.

—¡Sí! —exclamó Faline alegre—. Vive... pero hace tiempo que no la veo.

—¡Quiero ir con ella enseguida! —dijo Gobo con decisión—. ¿Venís?

Y se fueron.

En todo el camino no dijeron ya ninguna palabra. Bambi y Faline sentían la impaciente añoranza de Gobo por su madre, por eso callaron ahora los dos. Gobo avanzaba aprisa y permanecía mudo. Le dejaron hacer.

Solo a veces, cuando corría a ciegas ante un cruce de caminos, siempre recto, o cuando tomaba de pronto una dirección diferente, le llamaban muy quedamente.

—¡Por aquí! —susurraba entonces Bambi. O Faline decía:

—No... ahora por aquí...

Un par de veces tuvieron que cruzar amplios claros. Notaron que Gobo nunca se detuvo al borde de la espesura, nunca miró a su alrededor siquiera un instante para asegurarse antes de salir a campo abierto, sino que simplemente salía sin precaución ninguna. Bambi y Faline se intercambiaron miradas asombradas cada vez que ocurría. Pero no dijeron ninguna palabra y siguieron a Gobo con algo de reticencia.

Tuvieron que vagar así largo tiempo buscando, de acá para allá.

De pronto Gobo reconoció los caminos de su infancia. Estaba emocionado; no reparó en que Bambi y Faline le habían guiado, los miró y exclamó:

—¿Veis qué bien he encontrado el camino?

No dijeron nada. Solo volvieron a mirarse.

Poco después llegaron a una pequeña alcoba de follaje.

—¡Aquí! —gritó Faline y se escurrió dentro.

Gobo la siguió y se detuvo. Era la alcoba de follaje en la que los dos habían venido al mundo, en la que habían vivido de pequeños con la madre. Gobo y Faline se miraron muy de cerca a los ojos. No

dijeron ninguna palabra. Faline besó suavemente al hermano en la boca. Luego salieron aprisa.

Anduvieron todavía otra hora de aquí para allá. El sol brillaba cada vez más a través de las ramas, el bosque se hacía cada vez más silencioso. Era la hora de tumbarse y descansar. Pero Gobo no se sentía cansado. Avanzaba aprisa, respiraba hondo de impaciente emoción y miraba a su alrededor sin plan. Se sobresaltaba cuando una comadreja se deslizaba por debajo de él entre los manojos de hierba. Casi pisaba a los faisanes, que se apretaban al suelo, pero cuando estos levantaban el vuelo ante él con fuerte aleteo y regañando, se sobresaltaba mucho. Bambi se asombraba de lo extraño y ciego que iba Gobo.

Gobo se detuvo y se volvió a los dos.

—¡Sin encontrarla! —soltó desesperado.

Faline le tranquilizó.

—Enseguida —dijo emocionada—. Enseguida, Gobo.

Le miró. Tenía de nuevo la cara sin ánimo que ella tan bien conocía.

—¿Llamamos? —dijo sonriendo—. ¿Llamamos de nuevo... como de pequeños?

Pero Bambi ya caminaba más adelante. Solo unos pasos. Entonces vio a la tía Ena. Se había tumbado ya a descansar y yacía quieta a la sombra de un avellano, muy cerca.

—¡Por fin! —dijo para sí. En ese mismo instante llegaron también Gobo y Faline. Los tres estaban de pie el uno junto al otro y miraron hacia Ena. Esta había levantado ya tranquilamente la cabeza y les miraba adormilada.

Gobo dio unos pasos vacilantes y llamó suavemente:

—Madre...

Como alcanzada por un rayo, la que estaba tumbada estaba ahora en pie y se mantenía erguida como una muralla. Gobo saltó

rápidamente hacia ella:

—Madre... —empezó de nuevo, quiso hablar, pero no podía decir ni una palabra.

La madre le miró de cerca a los ojos. Su rigidez empezó a aflojarse; temblaba de modo que le recorría la espalda y los hombros ola tras ola.

No preguntó nada, no quería explicación ni relato. Lentamente besó a Gobo en la boca, le besó las mejillas, el cuello; sin parar le lavó con sus besos, como en la hora en que le había traído al mundo.

Bambi y Faline se habían ido.

CAPÍTULO XVI

Estaban juntos en la espesura, en un pequeño claro, y Gobo contaba.

El amigo liebre estaba también allí, levantaba sus orejas en cucurucho lleno de asombro, escuchaba con atención y las dejaba caer abrumado para subirlas enseguida una vez más.

La urraca estaba en la rama más baja de la joven haya y escuchaba desconcertada. El arrendajo estaba enfrente inquieto en un fresno y a veces gritaba asombrado.

Unos cuantos faisanes conocidos con sus señoras y sus hijos habían acudido, extendían el cuello admirados mientras escuchaban, lo retraían con sacudidas, giraban las cabezas de aquí para allá y se quedaban sin palabras.

La ardilla había llegado saltando y se comportaba muy agitada. A veces se deslizaba al suelo, a veces corría por este o aquel árbol, a veces se apoyaba en su cola levantada y mostraba el pecho blanco. Una y otra vez quería interrumpir a Gobo, quería decir algo, pero una y otra vez todos la mandaban a callar con severidad.

La ardilla tuvo que callarse. Estaba desesperada, apretaba las patitas delanteras contra el pecho blanco y se volvió a un coloquio con la urraca:

—Es que... un primo mío...

Pero la urraca simplemente le volvió la espalda.

Gobo contó maravillas.

—Los perros me encontraron —dijo—, los perros son terribles. Son de lejos lo más terrible que hay en todo el mundo. Su boca está llena de sangre, su voz está llena de ira y sin misericordia.

Miró a su alrededor en todo el círculo y continuó:

—...pues bien... desde entonces he jugado con ellos como con los de mi especie...

Era muy orgulloso.

—...ya no tengo que tener miedo de ellos, pues soy muy amigo suyo ahora. Sin embargo, cuando se ponen a rugir, me zumba la cabeza y el corazón se me pone muy tieso. No siempre quieren decir algo tan malo, y como he dicho, soy su amigo... pero su voz tiene un poder terrible.

Calló.

—¡Sigue! —instó Faline.

Gobo la miró.

—Pues, entonces me habrían desgarrado...

—...pero entonces vino Él!

Gobo hizo una pausa. Los otros apenas respiraban.

—Sí —dijo Gobo—. ¡Entonces vino Él! Llamó a los perros y se quedaron inmediatamente completamente callados. Llamó una vez más y yacían inmóviles ante Él en el suelo. Luego me levantó en brazos. Grité. Pero Él me acarició. Me sostuvo suavemente pegado a Él, no me hizo daño. Y luego me llevó...

Faline le interrumpió:

—¿Qué es eso de «llevar»?

Gobo empezó a explicárselo, detallado y con importancia.

—Muy sencillo —intervino Bambi—, mira, Faline, cómo lo hace la ardilla cuando sostiene una nuez y la lleva...

La ardilla quiso hablar al fin.

—...un primo mío... —empezó con ardor. Pero los otros gritaron enseguida: —¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que siga contando Gobo!

La ardilla tuvo que callarse. Estaba desesperada, apretaba las patitas delanteras contra el pecho blanco y se volvió a un coloquio con la urraca:

—Es que... un primo mío...

Pero la urraca simplemente le volvió la espalda.

Gobo siguió contando maravillas.

—Afuera hace frío y la tormenta aúlla. Pero dentro no hay viento y hace tanto calor como en verano.

—¡Hach! —chilló el arrendajo.

—Afuera el aguacero cae del cielo de modo que todo nada. Pero dentro no cae ni una gota y uno permanece seco.

Los faisanes dejaron que el cuello se les sacudiera y giraron las cabezas.

—Afuera había nieve por todas partes, pero dentro me encontraba en el calor, hacía ya bastante calor, y Él me daba heno para comer, castañas, patatas, nabos, todo lo que uno pudiera desear...

—¿¡Heno!?! —Todos preguntaron a la vez, desconcertados, incrédulos, emocionados.

—Heno fresco y dulce —repitió Gobo tranquilamente y miró triunfalmente a su alrededor.

La ardilla metió su voz:

—Un primo mío...

—¡Silencio! —gritaron los demás.

Y Faline le preguntó a Gobo con vehemencia:

—¿De dónde saca Él en invierno heno y lo demás?

—Lo hace crecer —respondió Gobo—, lo que Él quiere, lo hace crecer, iy lo que Él quiere, sencillamente está ahí!

Faline siguió preguntando:

—¿No tuviste siempre miedo, Gobo, allá con Él?

Gobo sonrió con mucha superioridad.

—No, querida Faline. En absoluto. Sabía muy bien que Él no me quería hacer daño. ¿Para qué habría tenido miedo? Todos vosotros creéis que Él es malo. Pero Él no es malo. Cuando quiere a alguien, cuando uno le sirve, es bueno. Maravillosamente bueno. Nadie en todo el mundo puede ser tan bueno como Él...

De pronto, mientras Gobo hablaba así, el Viejo salió silenciosamente del matorral.

Gobo no se dio cuenta y siguió contando. Pero los demás habían visto al Viejo y retuvieron el aliento de reverencia.

El Viejo estaba inmóvil y observaba a Gobo con ojos serios y profundos.

Gobo decía: —No solo Él solo, también Sus hijos me quisieron, también Su mujer y todos. Me acariciaron, me dieron de comer y jugaron conmigo...

Se interrumpió. Había visto al Viejo.

Se hizo el silencio.

Entonces preguntó el Viejo con su voz tranquila y autoritaria:

—¿Qué franja es esa que llevas en el cuello?

Todos miraron y vieron por primera vez la oscura raya de pelos apretados y rozados que bordeaba el cuello de Gobo.

Gobo respondió con inseguridad:

—¿Eso...? Eso es de la cinta que llevaba... es Su cinta... y... sí... y es el mayor honor llevar Su cinta... es...

Se confundió y balbuceó.

Todos callaron. El Viejo miró a Gobo largo rato, penetrante y tristemente.

—Desgraciado —dijo en voz baja, se volvió y se fue.

En el silencio de la consternación que siguió, la ardilla empezó a charlar:

—Es que... un primo mío también estuvo con Él... Él le atrapó y le encerró... oh, mucho tiempo, hasta que un día mi primo...

Pero nadie escuchó a la ardilla.

Se separaron.

CAPÍTULO XVII

Un día apareció de nuevo Marena.

Había sido entonces, en aquel invierno en que desapareció Gobo, casi ya adulta, pero desde entonces casi nunca se la había visto, pues siempre andaba sola y por caminos solitarios.

Se había quedado delgada y parecía muy joven. Pero era seria y callada y superaba a todos los demás en suavidad. Ahora había oído por boca de la ardilla, del arrendajo y la urraca, del tordo y el faisán que Gobo había regresado y había vivido cosas maravillosas. Entonces apareció, para verle.

La madre de Gobo estaba muy orgullosa y feliz por la visita. La madre de Gobo se había vuelto en general muy orgullosa en su felicidad. Le alegraba que todo el bosque hablara de su hijo, se

deleitaba en su fama y exigía que cada uno reconociera que su Gobo era el más inteligente, el más capaz y el mejor.

—¿Qué dices tú, Marena? —exclamó—. ¿Qué dices tú de Gobo?

No esperó la respuesta y continuó:

—¿Recuerdas todavía cómo la señora Nettla dijo que no valía gran cosa porque en el frío temblaba un poco... recuerdas cómo me profetizó que no me iba a dar muchas alegrías?

—Pues tuvo bastantes preocupaciones por Gobo —respondió Marena.

—¡Eso ya pasó! —exclamó la madre y le asombraba que alguien pudiera pensar todavía en esas cosas—. Ah, cuánto me pesa la pobre señora Nettla. Qué lástima que ya no viva y no pueda ver en qué se ha convertido mi Gobo.

—Sí, la pobre señora Nettla —dijo Marena en voz baja—, una pena lo que le pasó.

A Gobo le gustaba oír a su madre hablar así de él. Le complacía. Estaba allí y se sentía con aquellas alabanzas tan a gusto como al cálido sol.

La madre le contó a Marena:

—Hasta el viejo príncipe vino para ver a Gobo...

Lo dijo misteriosamente, susurrando y con solemnidad.

—Nunca antes se había dejado ver entre nosotros... ¡pero por Gobo vino!

—¿Por qué me dijo «desgraciado»? —intervino Gobo con tono descontento—. Me gustaría saber qué sentido se supone que tiene eso.

—Déjalo —le consoló la madre—, es viejo y extravagante.

Pero Gobo al fin desahogó su malestar:

—Desde hace días me ronda eso por la cabeza. ¡Desgraciado! No soy nada desgraciado. ¡Soy muy feliz! He visto más, he vivido más que todos los demás. Sé más del mundo y conozco la vida mejor que nadie aquí en el bosque. ¿Qué opinas tú, Marena?

—Sí —dijo ella—, nadie puede negártelo.

Desde ese día Marena y Gobo anduvieron siempre juntos.

CAPÍTULO XVIII

Bambi buscaba al Viejo. Vadeaba el bosque noche tras noche, vagaba a la hora del amanecer y a la hora del alba por caminos sin trazar, sin Faline.

A veces le llevaba también junto a Faline, a veces le gustaba todavía igual de bien estar con ella que antes, le parecía bien pasear con ella, oír su charla, comer con ella en el prado o al borde de las espesuras; pero eso ya no le bastaba del todo.

Antes había pensado en sus encuentros con el Viejo solo de vez en cuando y muy brevemente cuando estaba con Faline. Ahora estaba buscando al Viejo, sentía un deseo urgente e inexplicable de verle y solo recordaba de vez en cuando a Faline. A ella la podía tener siempre que quisiera. Estar con los demás, con Gobo, con la tía Ena, le atraía poco. Lo evitaba cuando podía.

La palabra que el Viejo había dicho sobre Gobo resonaba en Bambi. Le había afectado de manera curiosamente fuerte. Gobo le había conmovido extrañamente desde el primer día de su regreso. Bambi no sabía por qué, pero la vista de Gobo había tenido también para él algo que atormentaba desde el principio. Bambi se avergonzaba de Gobo sin saber por qué; y sentía miedo por él, sin saber por qué. Pero cuando ahora estaba con el despreocupado, seguro de sí mismo y contento de su orgullo Gobo, le venía constantemente a la mente esa única palabra: *iDesgraciado!* No podía quitársela de encima.

Sin embargo, en una noche oscura en que Bambi había asegurado de nuevo al mochuelo que se había asustado terriblemente, se le ocurrió de pronto preguntar:

—¿Sabe usted quizás dónde puede estar ahora el Viejo?

El mochuelo arulló que no tenía ni idea. Pero Bambi notó que solo no quería hablar.

—No —dijo—, eso no me lo creo. Usted es tan sabio, sabe todo lo que pasa en el bosque... seguramente sabe también dónde está el Viejo.

El mochuelo, que estaba completamente esponjado, pegó sus plumas al cuerpo y se volvió delgado.

—Naturalmente que lo sé —arulló aún más quedo—, pero no me atrevo a decirlo... de verdad que no me atrevo...

Bambi empezó a suplicar:

—No le voy a descubrir a usted... ¿cómo podría hacerlo, si le tengo en tanta estima...?

El mochuelo volvió a ser una hermosa pelota suave de color gris pardo y blanco, torció sus inteligentes y grandes ojos un poco, como siempre cuando se sentía a gusto, y preguntó:

—¿De modo que me estima usted de verdad? ¿Y por qué?

Bambi no vaciló.

—Porque es usted tan sabio —dijo honradamente—, y sin embargo tan alegre y tan amigable. Y porque tan diestramente sabe asustar a los demás. Es tan inteligente asustar a los demás, tan especialmente inteligente. Ojalá fuera yo capaz de eso, me sería de gran utilidad.

El mochuelo había hundido el pico en el plumón del pecho y era feliz.

—Bueno —dijo—, sé que el Viejo le aprecia a usted...

—¿Cree usted eso? —exclamó Bambi y su corazón empezó a latir con alegría.

—Sí, creo que sí —respondió el mochuelo—, le aprecia a usted, y por eso pienso que puedo atreverme y le voy a decir dónde está ahora...

Pegó sus plumas estrechamente al cuerpo y de pronto volvió a estar completamente delgado.

—¿Conoce usted el foso profundo donde crecen los sauces?

—Sí —asintió Bambi.

—¿Conoce al otro lado la joven espesura de robles?

—No —confesó Bambi—, nunca he estado al otro lado.

—Pues escuche bien —el mochuelo susurró—, al otro lado está la espesura de robles. Tiene que pasar por ella. Luego viene matorral, mucho matorral, avellano y álamo blanco, espino blanco y aligustre. En medio yace una vieja haya caída por el viento. Tiene que buscarla, pues desde allá abajo, desde donde está usted, no se puede ver tan fácilmente como desde arriba, desde el aire. Él está allí. Debajo del tronco. Pero... ¡no me descubra!

—¿Debajo del tronco?

—¡Sí! —El mochuelo rió—. ¡En ese lugar la tierra forma un hoyo! El tronco yace hueco sobre él. Y allí está.

—Gracias —dijo Bambi con calor—. No sé si lo voy a encontrar, pero doy las gracias mil veces.

Salió corriendo aprisa.

El mochuelo le siguió en silencioso vuelo y se puso a chillar justo encima de él.

—¡U-j! ¡U-ij!

Bambi se sobresaltó.

—¿Se asustó? —preguntó el mochuelo.

—Sí... —balbuceó, y esta vez dijo la verdad.

El mochuelo arulló contento y dijo:

—Solo quería recordarle una vez más: ¡no me descubra!

—¡Desde luego que no! —aseguró Bambi y salió corriendo.

Cuando llegó al foso, el Viejo emergió de la profundidad oscura como la noche, tan silencioso y tan de repente que Bambi se sobresaltó de nuevo.

—Ya no estoy donde me buscas —dijo el Viejo.

Bambi calló.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó el Viejo.

—Nada... —balbuceó Bambi—. Oh... nada... disculpe...

El Viejo dijo pasado un momento, y sonó suave:

—Hace tiempo que me buscas.

Esperó. Bambi callaba. El Viejo continuó:

—Ayer pasaste dos veces muy cerca de mí y esta mañana también dos veces, muy cerca...

—¿Por qué... —Bambi reunió su valor—, ¿por qué dijo usted eso de Gobo...?

—¿Crees que me equivoco?

—¡No! —gritó Bambi apasionadamente—. ¡No! ¡Siento que es verdad!

El Viejo asintió casi imperceptiblemente y sus ojos miraron a Bambi con más bondad que nunca.

Bambi dijo mirando esos ojos:

—Pero... ¿por qué?... No lo puedo entender.

—Con que lo sientas es suficiente. Lo entenderás más adelante. Adiós.

CAPÍTULO XIX

Todos notaron pronto que Gobo tenía un hábito de vida que les parecía extraño y preocupante. Dormía de noche, cuando los demás estaban despiertos y andaban. Pero de día, mientras los demás buscaban sus escondrijos para dormir, él estaba despierto y salía a pasear. Sí, salía cuando quería, sin vacilar, de la espesura, y estaba completamente tranquilo de pie en plena luz del sol en mitad del prado.

Bambi ya no pudo seguir callando.

—¿Es que no piensas nada en el peligro? —le preguntó.

—No —respondió Gobo sencillamente—, para mí no existe.

—Olvidas, querido Bambi —se entrometió la madre de Gobo—, olvidas que Él es su amigo. Gobo puede permitirse más que tú o que nosotros.

Y estaba muy orgullosa.

Bambi no dijo nada más.

Un día Gobo le observó:

—¿Sabes, a veces me parece extraño que coma aquí cuando quiero y donde quiero?

Bambi no entendió.

—¿Por qué habría de ser extraño? Lo hacemos todos.

—Sí... ivosotros! —dijo Gobo con superioridad—, pero conmigo eso es otra cosa. Estoy acostumbrado a que me traigan la comida y me llamen cuando está preparada.

Bambi miró a Gobo con compasión, miró a la tía Ena, a Faline y a Marena. Pero solo sonreían y admiraban a Gobo.

—Creo —empezó Faline—, que te costará acostumbrarte al invierno, Gobo. Aquí fuera en invierno no hay heno, ni nabos, ni patatas.

—Es verdad —respondió Gobo pensativo—, en eso no había pensado todavía. No me puedo imaginar ya cómo es eso. Tiene que ser terrible.

Bambi dijo tranquilamente:

—No es terrible. Solo es duro.

—Pues bien —declaró Gobo magnánimamente—, si se me hace muy duro, me voy sin más de nuevo con Él. ¿Para qué voy a pasar hambre? De verdad que no necesito eso.

Bambi se volvió sin decir una palabra y se fue.

Cuando Gobo estuvo de nuevo solo con Marena, empezó a hablar de Bambi.

—No me entiende —dijo—, el buen Bambi cree que sigo siendo el tonto y pequeño Gobo que era antes. Todavía no puede asimilar que me he vuelto algo especial. ¡El peligro! ¿Qué tiene él con el peligro? Lo dice con buena intención, estoy seguro, pero el peligro es algo para él y para los suyos, ino para mí!

Marena le dio la razón. Le quería y Gobo la quería y los dos eran muy felices.

—Mira —le dijo—, nadie me entiende tan bien como tú. Claro que no me puedo quejar. Me respetan y me honran en general. Pero tú me entiendes mejor. Los demás... por mucho que les cuente lo bueno que Él es, me escuchan, seguramente no piensan que miento, pero se quedan con que Él tiene que ser terrible.

—Yo siempre creí en Él —dijo Marena con entusiasmo.

—¿Ah, sí? —respondió Gobo indiferentemente.

—¿Recuerdas —continuó Marena—, el día en que te quedaste tendido en la nieve? Ese día dije yo que Él vendría un día a nosotros en el bosque y jugaría con nosotros...

—No —respondió Gobo lentamente—, de eso no me acuerdo.

Pasaron unas pocas semanas y amaneció una mañana en que Bambi y Faline, Gobo y Marena se encontraron en la vieja y familiar espesura de avellanos. Bambi y Faline volvían justo de su paseo, habían pasado junto al roble y querían buscar su lecho, cuando se tropezaron con Gobo y Marena. Gobo estaba a punto de salir al prado.

—Quédate con nosotros —dijo Bambi—, el sol saldrá enseguida, ahora nadie sale al descubierto.

—Qué ridículo —se burló Gobo—, si nadie sale... yo salgo.

Siguió caminando, Marena le siguió.

Bambi y Faline se habían quedado quietos.

—¡Ven! —dijo Bambi lleno de irritación a Faline—. ¡Ven! Que haga lo que quiera.

Quisieron seguir.

Entonces resonó afuera, al otro lado del prado, el arrendajo, en voz alta y de aviso.

Con un giro brusco Bambi se volvió y corrió tras Gobo. Justo ante el roble le alcanzó a él y a Marena.

—¿Lo oyes? —le increpó.

—¿Qué? —preguntó Gobo desconcertado.

De nuevo resonó el arrendajo desde el otro borde del prado.

—¿Es que no oyes? —repitió Bambi.

—No —dijo Gobo tranquilamente.

—¡Hay peligro! —instó Bambi.

Ahora chasqueó una urraca con claridad, luego enseguida otra y al instante detrás una tercera. Entre medias chilló el arrendajo una vez más, y desde lo alto del aire los cuervos daban señales.

Faline empezó ahora a suplicar:

—¡No salgas, Gobo! ¡Hay peligro!

Incluso Marena suplicó:

—¡Quédate aquí! Por mí, quédate hoy aquí... ¡hay peligro!

Gobo se mantenía allí y sonreía con superioridad.

—¡Peligro! ¡Peligro! ¿Qué me importa eso a mí?

Bambi tuvo un pensamiento que le dio la necesidad del momento:

—Deja al menos que salga Marena primero, para que veamos...

No había terminado todavía cuando Marena ya se había escurrido fuera.

Los tres se quedaron allí y la miraron. Bambi y Faline sin respirar, Gobo con evidente paciencia, como si quisiera dejar hacer su capricho a los demás.

Vieron cómo Marena salía paso a paso al prado, despacio, con la cabeza erguida, con patas vacilantes. Oteaba y olfateaba en todas las direcciones.

De pronto un giro rapidísimo, un alto salto, y como barrida por la tormenta, volvió disparada a la espesura.

—¡Él... Él está allí! —susurró con una voz ahogada de espanto—. Yo... yo... Le vi... Él está allí... —balbuceó—, allá, junto a los alisos está Él...

—¡Fuera! —gritó Bambi—. ¡Enseguida fuera!

—¡Ven! —suplicó Faline.

Y Marena, que apenas podía ya hablar, susurró:

—Te lo ruego, Gobo, ven ahora... te lo ruego...

Pero Gobo se mantuvo tranquilo.

—Corred, todo lo que podáis —dijo—, yo no os lo impido. Si Él está allí, le quiero saludar.

Gobo no era forma de retenerle.

Se quedaron allí y vieron cómo salía. Se quedaron, pues su gran confianza ejercía una coacción sobre ellos y al mismo tiempo el inmenso miedo por él les sujetaba. No podían moverse del sitio.

Gobo estaba de pie libremente en el prado, miró a su alrededor y buscó los alisos. Ahora parecía haberlos encontrado, ahora parecía haberle visto a Él. Entonces retumbó el trueno.

Gobo fue arrancado hacia arriba por el impacto, dio de pronto media vuelta y voló de vuelta a la espesura en saltos disparados.

Seguían allí, paralizados de espanto, cuando llegó. Oyeron su aliento silbar, se volvieron con él, que no se detuvo sino que siguió galopando en saltos sin sentido, le tomaron en medio y se entregaron a la huida completa.

Pero enseguida Gobo se derrumbó.

Marena se quedó quieta enseguida, muy cerca de él. Bambi y Faline un poco más lejos, listos para huir.

Gobo yacía con el flanco desgarrado y los intestinos brotando sangrientos. Levantó la cabeza con un movimiento giratorio y débil.

—Marena... —dijo penosamente—, Marena... Él no me reconoció...

La voz se le rompió.

El matorral crujió tumultuosamente y sin miramiento desde el prado.

Marena inclinó su cabeza hacia Gobo.

—¡Viene! —susurró urgente—. ¡Gobo... viene! ¿No puedes levantarte y venirte conmigo...?

Gobo levantó de nuevo con debilidad el cuello con movimientos giratorios, se agitó con sacudidas y quedó tendido.

Con crujido, chasquido y susurro los arbustos se abrieron y Él se acercó.

Marena Le vio muy cerca. Lentamente retrocedió, desapareció detrás del matorral más próximo, corrió hacia Bambi y Faline.

Una vez más se volvió, entonces vio cómo Él se inclinó sobre el caído y le asió.

Luego oyeron el lastimoso grito de muerte de Gobo.

CAPÍTULO XX

Bambi estaba solo. Fue al agua, que fluía silenciosa entre cañaverales y sauces ribereños.

Cada vez más frecuentemente venía aquí ahora que andaba solo. Aquí había pocos caminos y aquí casi nunca se encontraba con ninguno de los suyos. Precisamente eso quería él. Pues su ánimo se había vuelto serio y el corazón pesado. Lo que pasaba en él no lo sabía, no pensaba tampoco en ello para nada. Solo rumiaba sin plan ni concierto, y le parecía que toda la vida se había vuelto más oscura.

Solía estar largo rato de pie en la orilla. El curso de agua, que pasaba aquí en suave curva, ofrecía una vista amplia. El aliento fresco de las olas traía olores amargos, desusados y refrescantes, cuya feroz despertaba despreocupación y confianza. Bambi estaba allí y miraba a los patos, que estaban aquí reunidos en sociedad. Hablaban unos con otros sin cesar, amistosa, seria e inteligentemente. Eran algunas madres, y cada una tenía alrededor una larga prole, que era instruida sin cesar y aprendía incansablemente. A veces una u otra de las madres daba una señal de aviso. Entonces los patos jóvenes salían disparados en todas las direcciones, sin vacilar, como sembrados se deslizaban separados, completamente silenciosos. Bambi veía un momento cómo los pequeños, que aún no podían volar, se deslizaban por el denso cañaveral, con cautela, sin rozar un tallo para que no se meciera delatando. Aquí y allá veía los oscuros y pequeños cuerpos deslizarse despacio en los juncos. Luego ya no veía nada. Una breve

llamada de la madre y en un instante todos venían girando de vuelta. En un instante su escuadrón estaba de nuevo reunido y empezaban, como antes, a cruzar pausadamente. Bambi lo admiraba siempre de nuevo. Era como un truco.

Después de tal alarma le preguntó una vez a una de las madres:

—¿Qué pasó antes? Lo observé con cuidado, pero no noté nada.

—Tampoco había nada —respondió la pata.

Otra vez uno de los hijos había dado la señal de aviso, se había vuelto como un rayo, iba por el cañaveral derecho hacia la parte de la orilla donde estaba Bambi, y subió.

Bambi le preguntó al pequeño:

—¿Qué fue ahora? No noté nada.

—Tampoco había nada —respondió el joven, sacudió las plumas de la cola con presunción, colocó cuidadosamente los extremos de las alas sobre ellas y volvió al agua.

Aun así Bambi confiaba en los patos. Comprendió que eran más vigilantes que él, que oían con más agudeza y veían mejor. Cuando estaba aquí, la tensión constante que le llenaba cedía un poco.

También le gustaba hablar con los patos. No decían las tonterías que ya había oído tantas veces de los demás. Contaban sobre el amplio aire, sobre el viento y sobre lejanos campos, donde uno se deleitaba en exquisitos manjares.

A veces Bambi veía algo pequeño cruzar veloz a su lado por el aire, muy cerca de la orilla, como un relámpago de color de fuego. *iSrrr-ih!*, gritaba el martín pescador en voz baja para sí y pasaba a la velocidad del rayo. Un pequeño y vibrante punto. Ardía en azul y verde, centelleaba en rojo, brilló y había desaparecido. Bambi se asombró entusiasmado, deseó ver al extraño misterioso de cerca, y le llamó.

—No se moleste —le dijo la focha desde el denso cañaveral—. No se moleste, ese no le responde a usted de todos modos.

—¿Dónde está usted? —preguntó Bambi y escrutó el cañaverl.

Pero en un lugar completamente diferente rió la focha con claridad.

—¡Aquí estoy! Ese tipo hurraño al que acaba usted de hablar no habla con nadie. Es completamente inútil llamarle.

—¡Es tan hermoso! —dijo Bambi.

—¡Pero malo! —respondió la focha, esta vez desde otro sitio.

—¿Por qué lo cree usted? —preguntó Bambi.

Desde un lado completamente diferente respondió la focha:

—No se preocupa de nadie ni de nada. Pase lo que pase. Nunca saluda y nunca ha dado las gracias por un saludo. Nunca le da una señal a nadie cuando hay peligro cerca. Jamás ha hablado ni una palabra con nadie.

—El pobre... —dijo Bambi.

La focha continuó y su voz alegre y piante sonaba ahora desde otro sitio:

—Probablemente cree que le envidian sus cuatro colores y no quiere ni que nadie le mire bien.

—Usted tampoco se deja ver —observó Bambi.

La focha estuvo enseguida ante él.

—En mí no hay nada que ver —dijo sencillamente.

Estrecha, brillante del agua, estaba allí con su sencillo traje, con su figura delicada, inquieta, móvil y alegre. Y en un santiamén había desaparecido de nuevo.

—No entiendo cómo se puede estar tanto tiempo en un sitio —llamó desde el agua. Y desde otro sitio añadió:

—Eso es aburrido y peligroso, estar tanto tiempo en un sitio.

De nuevo desde otro sitio profirió unas cuantas exclamaciones alegres.

—¡Hay que moverse! —llamó alegremente—. ¡Si se quiere vivir seguro y saciado, hay que moverse!

Un suave crujido de los tallos de hierba sobresaltó a Bambi. Miró a su alrededor. Allí, en el talud, brilló algo rojizo y desapareció en el cañaveral. Al mismo tiempo le llegó en el aliento una fera cálida y acre. Allá se escabullía el zorro. Bambi quiso llamar y golpear el suelo con advertencia, entonces el cañaveral se abrió con brusco salto, el agua salpicó y desesperadamente gritó una pata. Bambi oyó el chasquido de sus alas, vio su cuerpo blanco brillar en el verde, y vio ahora cómo sus alas abofeteaban con fuerte golpeteo las mejillas del zorro. Luego se hizo el silencio.

Poco después el zorro subió por el talud con la pata en las fauces. El cuello de la pata colgaba lánguido, sus alas se movían todavía un poco, el zorro no lo tuvo en cuenta. Con ojos irónicamente penetrantes miró de reojo a Bambi y se adentró despacio en la espesura.

Bambi se mantuvo inmóvil.

Con chasquido habían levantado el vuelo algunos de los patos viejos y habían huido en un vuelo fuera de sí. La focha daba gritos de aviso en todas las direcciones. Las mesas en el matorral gorjeaban excitadas, los patos jóvenes salieron disparados en el cañaveral y se lamentaban, huérfanos, con suaves sonidos.

El martín pescador pasó centelleante por la orilla.

—¡Por favor! —llamaron los patos jóvenes—. ¡Por favor, vio usted a nuestra madre?

—¡Srrr-ih! —chiló el martín pescador y pasó centelleando—. ¡Qué me importáis vosotros!

Bambi se volvió y se fue. Vagó por una maraña de varas de oro, cruzó un llano de altas hayas, atravesó viejo matorral de avellanos, hasta que llegó al borde del gran foso. Aquí rondó desorientado, con

la esperanza de encontrar al Viejo. Hacía tiempo que no le había visto, desde la muerte de Gobo.

Ahora le vio ya de lejos y corrió hacia él.

Fueron un rato en silencio el uno junto al otro.

Entonces preguntó el Viejo:

—¿Siguen hablando mucho de él?

Bambi entendió que Gobo era a quien se refería y respondió:

—No lo sé... ahora estoy casi siempre solo...

Vaciló:

—...pero... tengo que pensar mucho en él.

—¡Ah! —dijo el Viejo—. ¿Estás ahora solo?

—Sí —dijo Bambi con expectación, pero el Viejo calló.

Siguieron caminando. De pronto el Viejo se detuvo.

—¿No oyes nada?

Bambi escuchó. No, no oía nada.

—¡Ven! —llamó el Viejo y avanzó aprisa. Bambi le siguió.

De nuevo se detuvo el Viejo.

—¿Todavía no oyes nada?

Ahora Bambi percibió un ruido que no entendía. Era como de ramas que son tiradas hacia abajo y se enderezan con rebeldía. A la vez algo golpeaba sordo e irregularmente contra el suelo.

Bambi quiso volverse para huir.

—¡Ven! —llamó el Viejo y corrió en la dirección del ruido. Bambi a su lado se atrevió a preguntar:

—¿No hay peligro allá?

—¡Sí! —respondió el Viejo sombrío—. ¡Allá hay gran peligro!

Pronto vieron las ramas, que eran tiradas y sacudidas de abajo a sacudidas tormentosas. Se acercaron y notaron que un estrecho sendero discurría en mitad del matorral.

El amigo liebre estaba en el suelo, se lanzaba de un lado a otro, agitaba las patas, yacía quieto, volvía a agitar y cada uno de sus movimientos tiraba de las ramas sobre él.

Bambi descubrió una raya oscura, como una enredadera. Aquella se estiraba tensa desde una rama hacia el amigo liebre y le rodeaba el cuello.

Ahora el amigo liebre debió de haber oído que alguien se acercaba. Se lanzó hacia arriba como un loco, cayó al suelo, quiso huir, rodó arrastrado hacia la hierba y se agitó.

—¡Quédate quieto! —le increpó el Viejo, y compasivamente, con una voz suave que llegó a Bambi al corazón, repitió muy cerca de él:

—Tranquilo, amigo liebre, soy yo! No te muevas ahora. Quédate completamente quieto.

Inmóvil yacía la liebre aplastada en el suelo. Su aliento estrangulado ronroneaba suavemente.

El Viejo cogió la rama entre los labios, la tiró hacia abajo, poniéndose con habilidad sobre ella, la sujetó bajo los duros cascos de sus patas al suelo y la partió con un solo golpe de su corona.

Luego se inclinó hacia la liebre.

—Quietos —dijo—, aunque duela.

Con la cabeza inclinada a un lado, puso una punta de su corona junto al cogote de la liebre, la presionó detrás de las orejas firmemente en el pelaje, palpó con ella y asintió. La liebre empezó a agitarse.

El Viejo se echó atrás al instante.

—¡Quietos! —mandó—. ¡Te va la vida!

Empezó de nuevo. La liebre estaba quieta y ronroneando. Bambi estaba allí en mudo asombro.

Ahora la punta del Viejo, presionada firmemente en el pelaje de la liebre, había metido por debajo el lazo. El Viejo se arrodilló casi, giró como un taladro la cabeza, empujó la corona más y más hondo en el lazo, que al fin cedió y empezó a aflojarse.

La liebre recuperó el aliento y al instante estalló su angustia, estallaron sus dolores a grandes voces.

—¡Eh... eh... eh!

Lloraba lastimosamente.

El Viejo se detuvo.

—Cállate —dijo con suave reproche—, icállate!

Su boca estaba pegada al hombro de la liebre, su corona se alzaba con una punta entre las orejas y parecía que había ensartado a la liebre.

—Qué tonto puedes ser llorando ahora —murmuró sin dureza—. ¿Quieres que venga el zorro? ¿Sí? Pues ya está. Contrólate.

Siguió trabajando, despacio, con cuidado, con esfuerzo. De pronto el lazo cedió con un largo resbalón. La liebre se escurrió fuera y era libre, sin que lo supiera en el momento. Dio un paso y se quedó aturdida sentada. Luego saltó. Primero despacio, tímida, luego cada vez más rápido. Al final corrió en saltos salvajes.

Bambi le siguió con la mirada.

—¡Sin dar las gracias! —exclamó desconcertado.

—Todavía está completamente fuera de sí —dijo el Viejo.

El lazo yacía redondo en el suelo. Bambi lo empujó ligeramente; tintineó, y Bambi se sobresaltó. Era un sonido que no pertenecía al bosque.

—¿Él...? —preguntó Bambi en voz baja.

El Viejo asintió.

Fueron callados el uno junto al otro.

—Ten cuidado —dijo el Viejo—, cuando vayas por un camino, explora las ramas, extiende la corona hacia adelante, arriba y abajo, y da la vuelta enseguida cuando oigas ese tintinear. Pero cuando llegue la época en que no lleves corona, ten doble cuidado. Yo ya no voy por ningún camino desde hace mucho.

Bambi cayó en agitada reflexión.

—Él no está ahí... —susurró profundamente asombrado para sí.

El Viejo respondió:

—No... ahora Él no está en el bosque...

—¡Y aun así Él! —Bambi sacudió la cabeza.

El Viejo continuó y su voz estaba llena de amargura:

—¿Cómo dijo vuestro Gobo...? ¿No os hizo creer que Él es todopoderoso y misericordioso...?

Bambi susurró:

—¿Es que no es todopoderoso?

—Igual de misericordioso que todopoderoso —gruñó el Viejo.

Desalentado dijo Bambi:

—...a Gobo... a él sí fue bueno Él...

El Viejo se detuvo.

—¿Crees eso, Bambi? —preguntó tristemente.

Por primera vez llamó a Bambi por su nombre.

—¡No lo sé! —gritó Bambi atormentado—. ¡No lo entiendo!

El Viejo dijo despacio:

—Hay que aprender a vivir... y estar en guardia.

CAPÍTULO XXI

Una mañana llegó y trajo el infortunio sobre Bambi.

El pálido gris del primer crepúsculo se escabullía en el bosque. De los prados se levantaba una niebla blanca como la leche y a su alrededor estaba extendido aquel silencio que respira el paso de las horas. Aún no habían despertado los cuervos, ni las urracas, y el arrendajo dormía.

Bambi había encontrado a Faline en aquella noche. Le miró triste y estaba muy tímida.

—Estoy tan sola —dijo en voz baja.

—También yo estoy solo —respondió Bambi vacilando.

—¿Por qué ya no te quedas conmigo? —preguntó Faline humildemente, y le dolió que la alegre y atrevida Faline fuera ahora tan seria y sumisa.

—Tengo que estar solo —respondió. Por muy suavemente que lo hubiera querido decir, sonó duro. Lo oyó él mismo.

Faline le miró y preguntó muy quedamente:

—¿Aún me quieres?

Bambi respondió igual de quedamente:

—No lo sé.

Entonces ella se fue calladamente de su lado y le dejó solo.

Ahora estaba bajo el gran roble al borde del prado, oteaba con cuidado hacia afuera y bebía el viento matinal, que estaba limpio de toda feroz, que olía húmedo y fresco a tierra, a rocío y a hierba y a madera mojada. Bambi respiró hondo. De pronto le pareció libre el ánimo, como hacía tiempo no. Alegre salió al prado envuelto en niebla.

Entonces retumbó un trueno.

Bambi sintió un golpe terrible que le hizo tambalear.

Loco de espanto saltó de vuelta a la espesura y corrió. No entendió lo que había pasado, no podía atrapar ni un solo pensamiento, solo corría y corría. El espanto abrazaba su corazón de modo que el aliento le abandonó mientras seguía precipitándose a ciegas. Pero de pronto le atravesó un dolor punzante que creía no poder soportar. Sintió cómo le corría caliente por el muslo izquierdo, un delgado y ardiente hilo, que venía de donde el dolor le pinchaba. Bambi tuvo que detenerse en su carrera. Le obligó a ir más despacio. Luego sintió cómo se ponía cojo en el lomo y en las patas. Y se desplomó.

Era un alivio tumbarse así y descansar.

—¡Levanta! ¡Bambi! ¡Levanta! —El Viejo estaba junto a él y le empujaba suavemente en el hombro.

Bambi quiso responder: *no puedo*, pero el Viejo repitió:

—¡Levanta! ¡Levanta!

Y había tal urgencia en su voz y tal ternura, que Bambi se calló. También el dolor que le sacudía calló un momento.

Ahora dijo el Viejo con prisa y angustia:

—¡Levántate! ¡Tienes que marcharte, hijo mío!

Hijo mío... Era como si esa palabra se le escapara, y Bambi se puso en pie en un instante.

—¡Así! —dijo el Viejo, respiró hondo y siguió hablando con insistencia:

—Ahora ven conmigo... solo siempre conmigo...

Avanzó aprisa. Bambi le siguió, pero era su anhelo ardiente deslizarse al suelo, estar quieto y descansar.

El Viejo parecía adivinarlo y le habló sin cesar.

—Ahora tienes que aguantar todos los dolores, ahora no puedes pensar en tumbarte... ni pensarlo siquiera, pues eso solo ya te cansa. Ahora tienes que salvarte... ¿me entiendes, Bambi?... salvarte... o estás perdido... piensa solo en que Él va detrás de ti... ¿me entiendes, Bambi?... y Él te mata sin misericordia... ven por aquí... así, solo siempre por aquí... ya irá... tiene que ir...

Bambi ya no tenía fuerzas para pensar. El dolor rugía en él a cada paso, le quitaba el aliento y el sentido, y el ardiente hilo que le bajaba por el muslo le quemaba una profunda y soñadora emoción en el corazón.

El Viejo trazó un amplio círculo alrededor. Duró largo rato. Bambi advirtió a través del velo de dolor y debilidad con asombro que de pronto pasaban de nuevo junto al gran roble.

Allí el Viejo se detuvo y olfateó en el suelo.

—¡Aquí! —susurró—, aquí... está Él... y aquí... el perro... ¡Ven ahora... más rápido!

Corrieron.

De pronto el Viejo volvió a detenerse.

—¿Ves...! —exclamó—, aquí... aquí estuviste tú tirado en el suelo...

Bambi vio la hierba aplastada y en ancha laguna su propia sangre, que iba empapando la tierra.

El Viejo olfateó el sitio con cuidado.

—Ya estuvieron aquí... Él y el perro... —dijo—, ¡ven ahora!

Avanzó despacio, olfateando de nuevo sin cesar.

Bambi veía las gotas rojas brillar en las hojas de los arbustos y en los tallos.

Por aquí ya pasamos, pensó, pero no podía hablar.

—¡Así! —dijo el Viejo y estaba casi alegre—, ahora estamos detrás de ellos...

Anduvo un rato más por el mismo rastro. Luego de pronto trazó un quiebro brusco y empezó un nuevo círculo. Bambi le siguió tambaleante.

Por segunda vez llegaron, pero esta vez desde el lado opuesto, al roble, llegaron por segunda vez al lugar donde Bambi había caído, luego el Viejo tomó de nuevo una dirección diferente.

—¡Come de esto! —mandó, se detuvo, apartó la hierba a un lado y señaló unas pocas pequeñas hojas, cortas y verde oscuras, carnosas y vellosas que brotaban del suelo.

Bambi obedeció. Sabía terriblemente amargo y olía de manera repugnante.

Pasado un rato preguntó el Viejo:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor —respondió Bambi rápidamente. De pronto podía hablar de nuevo, sus sentidos estaban claros, su cansancio aliviado.

Pasado otro rato mandó el Viejo:

—Ve tú delante.

Y cuando hubo marchado un rato detrás de Bambi, dijo:

—¡Por fin!

Se detuvieron.

—Tu sangre está detenida —habló el Viejo—, ya no mana de tu herida, ya no gotea de tus venas y no volverá pues a delatarte, no mostrará a Él y a Su perro el camino hasta tu vida.

El Viejo parecía fatigado y con esfuerzo, pero en su voz resonaba alegría.

—Ven ahora —continuó—, ahora descansarás.

Llegaron al ancho foso que Bambi nunca había cruzado. El Viejo bajó, Bambi intentó seguirle, pero le costó gran esfuerzo escalar el escarpado talud al otro lado. El dolor empezó a sacudirle de nuevo con fuerza. Trastabilló, se recobró, volvió a trastabillar y respiró hondo.

—No puedo ayudarte —dijo el Viejo—, itienes que subir!

Y Bambi llegó hasta arriba. Sintió el ardiente hilo de nuevo en el muslo, sintió que sus fuerzas se agotaban por segunda vez.

—Vuelves a sangrar —dijo el Viejo—, lo esperaba. Pero solo es poco... y...

En un susurro añadió:

—Ahora ya no importa.

Muy despacio anduvieron por un salón de hayas altísimas como el cielo. El suelo era suave y liso. Era fácil caminar sobre él. Bambi sintió añoranza de tumbarse aquí, de estirarse y no mover más un miembro. No podía más. Le dolía la cabeza, le zumbaba en los oídos, sus nervios temblaban y la fiebre empezó a sacudirle. Se le oscureció ante los ojos. En él no quedaba nada más que el deseo de descanso y un asombrado indiferente que su vida hubiera sido de pronto interrumpida y cambiada. Que alguna vez había caminado sano e ileso por el bosque... aquella mañana... hace menos de una hora... aquello le parecía ahora como la dicha de un tiempo lejano y hace mucho desvanecido.

Pasaron por una baja espesura de robles y sanguinos. Un poderoso tronco de haya partido yacía profundamente encajado en el matorral ante ellos y cerraba el camino.

—Ya estamos... —oyó Bambi decir al Viejo. Fue a lo largo del tronco de haya, Bambi fue detrás y casi cae en un hoyo que se abría

aquí.

—¡Así! —habló el Viejo en ese momento—, ahí puedes tumbarte.

Bambi se desplomó y no se movió más.

Bajo el tronco de haya caído el hoyo era aún más profundo y formaba una pequeña cámara. El matorral, por fuera en el borde, se juntaba sobre uno cuando se entraba, y protegía de todas las miradas. Si uno estaba allá abajo, parecía haber desaparecido.

—Aquí estás seguro —dijo el Viejo—, aquí te quedas.

Pasaron días.

Bambi yacía en la tierra cálida, con la corteza carcomida del árbol caído sobre él, escuchó sus dolores crecer en su cuerpo, hacerse más fuertes, ceder, alejarse de él y hundirse, cada vez más suaves y más suaves. A veces salía a rastras, se ponía débil y tambaléandose sobre cansadas e inseguras patas, daba unos pasos tiesos para buscar alimento. Ahora comía hierbas a las que antes nunca había prestado atención, que ni siquiera había notado. Pero ahora de pronto se ofrecían, le llamaban con su aroma de extraña y seductora agudeza. Lo que antes había desdeñado, lo que había vuelto a escupir cuando le llegaba sin querer entre los labios, le parecía ahora sabroso y aromático. Algunas pequeñas hojas, algunos cortos y macizos tallos también le resistían ahora, pero comía de ellos igualmente como por compulsión y su herida cicatrizaba más rápido, sus fuerzas volvían perceptiblemente.

Estaba salvado. Pero no abandonó todavía el hoyo, solo daba vueltas un poco de noche y permanecía quieto en su lecho durante el día. Solo ahora, cuando su cuerpo ya no sentía dolor, Bambi revivió en pensamiento todo lo que había ocurrido, y un gran espanto se despertó en él, una profunda conmoción recorrió su ánimo. No podía sacudirse aquello, todavía no podía levantarse y andar como de costumbre. Yacía y estaba agitado, estaba alternativamente horrorizado, avergonzado, asombrado, conmovido, a veces lleno de melancolía, a veces de felicidad de nuevo.

El Viejo seguía siempre con él. Al principio había estado a su lado día y noche. Ahora le dejaba a veces solo, especialmente cuando notaba que Bambi caía en ensimismamiento. Pero permanecía constantemente muy cerca.

Llegó una tarde, después de relámpagos y truenos y lluvia de tormenta, con el cielo azul barrido y limpio sobre el que el sol poniente resplandecía. En las copas de los árboles a su alrededor cantaban en voz alta los mirlos, trinaban los pinzones, en el matorral susurraban los herrerillos, en la hierba y bajo los arbustos en el suelo resonaba el metálico cacareo explosivo de los faisanes en breves llamadas, el pájaro carpintero reía con alegre carcajada y las palomas arrullaban con íntimo anhelo de amor.

Bambi salió de su hoyo. La vida era hermosa.

El Viejo estaba allí, como si hubiera esperado.

Pasearon juntos.

Pero al foso, al otro lado, con los demás, Bambi ya no regresó.

CAPÍTULO XXII

En una noche que el otoño al caer de las hojas susurraba, el mochuelo chillaba penetrante entre las copas. Luego esperó.

Pero Bambi le había visto ya de lejos a través del follaje, que se iba aclarando, y se quedó quieto.

El mochuelo voló más cerca y chilló aún más fuerte. Luego esperó. Pero Bambi tampoco dijo nada.

Entonces el mochuelo ya no pudo aguantar más.

—¿No se ha asustado usted? —preguntó descontento.

—Sí —respondió Bambi suavemente—. Un poco.

—Ajá —arulló el mochuelo ofendido—, solo un poco. Antes siempre se asustaba terriblemente. Era una verdadera satisfacción lo que se asustaba. En qué puede basarse eso de que ahora solo se asuste un poco...

Se irritó y repitió:

—Solo un poco...

El mochuelo era ahora viejo y por eso era aún más vanidoso y susceptible que nunca.

Bambi quiso responder: *tampoco antes me asustaba, nunca, solo lo decía para darle una alegría*. Pero guardó esta confesión para sí. El buen y viejo mochuelo le daba lástima, viéndole así sentado y enojado. Intentó tranquilizarle.

—Quizás se deba a que estaba pensando en usted —dijo.

—¿Cómo? —El mochuelo volvió a animarse—. ¿Cómo? ¿Estaba usted pensando en mí?

—Sí —respondió Bambi vacilando—, justo cuando usted empezó a gritar. Si no, me habría asustado naturalmente igual que siempre.

—¿De verdad? —arulló el mochuelo.

Bambi no pudo resistir. ¿Qué importaba? Que el pequeño y viejo fulano se alegrara.

—De verdad —confirmó y continuó—... me alegra... pues me sacude de arriba abajo cuando de repente le oigo.

El mochuelo esponjó las plumas, se convirtió en una pelota suave, nublada de gris pardo y blanco claro, y fue feliz.

—Es agradable que haya pensado usted en mí... muy agradable... —arulló tiernamente—. Hace mucho que no nos vimos.

—Mucho —dijo Bambi.

—¿Ya no va usted por los viejos caminos? —preguntó el mochuelo.

—No... —Bambi lo dijo despacio—. Los viejos caminos ya no los voy.

—Ahora me muevo también más por el mundo que antes —observó el mochuelo con grandiosidad.

Callaba que le había echado de su antiguo e inmemorialmente propio territorio un joven y sin escrúpulos rival.

—Uno no puede quedarse siempre en el mismo sitio —añadió todavía. Luego esperó respuesta.

Pero Bambi se había ido. Sabía ahora casi igual que el Viejo el arte de desaparecer silenciosa y repentinamente.

El mochuelo estaba indignado.

—Qué desvergonzado... —arulló para sí. Se sacudió, hundió el pico en el pecho y filosofó para sus adentros:

—No se debe creer que con los señores distinguidos hay amistad. Por muy amables que sean... un día se vuelven desvergonzados... y entonces uno se queda así de tonto, como yo me quedo ahora...

De pronto cayó verticalmente como una piedra al suelo. Había visto un ratón, que ahora solo chilló una única vez en sus garras. Le despedazó, pues estaba lleno de ira. Más rápido que de costumbre había engullido el pequeño bocado. Luego se fue volando.

—¿Qué me importa este Bambi? —pensaba—. ¿Qué me importa toda la gente distinguida? ¡Nada me importa!

Empezó a gritar. Tan penetrante, tan sin parar, que un par de palomas torcaces ante las que pasó despertaron y salieron disparadas de sus sitios con fuerte aleteo.

Durante muchos días la tormenta barrió el bosque y arrancó el último follaje de las ramas. Ahora los árboles estaban completamente desnudos.

Bambi caminaba al alba de vuelta a casa, para dormir en el hoyo junto al Viejo.

Una voz fina le llamó, dos, tres veces rápidamente seguidas. Se detuvo. Entonces la ardilla se deslizó como un rayo de las ramas y estaba ante él en el suelo.

—¡Así que es usted de verdad! —siseó con devoto asombro—. Le reconocí enseguida cuando pasó a mi lado, pero no me lo quería creer...

—¿Cómo llega usted aquí...? —preguntó Bambi.

La carita alegre ante él se puso muy afligida.

—El roble se fue... —empezó a lamentarse—, mi hermoso y viejo roble... ¿recuerda usted? Fue terrible... Él le derribó.

Bambi agachó la cabeza tristemente. El maravilloso árbol viejo le dolía en el alma.

—Qué rápido fue —contó la ardilla—, todos los que vivíamos en el árbol huimos y miramos cómo Él le mordía con un enorme y brillante

diente al viejo roble. El árbol gritó de su herida en voz alta. Gritaba sin parar y el diente gritaba... era espantoso de oír. Luego el pobre hermoso árbol cayó. Cayó fuera al prado... todos lloramos.

Bambi guardó silencio.

—Sí... —suspiró la ardilla—, Él puede todo... Él es todopoderoso...

Miró a Bambi con grandes ojos y aguzó las orejas, pero Bambi guardó silencio.

—Ahora todos estamos sin techo... —siguió hablando la ardilla—, no sé siquiera adónde se han dispersado los demás... Yo he venido aquí... pero un árbol así no lo encuentro pronto.

—El viejo roble... —dijo Bambi para sí—, desde mis días de niño le conocía.

—¡No, pero si es usted de verdad! —La ardilla se puso completamente alegre—. Todos creían que usted tenía que estar muerto hace mucho. Claro que a veces se decía que seguía viviendo... a veces se contaba que este o aquel le había visto... pero no se podía saber nada concreto, y así se tomó por un rumor vacío...

La ardilla le miraba con curiosidad.

—Pues ya... porque usted no volvió.

Se le notaba la curiosidad, tal como estaba sentada esperando una respuesta.

Bambi guardó silencio. Pero también en él se agitó una suave y angustiada curiosidad. Quería preguntar. Por Faline, por la tía Ena, por Ronno y Karus, por todos los compañeros de su juventud. Pero calló.

La ardilla seguía allí ante él y le miraba.

—¡Esa corona! —gritó admirada—, ¡esa corona! Nadie excepto el viejo príncipe, nadie en todo el bosque tiene una corona así.

En otras circunstancias Bambi se habría sentido encantado y halagado por esa aprobación. Ahora solo dijo indiferentemente:

—¿Ah, sí? Puede ser...

La ardilla asintió rápidamente con la cabeza.

—¡De verdad! —se asombró—, ¡de verdad, ya empieza usted a ponerse gris!

Bambi siguió su camino.

La ardilla notó que la conversación había llegado a su fin y se balanceó en las ramas.

—Buenos días —llamó desde abajo—, ¡adiós! Ha sido un placer. Si me encuentro con alguno de sus viejos conocidos, le contaré que vive usted... todos se alegrarán.

Bambi lo oyó y sintió de nuevo ese suave movimiento en su corazón. Pero no dijo nada. *Uno debe quedarse solo*, le había enseñado el Viejo, en aquellos tiempos en que Bambi era todavía un niño. Y el Viejo le había abierto muchos conocimientos, muchos secretos, más tarde hasta el día de hoy. Pero de todas sus enseñanzas, aquella había sido la más importante: *uno debe quedarse solo. Si uno se quiere conservar, si uno quiere comprender la existencia, si uno quiere alcanzar la sabiduría, uno debe quedarse solo.*

Pero, había preguntado Bambi una vez, *pero nosotros dos, nosotros estamos ahora siempre juntos...*

Ya no por mucho tiempo, había respondido el Viejo entonces.

Aquello era hacía pocas semanas.

Ahora se le ocurrió de nuevo a Bambi, y de pronto se le ocurrió que la primera palabra del Viejo, la primera de todas, también había sido sobre la soledad. Aquel día en que Bambi era todavía un niño y llamaba a su madre. Entonces el Viejo había venido hacia él y le había preguntado: *¿No puedes estar solo?*

Bambi siguió su camino.

CAPÍTULO XXIII

El bosque yacía de nuevo en la nieve y enmudeció bajo el espeso y blanco manto. Solo el llamado de los cuervos se dejaba oír, solo de vez en cuando el preocupado chasqueo de una urraca, solo el asustado y suave charlar de los herrerillos. Luego la helada arreció y todo calló. Entonces el aire empezó a sonar de frío.

Una mañana el ladrido de los perros rompió el profundo silencio.

Era un ladrido incesante y precipitado que corría rápido por el bosque, comprimido, claro y en sonidos discutidores y trepados que se cortaban.

En el hoyo bajo el tronco de haya caído, Bambi levantó la cabeza y miró al Viejo, que yacía junto a él.

—No es nada —respondió el Viejo a la mirada de Bambi—, nada que nos concierna.

Sin embargo escucharon los dos.

Allí yacían en su hoyo, tenían el viejo tronco de haya como techo protector sobre ellos, la alta nieve les protegía de la corriente de aire glacial y el enredado matorral les ocultaba como una densa reja de toda mirada escrutadora.

El ladrido se acercó, airado, jadeante, acalorado. Tenía que ser un perro pequeño.

Cada vez más cerca. Ahora oyeron un doble resoplido, oyeron a través del pendenciero ladrido un suave y dolorido gruñir. Bambi se

puso inquieto, pero el Viejo volvió a tranquilizarle.

—Nada que nos concierna.

Se quedaron quietos en su cámara caliente y miraron afuera.

Entonces crujió cada vez más cerca en las ramas, la nieve cayó de ramas golpeadas de pronto, la nieve levantó polvo del suelo.

Ahora se podía ver también quién venía.

Por nieve y matorrales, ramas y raíces saltaba, se arrastraba y se deslizaba el viejo zorro.

Muy detrás de él irrumpía el perro. Era de verdad un perro pequeño en patas cortas.

Al zorro le habían destrozado una pata delantera y justo por encima le tenían desgarrada la piel. Llevaba la pata destrozada levantada ante sí, la sangre le saltaba de las heridas, su aliento silbaba, sus ojos miraban fijamente de espanto y esfuerzo. Estaba fuera de sí de espanto y de ira, estaba desesperado y agotado.

De pronto dio media vuelta. Un giro de escape que confundió al perro, de modo que retrocedió unos pasos.

El zorro se sentó sobre sus patas traseras. Ya no podía más. La pata delantera destrozada miserablemente levantada, el hocico abierto, con los labios convulsos, jadeó al perro.

Pero este no se callaba ni un momento. Su voz alta y estrangulada se hizo ahora más plena y más profunda.

—¡Ahí! —gritaba—. ¡Ahí! ¡Ahí está! ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ahí!

Ahora ya no regañaba al zorro, en ese momento no le hablaba a él en absoluto, sino que llamaba evidentemente a alguien más que estaba todavía lejos.

Tanto Bambi como el Viejo sabían que era a Él a quien el perro llamaba.

También el zorro lo sabía. La sangre le corría ahora por encima, caía de su pecho en la nieve y formaba en la blanca y helada

cubierta una mancha de un rojo ardiente que despedía suavemente vapor.

Una debilidad invadió al zorro. Su pata destrozada cayó impotente hacia abajo, pero al tocar la fría nieve le atravesó un dolor ardiente. Con esfuerzo la volvió a levantar y la mantuvo temblando en el aire ante sí.

—Déjame... —empezó a hablar el zorro—. Déjame...

Hablaba en voz baja y suplicante. Estaba completamente extenuado y completamente humillado.

—¡No! ¡No! ¡No! —le increpó el perro con malévolo aullido.

—Te lo ruego... —dijo el zorro—, ya no puedo más... se acabó para mí... déjame ir... déjame volver a casa... déjame al menos morir en paz...

—¡No! ¡No! ¡No! —aulló el perro.

El zorro se puso más insistente en su ruego.

—Somos parientes... —se lamentó—, casi hermanos somos... déjame volver a casa... déjame morir junto a los míos... nosotros... casi hermanos somos... tú y yo...

—¡No! ¡No! ¡No! —bramó el perro.

Entonces el zorro se irguió, de modo que se quedó completamente sentado erguido. Su hocico agudo y hermoso se inclinó hacia el pecho sangrante, sus ojos se levantaron y miró al perro directamente a la cara. Con voz completamente cambiada, serena, triste y amargada, gruñó:

—¿No te avergüenzas... tú traidor?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó el perro.

Pero el zorro continuó:

—¡Tú desertor... tú renegado!

Su cuerpo desgarrado se irguió en odio y desprecio.

—¡Tú esbirro! —siseó—. ¡Miserable... nos rastreas donde Él no nos encuentra... nos persigues donde Él no puede alcanzarnos... nos entregas... a nosotros, que somos todos tus parientes... a mí, que soy casi tu hermano... y te quedas ahí y no te avergüenzas?

De pronto muchas otras voces se alzaron a su alrededor.

—¡Traidor! —llamaron las urracas desde los árboles.

—¡Esbirro! —chilló el arrendajo.

—¡Miserable! —silbó la comadreja.

—¡Renegado! —escupió el turón.

Desde todos los árboles y desde todos los arbustos silbaba y piaba y chillaba, y desde el aire los cuervos gritaban:

—¡Esbirro!

Todos habían acudido, habían espiado la pelea desde los árboles de arriba y desde seguros escondrijos en el suelo. La indignación que brotaba del zorro desencadenó la vieja e irritada indignación en todos ellos, y la sangre derramada ante sus ojos que humeaba les enloquecía y les hacía olvidar todo temor.

El perro miró a su alrededor.

—¡Vosotros! —llamó—. ¿Qué queréis? ¿Qué sabéis? ¿Qué habláis? ¡Todos Le pertenecéis, como yo Le pertenezco! Pero yo... yo Le amo, Le adoro. ¡Le sirvo! Vosotros queréis rebelaros... ¡Miserables, contra Él! Él es todopoderoso. Él está por encima de nosotros. ¡Todo lo que tenéis es de Él! ¡Todo lo que crece y vive, de Él!

El perro temblaba de entusiasmo.

—¡Traidor! —chilló la ardilla.

—¡Sí! —siseó el zorro—. ¡Traidor! ¡Nadie más que tú... solo tú...!

El perro danzaba de santa agitación.

—¿Solo yo...? ¡Mentiroso! ¿Es que no están muchos, muchos otros con Él...? El caballo... el buey... el cordero... las gallinas... de todos

vosotros, de todas vuestras estirpes, muchos están con Él y Le adoran... y Le sirven.

—¡Gentuza! —escupió el zorro con inmenso desprecio.

Entonces el perro no se contuvo más y se le echó a la garganta. Gruñendo, escupiendo, jadeando rodaron en la nieve, un ovillo que se agitaba y mordía enloquecido del que los pelos volaban, la nieve levantaba polvo y la sangre salpicaba en delgadas gotas. Pero el zorro no podía pelear mucho tiempo. Solo unos segundos y estaba sobre la espalda, mostraba su claro vientre, se agitaba, se estiró y murió.

El perro le sacudió todavía unas cuantas veces, le dejó caer luego en la nieve revuelta, estaba allí con las patas abiertas y volvió a llamar con voz plena y profunda:

—¡Ahí! ¡Ahí está!

Los demás habían huido horrorizados en todas las direcciones.

—Terrible... —dijo Bambi en su hoyo en voz baja al Viejo.

—Lo más terrible —respondió el Viejo—. Creen en lo que el perro ha proclamado ahí. Creen en ello, pasan su vida llenos de miedo, Le odian a Él y se odian a sí mismos... y se matan por Su causa.

CAPÍTULO XXIV

El frío se rompió y en mitad del invierno surgió una grieta. A grandes tragos la tierra bebió la nieve derretida, de modo que por todas partes aparecían ya amplias superficies de suelo. Los mirlos todavía no cantaban, pero cuando ahora levantaban el vuelo desde el suelo donde buscaban gusanos, o cuando revoloteaban de árbol en árbol, dejaban oír un largo y alegre trino que era ya casi como un canto. El pájaro carpintero empezó aquí y allá a reírse de nuevo, las urracas y los cuervos se pusieron más habladores, los herrerillos charlaban más alegres entre sí y los faisanes se quedaban ahora, cuando se habían bajado de sus árboles dormideros, casi tan largo tiempo como en la buena época en un sitio para sacudir sus plumas al sol matinal y lanzar su grito metálico y explosivo, en breves pausas una y otra vez.

En una de esas mañanas Bambi rondaba más lejos que de costumbre. En el primer crepúsculo del alba llegó al borde del foso. Al otro lado, allá donde él había vivido antes, se movía algo. Bambi permaneció escondido en el matorral y miró. Allí iba alguien de su especie despacio de aquí para allá, buscaba los pedazos sin nieve y se ocupaba de las hierbas que se habían lanzado ya prematuramente hacia arriba.

Justo iba Bambi a volverse indiferente y a irse, cuando reconoció a Faline. Su primer impulso fue saltar hacia adelante y llamarla. Pero se quedó de pie como encadenado. Tanto tiempo no había visto a Faline. Su corazón empezó a latir ardientemente. Faline caminaba despacio, como si estuviera cansada o triste. Se parecía ahora a su

madre, parecía la tía Ena, y Bambi lo notó con un extraño y atormentador asombro.

Faline levantó la cabeza y oteó hacia acá, como si sintiera su cercanía.

De nuevo tiró a Bambi a salir, pero de nuevo estaba de pie, paralizado de impotencia, sin poder moverse.

Vio que Faline se había puesto gris y vieja.

La alegre y atrevida pequeña Faline, pensó, qué hermosa fue y qué ágil. De pronto toda la época de la juventud brilló en él. El prado, los caminos que su madre le había llevado, los alegres juegos con Gobo y Faline, el buen saltamontes y la mariposa, la pelea con Karus y Ronno en la que había conquistado a Faline para sí. Se sintió de pronto de nuevo feliz y sin embargo estaba sacudido.

Al otro lado Faline caminaba ahora, la cabeza hacia el suelo, alejándose, despacio, cansada y triste. Bambi la quiso en ese momento con una ternura melancólica que se derramaba, quiso cruzar el foso que le separaba desde hacía ya tanto tiempo de ella y de los demás, quiso alcanzarla, dirigirle la palabra y hablar con ella de la juventud, de todo lo que había sido.

Mientras tanto la siguió con la mirada, cómo se fue por los desnudos arbustos y al fin desapareció.

Estuvo largo tiempo allí y miró hacia allá.

Un trueno retumbó. Bambi se sobresaltó.

Ese fue por aquí, en este lado del foso. No muy cerca, pero aquí, en este lado, en su lado.

Allí retumbó otro trueno, y enseguida otro más.

Bambi dio unos saltos más adentro de la espesura, se detuvo allí y escuchó. Todo quieto. Con cautela se escabulló de regreso a casa.

El Viejo ya estaba allí, pero no se había tumbado todavía, sino que estaba de pie junto al tronco de haya caído, como si hubiera esperado.

—¿Por qué tardas tanto? —preguntó tan serio que Bambi guardó silencio.

—¿Lo oíste antes? —continuó el Viejo tras un momento.

—Sí —respondió Bambi—, tres veces... Él está en el bosque.

—Claro... —El Viejo asintió y repitió con especial énfasis—. Él está en el bosque... tenemos que ir...

—¿Adónde? —se le escapó a Bambi.

—Allí —dijo el Viejo y su voz era pesada—, adonde Él está ahora. Bambi se sobresaltó.

—No te asustes —siguió hablando el Viejo—. Ven ahora y sé sin miedo. Me alegra poder llevarte allí y mostrarte esto...

Vaciló y añadió quedamente:

—...antes de que me vaya.

Bambi miró al Viejo consternado y notó de pronto cómo de deteriorado estaba. Su cabeza era ahora del todo y completamente blanca, su cara completamente demacrada, en sus hermosos ojos el brillo profundo se había apagado, tenían un fulgor verde mate y parecían rotos.

Bambi y el Viejo no fueron muy lejos, cuando el primer soplo de aquella fera acre les vino al encuentro que era tan capaz de enviar amenaza y espanto a sus corazones.

Bambi se detuvo. Pero el Viejo siguió caminando, directamente hacia aquella fera. Bambi le siguió vacilando.

En oleadas cada vez más agudas golpeó el provocador olor. Pero el Viejo siguió imparable. En Bambi el pensamiento de la huida había brotado, centelleaba en su pecho, le corría hirviendo por cabeza y miembros y quería arrastrarsele. Se contuvo a la fuerza y se quedó cerca detrás del Viejo.

Ahora aquella fera enemiga hinchó tan poderosamente que ya no se podía sentir ninguna otra junto a ella y que era ya casi imposible

respirar.

—¡Ahí! —dijo el Viejo y se apartó a un lado.

A dos pasos ante ellos, sobre el matorral aplastado en la nieve revuelta, Él estaba en el suelo.

Un grito de terror ahogado se le escapó a Bambi y con un brinco brusco se lanzó a la ansiada huida. Estaba casi fuera de sí de espanto.

—¡Alto! —oyó llamar al Viejo, miró atrás y vio cómo el Viejo estaba tranquilo allí donde Él yacía en el suelo. Fuera de sí de asombro, atraído de vuelta por su obediencia, por una ilimitada curiosidad y un expectante temblor, Bambi se acercó.

—Solo más cerca... sin miedo —dijo el Viejo.

Allí yacía Él, la pálida cara desnuda vuelta hacia arriba, el sombrero un poco aparte para sí en la nieve, y Bambi, que no sabía nada de sombreros, creía que aquella cabeza temible estaba rota en dos pedazos.

El cuello desnudo del cazador furtivo estaba atravesado por una herida que estaba abierta como una pequeña boca roja. La sangre seguía fluyendo suavemente, la sangre estaba cuajada en los cabellos, bajo la nariz, y yacía en una amplia laguna en la nieve, que se derretía de su calor.

—Aquí estamos —empezó el Viejo quedamente—, estamos de pie muy cerca de Él... ¿y dónde está ahora el peligro?

Bambi miró al tendido, cuya figura, cuyos miembros y pelaje le parecían misteriosos y espantosos. Miró a los ojos rotos que le miraban fijamente desde abajo, y no comprendió nada.

—Bambi —continuó el Viejo—, ¿recuerdas lo que dijo Gobo, lo que dijo el perro, lo que todos creen... lo recuerdas?

Bambi no pudo responder.

—¿Ves bien, Bambi —siguió hablando el Viejo—, ves ahora que yace aquí como uno de nosotros? Escucha, Bambi, no es

todopoderoso como dicen. No es de Él de quien viene todo lo que crece y vive, no está por encima de nosotros. Está a nuestro lado y es como nosotros mismos, y conoce como nosotros el miedo, la necesidad y el sufrimiento. Puede ser vencido igual que nosotros, y entonces yace indefenso en el suelo, como nosotros los demás, como tú Le ves ahora ante ti.

Hubo un silencio.

—¿Me entiendes, Bambi? —preguntó el Viejo.

Bambi respondió susurrando:

—Creo...

El Viejo mandó:

—Pues habla.

Bambi ardió y habló temblando:

—Hay otro por encima de todos nosotros... por encima de nosotros y por encima de Él.

—Entonces puedo irme —dijo el Viejo.

Se volvió y los dos caminaron juntos un trecho.

Ante un alto fresno el Viejo se detuvo.

—Ya no me sigas más, Bambi —empezó con voz tranquila—, mi tiempo se ha acabado. Ahora tengo que buscarme un lugar para el final...

Bambi quiso hablar.

—No —el Viejo le cortó la palabra—, no... en la hora que ahora me espera, cada uno estamos solos. Adiós, hijo mío... te he querido mucho.

CAPÍTULO XXV

El día de verano ardía ya desde la primera mañana temprana sin ningún soplo de viento, sin frescura crepuscular. Parecía como si el sol subiera hoy más deprisa que de costumbre. Rápidamente subió, irrumpió en llamas cegadoras como un incendio inmenso.

El rocío en los prados y arbustos se evaporó en un instante; la tierra se volvió completamente seca y sus terrones se desmenuzaban. En el bosque se hizo silencioso pronto. Solo se oía aquí y allá reír al pájaro carpintero, y solo las palomas arrullaban con incansable e íntima ternura.

Bambi estaba de pie en un pequeño claro escondido que ofrecía un poco de espacio libre en la espesura profunda.

Sobre su cabeza bailaba y cantaba un enjambre de mosquitos al sol.

Desde las hojas del avellano junto a Bambi zumbó algo, se acercó y llegó volando despacio un abejorro grande, voló por en medio del enjambre de mosquitos, más y más alto, hacia la copa del árbol donde quería dormir hasta la tarde. Sus élitros sobresalían de él puntiagudos y delicados, sus alas susurraban de fuerza. El enjambre de mosquitos se abrió mientras el abejorro seguía su camino, y se volvió a juntar detrás de él. Su oscuro cuerpo pardo, envuelto en el centelleante brillo de vidrio de las alas que susurraban, brilló una vez más al sol antes de desaparecer.

—¿Le visteis...? —se preguntaron los mosquitos entre sí.

—Es el Viejo —cantaron los unos.

Y los otros cantaron:

—Todos los de su estirpe han muerto ya. Pero él vive todavía. Él solo.

Unos mosquitos muy pequeños preguntaron:

—¿Cuánto tiempo vivirá todavía?

Los demás cantaron como respuesta:

—No lo sabemos. Su estirpe vive en general mucho tiempo. Casi eternamente viven... ven el sol treinta veces, cuarenta... no lo sabemos. También nuestra vida es larga... pero nosotros vemos el día solo una o dos veces...

—¿Y el Viejo? —volvieron a preguntar los muy pequeños.

—Ese ha sobrevivido a todos los suyos... ancianísimo es... ancianísimo... ha visto y ha vivido más en el mundo que lo que se puede comprender.

Bambi siguió caminando. *Canto de mosquitos, pensó, canto de mosquitos...*

Un tímido y angustiado llamado llegó hasta él.

Escuchó, fue acercándose, muy suavemente, siempre por el matorral más espeso, siempre silencioso, como era ya desde hacía tiempo su costumbre.

Volvió a llamar, más urgente, más suplicante. Voces de los suyos:

—¡Madre!... ¡Madre!...

Bambi se escurrió por los arbustos, siguió el llamado.

Allí estaban dos pequeños juntos con sus pelajes rojizos, hermano y hermana, solos y apesadumbrados.

—¡Madre!... ¡Madre!...

Antes de que supieran bien lo que ocurría, Bambi estaba ante ellos.

Le miraron sin palabras.

—Vuestra madre no tiene tiempo ahora —dijo Bambi con severidad.

Miró al pequeño a los ojos:

—¿No puedes estar solo?

El pequeño y su hermana permanecieron mudos.

Bambi se volvió, se escurrió en el arbusto más próximo y desapareció antes de que los dos pudieran reponerse.

Siguió su camino.

El muchacho me gusta..., pensó. Quizás le vuelva a encontrar cuando sea más mayor...

Siguió caminando.

La pequeña, pensó, también la pequeña es bonita... así era Faline cuando era niña.

Siguió caminando y desapareció en el bosque.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB